

Alejandro González Acosta

LA DAMA DE AMÉRICA

Textos y documentos sobre Dulce María Loynaz



BETANIA



Sentado, a la izquierda, Alberto Quilis (de la RAE: también estuvo Manuel Alvar, pero no aparece en la foto), AGA, leyendo de pie, en el Homenaje a Arturo Doreste. A continuación, sentados: Néstor Baguer, Delio Carreras Cuevas, José A. Portuondo (invitado, pues aún no había ingresado formalmente), DML y Ernesto Dihigo López Trigo.

LA DAMA DE AMÉRICA



Dulce María Loynaz dando la bienvenida a la bailarina Alicia Alonso, el día del ingreso en la Academia de José Antonio Portuondo, 23 de abril de 1985.

Alejandro González Acosta

LA DAMA DE AMÉRICA

Textos y documentos sobre Dulce María Loynaz

editorial **BETANIA**

Colección ENSAYO

Colección ENSAYO

Portada: *La siesta (1888)* del pintor cubano Guillermo Collazo.

© Alejandro González Acosta, 2016

Editorial BETANIA.
Apartado de Correos 50.767
Madrid 28080 España.

I.S.B.N.: 978-84-8017-380-3
Depósito Legal: M-21856-2016

Impreso en España / Printed in Spain.

ÍNDICE

Prólogo: La dama y su <i>chevalier</i> de Madeline Cámara	11
La Dama de América	17
Dulce María Loynaz: ¿Ave Fénix?	41
La casa donde enterraron la luna	51
Dulce María Loynaz o De la Soledad	56
Dulce María Loynaz, varias obras	59
“Premio Miguel de Cervantes Saavedra 1992”	63
Carta abierta a Dulce María Loynaz	66
Dulce María Loynaz: Premio Miguel de Cervantes 1992	75
Dulce María Loynaz: un sol que no se puede ocultar	78
Cartas de Dulce María Loynaz: el testimonio de una amistad	84
Del Adaja al Almendares	104

La Academia Cubana de la Lengua y la Real Academia Española:
un vínculo hispanoamericano en varios tiempos 129

Comentarios y aclaraciones para un artículo sobre
Dulce María Loynaz 149

La cultura sigue... y es a ella a quien debemos servir; la hora difícil no excusa el cumplimiento de este deber a los llamados a hacerlo. Por el contrario, más los obliga y los requiere (...) No hay que detenerse a pensar en el éxito que pueda o no devenir del esfuerzo, porque eso es cuenta del destino; nosotros habremos cumplido poniendo lo que estaba en nuestras manos, poco o mucho, a acrecer, a servir (...) Sirva para fortalecer a los que desmayan, a los que tal vez por haber dado mucho, pudiera parecer ácido el fruto o parvo en la sementera aún removida... Son lentos los caminos de la tierra, y no pueden medirse por los latidos de nuestro corazón.

En Gertrudis Gómez de Avellaneda se rinde tácito homenaje a las generaciones de mujeres que han venido después, no sólo con la creación de la obra artística o literaria, sino lo que es más importante, con el respeto, el amor, la conservación de la obra de los demás, que es en definitiva lo que ha salvado siempre la cultura en sus trances más arduos, y ha hecho posible su transmisión a la posteridad como herencia, la más preciosa y legítima.

Los regímenes que los hombres se inventan, imperan sobre los hombres, pero no sobre sus potestades intelectivas, sobre su indeclinable majestad anímica (...) Cuando el gobernante conocedor de la trascendencia de esa zona, quiere también invadirla, perece la zona o perece el gobernante (...) Esa es la tierra de nadie y la tierra de todos, y en ella sólo ha de reinarse por la verdad, por la belleza, por el supremo bien (...) La inteligencia del hombre será siempre su arma más preciosa y los que aspiran a dominar el mundo lo saben muy bien(...) El pecado de esta generación ha sido olvidarse de su propia alma y ese olvido lo estamos ya pagando todos...

(El Día de las Artes y las Letras, Conferencia de DML en la Sociedad de Artes y Letras Cubanas, 23 de marzo de 1952).



Dulce María Loynaz en la UNEAC, al final del acto por el Aniversario 50 de la muerte de Federico García Lorca. De izquierda a derecha: Eliseo Diego, Pablo Armando Fernández, DML, Alejandro González Acosta, Aldo Martínez Malo, Miguel Barnet. De perfil: Lisandro Otero. Un poco más atrás, de perfil, Reinaldo Escobar.

PRÓLOGO

La dama y su *chevalier*

Toda gran señora los merece. Como tal la escritora cubana Dulce María Loynaz ha tenido varios, pero el que ella llamaba “nuestro benjamín”, el crítico Alejandro González Acosta, figura entre sus más fieles y viene a demostrarlo ofreciendo al público una colección de todo lo escrito sobre su amiga y mentora. Estas palabras de invitación a la lectura de su libro, son gesto de amistad, admiración y complicidad intelectual.

AGA, como suele firmarse González Acosta y como me referiré a él en lo sucesivo, es un *memorioso*, y como el personaje borgiano rinde culto al arte de recordar. Hijo de los 80’, hermano de aventuras -quizás la más significativa fue esa que llamo “la ruta de México,” cuando muchos jóvenes artistas cubanos, a raíz de la crisis ocasionada por la caída del muro Berlín, salimos de Cuba hacia la tierra azteca buscando la libertad de expresión que nos negaba la Isla. Desde finales de los 80’, en que se radicó en el pueblito de Tlalpan, apegado como es a las tradiciones, mucho ha crecido en lo intelectual. Doctorado en Letras por la Universidad Nacional Autónoma de México, se hizo un nombre en la crítica hispanoamericana como estudioso de José María Heredia, pero nunca abandonó las travesuras propias del periodista cultural que fue en Cuba. Esa combinación entre el acucioso investigador, ratón de archivos, y el atrevido comentarista de la actualidad artística y política, es el rasgo de su perfil como ensayista. Los que degustamos una prosa que puede moverse entre dos aguas hemos de apreciar la compilación de sus trabajos sobre la Loynaz que decide recoger bajo el acertado título de “La dama de América” que pide en préstamo al mismísimo Rey de España, Juan Carlos I, quien lo usó al entregarle a Loynaz en 1992 el merecido “Premio de literatura en lengua castellana Miguel de Cervantes y Saavedra.”

¿Será necesario para algún lector que se asome a este prólogo presentar a Dulce María Loynaz? Cubro la posibilidad con unas breves palabras que remiten a los estudios que he dedicado a ella. Como parte de la herencia de literatura escrita por mujeres en Cuba, afirmaba en *Cuban Women Writers: Imagining a Matria* (Palgrave 2008) que ella pertenece al grupo de “Las enclaustradas/the Secluded.” Mi metafórica propuesta se basa en su más conocida obra, la novela en prosa poética

Jardín (1951) cuya protagonista, Bárbara, vive dentro de los marcos de su casa señorial asomándose al mundo a través del espacio límite de lo vegetal y lo natural: su jardín, pero también de lo propio, lo reflexivo, por ser lo creado como espacio discursivo privilegiado por la lucidez. Parto de que protagonista-narradora y autora se funden en este texto permitiéndonos postular que Loynaz desarrolla a través de Bárbara una imagen de escritora aristocrática que resulta a la vez una escritora moderna. Difícil combinación que solo podía hacer una mujer emancipada y erudita como fue la autora, y que solo podría plasmarse en un personaje de naturaleza poética, desasido de los dictados del realismo social y de los cánones estrechamente feministas. El libro ha tenido muchísimas lecturas, la mayoría muy atinadas, que se acrecientan con el paso del tiempo y la recuperación de la figura de Loynaz dentro del canon cubano y latinoamericano. Remito a ellas. Algunas son citadas por los estudios de AGA, como la hecha en Cuba por Susana Montero. Ya en el marco continental destaco las de Ileana Rodríguez y Margara Russoto por citar al paso dos interpretaciones que me han sido atractivas. Pero mi interés por la Loynaz fue motivado por otro tipo de textos dentro de su producción, aquellos que podrían llamarse con Deleuze y Guattari literatura menor: las memorias y las crónicas de viaje, géneros tan recurridos por las mujeres intelectuales contemporáneas a Loynaz que salían al mundo con su curiosidad y avidez de saber, rasgo que bien describe AGA al notar su calidad de viajera infatigable en su juventud. Ella, como otras que le fueron cercanas, Gabriela Mistral u Ofelia Rodríguez Acosta, fueron cosmopolitas *avant la letre*, adelatándose a la fiebre vanguardista, refundando un lugar para la voz femenina dentro de la modernidad latinoamericana que ellas también protagonizaron. Resultado de uno de esos viajes llevados luego a la imprenta es *Un verano en Tenerife* (1958), mosaico maravilloso del que extraje mi pieza preferida “La otra isla” para mi antología *La memoria hechizada* (Icaria 2003). Allí traté de ubicar a Loynaz dentro de una herencia: la de escritoras, exiliadas, desterradas, *insiliadas* o simplemente nómadas, que no están condenadas solo a recordar su Patria para recrearla, sino que refundan la nación a través de la libertad de la imaginación. De ella era rica la Loynaz, y también lo demuestro con un ensayo sobre *Fe de vida* (1994), incluido en la antología citada por AGA que nos regaló el estudioso Humberto López Cruz. Allí postulo que la recreación de la imagen del esposo de la escritora, Pablo Álvarez de Cañas, que desarrolla ampliamente ese libro, debe leerse como una *autoginografía/autogynography*, aplicando el conocido término de la teórica feminista Donna Stanton. Este permite ver como Loynaz rescata del olvido al hombre que no solo la amó, sino

al que ella amó, y un poco reinventó, en la tradición que nos deja La Avellaneda en su bellissimo poema “A él”. Con esa alusión, pongo fin a estas pinceladas que presentan a una Loynaz, a quien no tuve el privilegio de tratar pero sí de visitar una única e inolvidable tarde en su casa de El Vedado. Paso ahora a comentar a Dulce, según Alejandro González Acosta. Él podía llamarla así: los caballeros tienen el privilegio, algunos, de la amistad con sus damas.

La estructura del libro que nos ha entregado la celosa casa de Felipe Lázaro, siempre en búsqueda de la poesía y sus merecidos homenajes, es sencilla. Cuenta la historia de un joven que admiraba a la más misteriosa y huidiza de las escritoras cubanas del siglo XX. AGA nos introduce en la vida de Loynaz con algunas anécdotas. Aunque a veces estas se repiten, y esto resulta inevitable en este tipo de compilación de lo ya publicado en el periodismo, en general, el uso mismo de la viñeta personalizada es siempre una ganancia no solo para un lector que no la conociera -que será mayoría- sino para el lector agudo que busca llegar al escritor desde todos los ángulos posibles, sin excluir lo biográfico. Esta aproximación desde las enseñanzas de la Psicocrítica, ha entregado textos muy respetables siempre que el contar tenga la intención de revelar y lo segundo no se agote en los hechos narrados. Un ejemplo de este tratamiento más íntimo de Loynaz es “Carta abierta”. Es este uno de mis textos favoritos por el balance entre lo dicho y lo sugerido, entre el tono cercano que da el trato personal y el respeto que inspira la dimensión de la figura intelectual a la que se dirige. Otro ejemplo estaría en algunos momentos del texto que abre el libro, el que le da título “La dama de América”, suerte de cajón de sastre de aspectos literarios, políticos y personales. En él me encantaron las anécdotas de la fricción entre Dulce y Federico García Lorca así como la caracterización Flor Loynaz, la hermana, personaje único, escritora de poemas a los insectos de su finca “Santa Bárbara” en su muy singular culto a los animales, amor franciscano que profesaban las hermanas, ejemplo para la sociedad del futuro y pioneras por ello de lo que hoy llamaríamos ecofeminismo.

Otro modo en que lo anecdótico resulta enriquecedor en un sentido amplio es cuando AGA rememora lo dicho sobre la poetisa, que no poeta y así insistía ella en que se le llamara, por figuras que fueron contemporáneas suyas y que luego desaparecieron de la memoria colectiva del cubano común, aquellos a los que la República, su cultura y su constitución, les fueron veladas bajo la imagen de la corrupción administrativa y política -que no por faltar desde entonces hasta el presente- pudo sepultar el vigor de aquella sociedad civil heredada del magnífico XIX cubano. Las referencias, por ejemplo, a lo dicho por Gastón Baquero,

tan acertado en juzgar a Dulce como a otra grande e ignorada, Lydía Cabrera, o las menciones del reconocimiento que le tributaron a la Loynaz autores españoles como Concha Espina, que admirara ese libro tremendo de la cubana, *Canto de la mujer estéril*, donde se siente la confluencia con la Mistral en los registros mayores del tema de la maternidad.

Es de agradecer cómo el investigador rastrea en la trayectoria de la autora. Justamente, al reseñar un evento de la juventud de Dulce, dándole actualidad con su prosa vivaz, AGA nos rescata una cita de la autora de *Jardín* que muy adecuadamente usa de exergo: “*La cultura sigue... y es a ella a quien debemos servir; la hora difícil no excusa el cumplimiento de este deber a los llamados a hacerlo. Por el contrario, más los obliga y los requiere.*” A estas palabras remito al lector que quiera recibir en síntesis una impresión del calado intelectual de la escritora, de su cubanía, su compromiso con la cultura, su dignidad de ser humano y hasta su sencilla feminidad, todo eso de modo callado pero intenso que algunos han sabido calarle.

Debo confesar que incitada por este libro, retomé las poesías escogidas de Loynaz para releer algunos poemas que AGA con razón alaba, entre ellos el magnífico “Carta de amor al rey Tut-Ank-Amen.” En la edición consultada, al lado de los famosos versos, encontré otros que no he visto estudiados y que merecieron toda mi atención. Me refiero a los “Poemas del insomnio” donde se logra un acendrado tono existencial, moderno, como era ella incluso a su pesar, y un apasionado diálogo con Dios. Diálogo este que merece ser estudiado a fondo. Algo ya se hecho, sobre todo en tesis doctorales, pero nos gustaría ver pronto más artículos de fondo como el de Melba Anciano en la excelente revista *Vítril* publicada en Cuba. Y sospecho, solo eso por ahora, que Dulce, como otras mujeres de su época, y estoy pensando aunque no por asociación directa en Gabriela Mistral y María Zambrano, pudiera entregarnos en su escritura un catolicismo rico en registros, susceptible de ser leído en direcciones enriquecedoras en un mundo de búsquedas como es el nuestro, donde la espiritualidad está llamada a reemplazar a las religiones institucionalizadas. De no ser así, y agradezco aquí el intercambio de correos electrónicos sostenido en estos días sobre el tema con González Acosta, de ser más cercano su catolicismo a la “pompa y circunstancia del ritual,” aun vería yo, en ese refugiarse en las ceremonias, una estrategia de creación de espacios, en este caso, uno de aristocracia espiritual, algo que Dulce necesitaba como el aire para vivir.

Texto recomendable al lector que se acerque a la compilación es el titulado “La casa donde enterraron la luna”, donde encontramos la discusión de figuras retóricas de poderosa fuerza femenina. Algo en esa

lectura de González Acosta me acerca el texto de la cubana al bellissimo libro de la española Clara Janés, *Jardín y laberinto*. En dicha novela, lo autobiográfico se revela en las grietas de la tierra y las paredes de la casa, tomando fuerza la figura del padre, que como se sabe es tan importante en la obra de estas dos mujeres. Este tratamiento estético es razón, entre otras, de que en nuestra criolla siempre trascienda la historia familiar y la cubanidad con un sentido simbólico sin borrar lo experiencial.

Otro acierto del libro que les presento es recordarnos los contextos literarios hispanos de la autora cubana, sus aportes al posmodernismo continental junto a Mistral, Agustini, Storni e Ibarbouru, autoras de las que escribió y algunas de las cuales trató, siendo como eran sus pares en aquella época. De ese modo, el lector también es provisto de otro eje para sus análisis de la trascendencia de la obra que se discute.

He dejado como última en mis referencias al libro las páginas donde AGA nos entrega parte parte de su correspondencia con Loynaz, es decir, las cartas que ella le escribió. Siempre es controversial el uso de este tipo de testimonio, al filo entre lo que se reserva por pudor y lo que es obligación intelectual entregar a otros. Habiendo cumplido la condición puesta por la escritora de que se publicase luego de su muerte, creo que la decisión del compilador fue la correcta actuando otra vez de *memorioso*. Custodiando y dando fe de vida.

“Eso pude, eso valgo,” reza una frase que entresaqué de la lectura pues quedó grabada en mí para presentes y futuras germinaciones. Porque eso encontramos en las cartas que le escribió Loynaz, fragmentos de una existencia de mujer dedicada a la cultura. Debe recordarse y homenajearse la importancia enorme que dio Dulce a la labor que hizo como Directora de la Academia Cubana de la Lengua, cargo que ocupó por años cuando esta institución no recibía apoyo de las autoridades cubanas interesadas sólo en fundar aquellas que refrendaban su ideología. En su casa de El Vedado se celebraban aquellas reuniones donde AGA fue elegido académico a sus 29 años, razón por la cual merecía el título de “nuestro Benjamín” al que se le alude en la correspondencia. Es un aporte del libro la información que nos ofrece sobre la historia de dicha institución, e incluso, me pareció reveladora la anécdota, documentada, sobre la polémica no participación de la parte cubana en un reciente congreso en Chile por razones políticas asociadas al intento del ejercicio de la censura incluso más allá de las fronteras nacionales. Y por cierto, ahora que Cuba supuestamente se abre al mundo, este no tan velado ejercicio de la prerrogativa de la fuerza, del avasallamiento intelectual, debería mantener alerta a tanto intelectual ingenuo que intente

-por las múltiples buenas razones que todos compartimos- dialogar con algunas de las delegaciones oficiales de la Isla que la representan en el extranjero, o que se abrogan el derecho de hablar por la cultura nacional. Ojo: no confundirlos jamás con los representantes de la cubanidad. Consejo: no desfallecer en el intento de conversar, ese arte que según Lezama, posiblemente citando de memoria a algún clásico, llamó la esencia de lo humano.

Pero volvamos al jardín. El tono de estas cartas es íntimo; Dulce se permite alguna queja que nos llega dolorosa, como cuando se refiere a su salud: “Escribo a mano y con una mano muy cansada”, o cuando ya confiesa su cansancio después de años de actividad al frente de la mencionada institución: “De la Academia, estoy loca por soltarla,” y cito acá pues me pareció simpático el uso de la frase, tan cubana y desenfadada, en la prosa siempre formal, incluso en su correspondencia. Momentos así revelan la complicidad entre ambos, el estudioso y la escritora, y son genuina parte de la función del libro.

Creo entonces que este repaso un tanto apurado cumple el cometido de motivar a una lectura que promete ser *dulcem et utile*, volcada en una excelente prosa entre poética y periodística, o cuando lo requiere, rigurosamente capaz de usar el instrumental de la cita, y pienso en el caso del sugestivo ensayo comparando los versos de Loynaz y Santa Teresa, abundante en referencias eruditas. En conjunto, se ofrece en *La dama de América* información bibliográfica, alguna no muy conocida, agudos comentarios a la ya existente, reconocimientos justos y necesarios, así como duras críticas, análisis de los contextos culturales que rodearon a la Loynaz, sin excluir la crítica política a la que Alejandro González Acosta decide no renunciar en nombre de la *literariedad* de su ensayística, un poco de historia personal de ambos, y por último, y como la llama viva de la compilación: un homenaje a las razones de la poesía, ese “ejercicio terrible” que debe ser siempre reconocido.

Madeline Cámara
University of South Florida

Madeline Cámara (La Habana, 1957) Catedrática de Literatura Latinoamericana en la Universidad del Sur de la Florida. Autora de *Cuban Women Writers: Imagining a Matria* (Palgrave 2008) Últimamente ha publicado la antología: *María Zambrano: between the Caribbean and the Mediterranean* (Juan de la Cuesta, 2015).

La Dama de América¹

El 23 de abril de 1992, al entregarle el *Premio Miguel de Cervantes Saavedra* a la cubana Dulce María Loynaz Muñoz en el Paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares, el Rey de España Juan Carlos I se dirigió a ella con un nuevo título ennobecedor: después de obsequiarle la Medalla y Diploma del galardón, la nombró como “La Dama de América”. Desde su silla de ruedas, la frágil viejecilla caribeña sonrió suave y enigmáticamente. A su lado, empujando la silla, enfundado en elegante chaqué y rebosante de vanidad, se encontraba Lisandro Otero, quien unos pocos años antes le había negado a Dulce María el Premio Nacional de Literatura y la llamó “vieja batistiana, gusana y contrarrevolucionaria”.

Las raíces

Es interesante y poco conocido el camino que recorrió Dulce María para llegar a ese momento. Por parte de su padre, Enrique Loynaz del Castillo, provenía de una familia de patricios asentados en Cuba desde el siglo XVII –según la tradición hogareña, Silvestre de Balboa y Troya de Quesada, autor del *Espejo de paciencia* (1608) era uno de sus antepasados; igualmente, la célebre poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda también tenía vínculos familiares con ella, así como algún mártir jesuita en el Japón, San Martín de la Ascensión- que en 1868 se lanzaron valientemente a la manigua tropical para buscar la emancipación nacional, como los Céspedes, Agramonte y Aguilera (“la independencia de Cuba la hizo mi familia”, solía decir irónicamente Dulce María); por parte de la madre, Mercedes Muñoz Sañudo, era una de las más ricas herederas de la isla y hasta contaban con un título nobiliario². De este matrimonio nacieron cuatro hijos, todos notables

1. Publicado en *Otro Lunes Revista Hispanoamericana de Cultura*, Nº 41, Mayo 2016, Año 10: www.otrolunes.com/41/

2. El Marquesado de Santa Olalla. Véase el estupendo estudio: Javier Gómez de Olea y Bustinza, “Una curiosa sucesión nobiliaria: la del título de Marqués de Santa Olalla”. *Boletín de la Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía*, Nº 44. Madrid, Julio de 2002.

cada uno en su dimensión propia: Dulce María, Enrique, Carlos Manuel y Flor: además, todos poetas con diverso oficio y ejercicio.³ Los padres se divorciaron en una época cuando esto era rarísimo en Cuba, pero el General Loynaz tuvo otros hijos en el siguiente matrimonio y otras aventuras: un detalle, a otro hijo del segundo matrimonio también lo nombró “Enrique”, lo cual generó algunas confusiones posteriormente⁴.

El premio

Como invitada oficial del Estado Español para recibir el Premio “Miguel de Cervantes”, de todos los alojamientos posibles ofrecidos, Dulce María eligió la Residencia de Estudiantes de la Universidad Central –Complutense- de Madrid, no sólo por su recuerdo de Federico García Lorca, sino también por sus otras amistades españolas que allí vivieron en algún momento: Juan Ramón Jiménez, Zenobia Camprubí, María Zambrano, Carmen Conde y varios más.

Ese año, la decisión del jurado del premio tomó por sorpresa a muchos. En dicha oportunidad, la candidatura oficial que habían presentado las autoridades del gobierno en Cuba fue el gran poeta Eliseo Diego. El escritor cubano exiliado en Londres, Guillermo Cabrera Infante reaccionó con cierto despecho al enterarse

3. En 1988 publiqué en la revista *Letras Cubanas*, gracias a la mediación de mi amiga Madeline Cámara y del director, Alberto Batista Reyes, el primer avance de la poesía de esta familia: “Los Loynaz: textos inéditos” (Nº 8, Abril-Junio de 1988, pp. 207-215).

4. El General de Brigada Enrique Loynaz del Castillo (1871-1963) casó en primeras nupcias con María Mercedes Muñoz Sañudo, con quien tuvo cuatro hijos: Dulce María (casada primero con su primo Enrique de Quesada Loynaz y luego con el periodista español Pablo Álvarez de Cañas; sin hijos en ambos matrimonios); Enrique (casado con Francisca “Paquita” Lamas Rubida, sin hijos, y luego con María del Carmen Pérez, con dos hijos: Efraín Loynaz Pérez y Gregorio Loynaz Pérez), Carlos (que no casó ni tuvo descendencia; aunque su nombre completo era Carlos Manuel, sólo se le llamaba por el primero de ellos) y Flor (que casó, según unos, con Felipe Cárdenas y según otros, con Felipe Gardyn, pero tampoco tuvo hijos). Luego el general desposó a Carmen Loynaz Escarra, con quien tuvo tres hijos: Enrique (matrimoniado con Onelia de la Vega); Máximo (casó con Martha Beatriz Fernández y Washington) y Carmen (desposó a Miguel Cano Hernández). Actualmente hay descendencia de estas ramas.

del premio otorgado a Dulce María, extrañándose de que se lo hubieran concedido a “una desconocida”. Y no dejaba de tener cierta razón, pues estaba bastante olvidada en ese momento. Según se filtró, al conceder el premio a la poetisa —ella insistía en ser calificada así, no como “la poeta”, expresión que detestaba— buscó con esta decisión honrar “a las dos Cubas”, mediante una figura señera del llamado “exilio interior”, prácticamente la única que quedaba en la isla.

Pero algo que ha sido silenciado y ocultado es que la propuesta del Premio a Dulce María no salió de Cuba, sino de México.

Ángeles anónimos

Detrás de ese resurgimiento como “Ave Fénix” americana de Dulce María estuvieron dos personas, bien distintas entre ellas. Por un lado, una funcionaria entonces del Comité Central del Partido Comunista (el único existente) de Cuba, mulata cubana, Lucía Sardiñas, de “la vieja guardia revolucionaria”, y de los poquísimos seguidores que todavía viven como piensan, y un español republicano exiliado muy joven en México, publicista y filántropo, Eulalio Ferrer, dueño del Grupo Ferrer y patrocinador, entre otras actividades de mecenazgo cultural, del Festival Internacional Cervantino y el Museo del Quijote en Guanajuato.

Cuando Dulce María estaba, más que olvidada, totalmente apartada y segregada en su país, fue la humilde y callada Lucía Sardiñas —pocos saben que obtuvo con brillantes calificaciones un Doctorado en Lingüística y fue discípula dilectísima de la latinista Vicentina Antuña Antich, pues siempre la han visto sólo como discreta y reservada “funcionaria”— quien un día, hablando sobre Dulce María, me preguntó qué era lo más le agradaría, si quería publicar algún libro suyo (por su posición oficial, en ese momento Lucía tenía todo el poder en sus manos para hacerlo realidad) y le respondí, sin dudarle un segundo: que le editaran las *Memorias* de su padre, el General Enrique Loynaz del Castillo. Llevé a Lucía a casa de Dulce María, las presenté y de inmediato entre la aristócrata octogenaria y la adusta, discreta y modesta funcionaria se estableció una auténtica corriente de simpatía. A los pocos meses, después de haber sufrido mil penurias durante muchos años de falsas ilusiones y promesas que no viene

ahora al caso comentar, Dulce tuvo la satisfacción de tener en sus manos el primer ejemplar del libro que escribió su padre con una escritura endiablada, y ella amorosamente transcribió con fidelidad y veneración: las *Memorias de la Guerra*, que dedicó con mano temblorosa a Lucía. Y el segundo ejemplar, me lo dedicó con el tratamiento que solía darme, “Benjamín” por ser el más joven miembro de la Academia Cubana de la Lengua entonces.

Estas memorias las había preparado Dulce desde 1965, al poco tiempo de fallecer su padre en 1963, el último general independentista, y ser enterrado sin los honores militares que le correspondían por su alta graduación, ejecutoria y servicios eminentes a la Patria: era parte de un pasado que se quería borrar y eran otros los “héroes” nuevos... Ese dolor le llegó hasta lo más hondo a Dulce y también a su hermana Flor, pues así me lo confesaron ambas. Todos los otros agravios que les hicieron eran poca cosa junto a eso: los reiterados registros de sus casas, las violentas detenciones y la grosera vigilancia perpetua, nada significaban ante la injusta y cruel afrenta de despedir a su padre sin permitir que recibiera los honores debidos a un compañero de armas de Antonio Maceo y José Martí, y en especial de su admirado jefe, Serafín Sánchez, quien murió mientras combatía a su lado en la batalla de “Paso de las Damas” (uno de los pasajes más enternecedores y conmovedores de sus memorias); además, era el autor del inmortal himno del Ejército Libertador: “*A las armas valientes cubanos, a Occidente nos llama el deber...*” Esta pieza es considerada aún hoy como “el segundo himno nacional cubano”.

Después fueron muchas más las atenciones y finezas de Lucía para Dulce y es justo decirlo y proclamarlo, pues la poetisa ya no está y la otra nunca hablará. Pero nunca olvido que “la palabra es para decir la verdad” y que “honrar, honra”.

El otro benefactor de Dulce, varios años después, fue Eulalio Ferrer, como ya dije, gran publicista, escritor y filántropo hispano-mexicano, con quien establecí amistad desde mi llegada a México en 1987.

En 1991, gracias a la gentil disposición y el generoso apoyo de dos buenos amigos, los escritores Gonzalo Celorio Blasco –entonces Coordinador de Difusión Cultural de la UNAM- y

Hernán Lara Zavala –Director de Literatura- se publicó un cuaderno con dos poemas de Dulce María⁵ que edité y prologué, en la prestigiosa colección universitaria “Material de Poesía”, con una amplia tirada de ejemplares. Era muy sencillo pero también digno y sobrio. Y además, era la primera vez que se editaba algo de Dulce María en México, y en la isla apenas poco tiempo antes Jorge Yglesias (“Bielinsky”) había publicado sus *Poemas náufragos*, mientras en España Felipe Lázaro reeditaba *La novia de Lázaro*. Cuando apareció impreso, además de enviarle a Dulce María un paquete de ejemplares, de los que me correspondían le llevé uno como obsequio a Eulalio en sus oficinas de Insurgentes y Miguel Ángel de Quevedo, donde se encontraba el edificio del Grupo Ferrer. Lo recibió gentilmente como el hidalgo español que era, hablamos sobre la autora, y me despedí, pues era horario de trabajo. Esa misma noche cuando llegué a casa, recibí asombrado la llamada entusiasta de Eulalio, cuya voz se oía emocionada: “Es una poetisa maravillosa esta Dulce. Después de devorar tu libro encargué me consigan todo lo que se pueda de ella y quiero conocerla de inmediato...” Le proporcioné todos los datos para poder localizar a Dulce María (dirección, teléfono) y le avisé a ella, a través de mi madre, que irían a verla desde México. En efecto, a los pocos días Eulalio partía para Cuba con su gran amigo –también mío muy querido- el enorme Pepe Cuarón, y además de arreglarle a distancia el encuentro con ella, les sugerí que si querían tener una atención especial con ella, le fascinaban los chocolates...

Cuando al cabo de la semana regresaron, Eulalio me convocó a su oficina y me dijo: “Es una de las más grandes poetisas hispanoamericanas y tiene que recibir el Premio Cervantes...” Yo asentí alborozado, pero sonreí por dentro, pensando que las autoridades de Cuba nunca apoyarían esa propuesta, y así fue en efecto. Ese año el gobierno de la isla propuso como su único candidato oficial y con todos los apoyos necesarios al gran poeta Eliseo Diego. Eulalio era suave pero muy firme en sus propósitos –clave de su éxito como persona, escritor y empresario- y se

5. Dulce María Loynaz, *Material de Lectura*, Poesía N° 169. México, UNAM, 1991. Los poemas incluidos fueron: “Últimos días de una casa” y “Canto a la mujer estéril”.

lanzó a España para hablar con Don Inocencio Arias y hacer que conociera la obra de Dulce María y su personalidad. Entonces, Arias era el poderoso Ministro para Iberoamérica y gran amigo personal de Eulalio, y según éste fue quien propuso, persuadió a los jurados y logró que ese año Dulce María, “La Loynaz” como la llamaban despectivamente algunos en la isla, fuera honrada con el premio más importante de la lengua española.⁶ La misma noche cuando se dio a conocer el premio, recibí en México una llamada telefónica de mi buen amigo Eliseo Alberto de Diego, quien con su voz profunda y de suave reproche me dijo: “Al fin te saliste con la tuya, Ale... Te felicito y me alegro. Pero por dárselo a Dulce no se lo dieron a mi papá...” Al poco tiempo, el gran Eliseo fue galardonado con el Premio Internacional “Juan Rulfo” de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, premio continental latinoamericano que se nombra con el Cervantes... Más allá de la generosa exageración del querido Lichi, me complace haber podido ayudar aunque fuera indirectamente con un diminuto pero al parecer oportuno grano de arena en ese renacer de Dulce María.

En realidad, “a la tercera fue la vencida”: Dulce María Loynaz fue postulada dos veces antes al Premio “Miguel de Cervantes”. La primera fue en 1984, y la propuse yo, en el seno de la Academia Cubana de la Lengua, moción que fue secundada por los otros colegas. Así debe constar –de conservarse– en las Actas de la Academia, que entonces llevaba como Secretario Perpetuo Delio Carreras Cuevas. Al finalizar esa sesión, Dulce María me pidió que me quedara con ella y me comentó a solas: *“No sabes cuánto te agradezco que hayas pensado en mí para ese honor,*

6. Este fue el testimonio que me ofreció Eulalio Ferrer. Sin embargo, deseoso de contrastar esta información, busqué contactar recientemente al Embajador Don Inocencio Arias, para lo cual conté con la amistosa ayuda de mi buen amigo Don Javier Gómez de Olea y Bustinza –a quien le reitero mi agradecimiento aquí– y Arias tuvo la gentileza de responderme un mensaje electrónico donde aclaraba que su participación en ese asunto se limitó a lo siguiente: como la votación estaba muy dividida entre dos candidatos cubanos finalistas (uno como propuesta oficial de la isla, Eliseo Diego, y otro perteneciente al exilio opositor, Guillermo Cabrera Infante), él había sugerido invitar como jurado al escritor Pablo Armando Fernández, quien –según Arias– logró persuadir se premiara a una tercera persona, en este caso, Dulce María Loynaz. Supongo que esto puede verificarse en las Actas de la deliberación del Jurado ese año.

pues ninguno de mis compañeros, aunque me conocen desde hace años, lo hizo...”

La segunda oportunidad fue a mediados de 1987, pero resultó muy peculiar: por encontrarme enfermo, durante dos meses de reposo absoluto⁷ no pude asistir a las sesiones de la Academia, y al reincorporarme me enteré que como cada año había llegado la convocatoria de Candidaturas para el Premio Cervantes, pero no se había propuesto a nadie. Entonces, a título personal –sólo se lo informé (no consulté) a Dulce María- fui a ver al entonces Embajador de España en Cuba, Don Pedro Serrano de Haro (por cierto, excelente poeta) en sus oficinas de Prado y Capdevilla, y le entregué en propia mano mi propuesta individual para que Dulce María fuera considerada como candidata al Premio. Como fue una gestión privada, no creo que se guarde constancia en la Academia Cubana de la Lengua, pero sí en los archivos del Premio Cervantes en España, según se ha mencionado en alguna oportunidad. Este amable y gentil embajador español fue un decidido apoyo de la Academia Cubana en aquellos tiempos tan difíciles, y brindó su ayuda para el sostenimiento de la misma, lo cual fue aviesamente aprovechado por algún inescrupuloso.⁸

7. Convaleciendo de una hepatitis.

8. Como no teníamos un local propio después de haber sido despojados (como otras Academias) del que disponíamos, realicé gestiones para obtener en comodato o por cesión una antigua sinagoga semiabandonada en Avenida de los Presidentes y Calle 21, en El Vedado, para lo cual me entrevisté varias veces con su amable rabino. Sin embargo, al caer yo enfermo y deber guardar reposo por varios meses, el entonces académico Néstor Baguer Sánchez-Galarraga aprovechó la oportunidad y se personó allí, sin autorización de la Academia ni conocimiento de Dulce María, su Directora, autonombrándose como Administrador y usurpando el encargo que me había sido concedido con este propósito. Él amenazó al temeroso rabino de mandarlo a encarcelar por “gusano” y “sionista” (así me lo dijo el aterrado señor), y además tuvo el descaro de presentarse al embajador español Serrano de Haro para pedirle –casi exigirle, según me dijo el diplomático- que otorgara permanentemente una partida en efectivo y “suministros” (“vinos, quesos, jamones, chorizos, salchichones...”) para la Academia. Cuando Dulce María me comentó todo esto, avergonzadísima, paralicé de inmediato esas “gestiones” que había realizado Baguer, secundado por un alegre grupo de compinches que ni pertenecían a la Academia, entonces sus compañeros de farras y excesos.

Flor: un personaje en busca de autor

Al recordar a Dulce María no puedo evitar que me salte en el recuerdo su hermana Flor, “Beba” como le decíamos. Lejos de ser “una chiflada” como alguien ha dicho, era una persona bastante centrada, pero en su mundo muy particular, desde joven. Aún si no hubiera sido hermana de Dulce y de los otros, ni hija del general mambí, habría que escribir un libro sobre ella. Era una excelente poetisa pero sus inspiraciones provenían de otra dimensión. Vegetariana desde niña pero al mismo tiempo fumadora empedernida de largos habanos y aficionada al buen ron, vivió gran parte de sus últimos años, antes de cambiarse a casa de Dulce, en su mansión del reparto La Coronela, en la Finca “Santa Bárbara” (Calle 212, esquina con 31, Municipio de La Lisa) dedicada así con este nombre por la niña protagonista de la novela *Jardín*. Dulce solía decir: “Mi hermana es Flor, pero con espinas, y yo, de Dulce sólo tengo el nombre...” Tenía mucha razón. Ambas tenían temperamentos fuertes pero curiosamente complementarios: cuando estallaba una la otra la apaciguaba y lo contrario. Eran como el *Ying* y el *Yang* del *Tao* confuciano.

Algún día debería escribir sobre Flor con más espacio. Pero aquí, sólo para representar la relación con su hermana –la más importante de ambas, pues fueron las últimas de la estirpe, la mayor y la menor de los hermanos- debo señalar que era un personaje de leyenda: de joven se involucró con el Partido ABC y el Directorio Estudiantil Universitario (DEU), organizaciones de oposición violenta; a tal punto, que fue quien manejaba el Fiat desde donde se disparó en el puente de “El Laguito” a Clemente Vázquez Bello, entonces Presidente del Senado durante el gobierno del Presidente Gerardo Machado⁹. Años después, cuan-

9. Este suceso no sólo es digno de una película, sino que en efecto, fue llevado al cine norteamericano: los conspiradores contra Machado quisieron obligarlo para que tuviera que asistir a un sitio previamente preparado con explosivos y eliminarlo junto con todo su equipo de gobierno. Escogieron para este atentado al senador Vázquez Bello, figura muy prominente, y dinamitaron una zona del Cementerio de Colón: fue asesinado... y en el último momento lo llevaron a inhumar en la ciudad de Santa Clara, de donde era originario. Así su muerte resultó totalmente en vano. El escritor norteamericano Robert Sylvester publicó una novela sobre este hecho, *Rough Skitch* (1948), que después fue llevada al

do le presenté a una nieta de este señor, le dijo: “¿Tú sabes la historia, muchacha? ...*Hijita, pero eso fue hace tanto tiempo que tú no me tendrás rencor, ¿verdad?*” Como un detalle asombroso relacionado con este suceso, debo comentar que en esa época, a pesar de la movilización policiaca, nunca se encontró el automóvil con el que se perpetró el atentado (además, pertenecía al padre de Dulce y Flor, entonces consejero de Estado). Para ocultarlo, Flor decidió esconderlo donde nunca se le ocurriría a nadie buscarlo: en el techo del estacionamiento. Desconozco cómo lo subieron, pero luego rápidamente construyeron encima del auto una caseta de madera con una puerta apenas, y allí pude verlo en varias oportunidades muchos años después, tal cual estaba cuando lo ocultaron, con gruesas capas de polvo y espesas telarañas, como un testigo impenetrable del tiempo. Tengo entendido que ese auto se encuentra ahora en el Museo del Automóvil en La Habana Vieja.

Más tarde, durante una visita de Luis Buñuel a La Habana, se acarició la posibilidad de hacer una película con la novela *Jardín*, con una juvenil María Félix como protagonista y dirigida por el español, en esa misma casa, pero no prosperó el proyecto pues hubo una manifiesta incompatibilidad entre la todavía aun no “Doña” y la cubana.

Hubo que esperar mucho tiempo para que el cine llegara a esa “casa fantasmagórica”.

Cuando se filmó en su casa la película *Los sobrevivientes* (basada en un cuento de Antonio Benítez Rojo, “Estatuas sepultadas”), aquello fue entre epopeya y zarzuela: uno de sus queridos gatos murió aplastado por un desprendimiento del techo y se veló en su cama; “ofició” como “sacerdote” Germán Pinelli (interpretaba al padre Orozco en la película de Tomás Gutiérrez Alea); alrededor del lecho mortuario, muy puestos en sus papeles, estaban también Enrique Santiesteban, Carlos Ruiz de la Te-

cine con el título *We were strangers* (Columbia Pictures, 1949), dirigida por John Houston e interpretada por John Garfield, Jennifer Jones, Ramón Novarro y Pedro Armendáriz, entre otros. Se exhibió con el título *Éramos desconocidos*, y también como *Cuando se rompen las cadenas*, según Roberto González Echevarría (“Gallegos y Cuba: La brizna de paja en el viento”. *Otro Lunes, Revista Hispanoamericana de Arte y Literatura*, N° 3, Año 1, diciembre de 2007).

jera -recientemente fallecido-, Tomás Gutiérrez Alea y Eusebio Leal, quien dijo unas sentidas palabras de despedida al felino.

Habitaba sola la enorme mansión, vestida con una suerte de túnica griega y con el cabello cortado “a la motilona” (como si le hubieran colocado la mitad de un coco en el cráneo y afeitado el resto), fumando sus imponentes habanos y seguida por una multitud de perros y gatos. En unos de los *Censos de Población* –no recuerdo bien si fue en 1970- a un despistado encuestador le correspondió visitar la casa de Flor y ella misma me contó el diálogo; después de preguntarle sus datos generales como nombre completo y edad, le inquirió: “Profesión”. Respuesta lacónica de Flor: “Propietaria”. “Señora, dijo el muchacho, esa no es una profesión”. Y ella ripostó: “Eso lo dice usted, joven, porque quizá nunca ha tenido una propiedad, pero para ser propietario hay que ser abogado, arquitecto, plomero, electricista, psicólogo...” Imagino la cara de asombro del joven encuestador.

Flor y Federico

De todos los Loynaz, con la que sintió verdadero afecto Federico García Lorca durante su visita a Cuba (que han exagerado y adornado con muchas falsedades, por cierto) fue sin duda con Flor, con quien el poeta granadino logró mayor cercanía, por la similitud de sus caracteres irreverentes y desenfadados. Dulce María, en cambio, experimentó rechazo por Federico por varias razones: “Se aparecía en la casa y sin pedir permiso se ponía a tocar el piano y a cantar fandangos ¡a las 11 de la mañana, imagínate!” –me decía Dulce, airada porque a esa hora nadie *respetable* en La Habana estaba despierto o en situación de “recibir”. “Además –agregaba- hablaba en voz muy alta y tenía una risa fuerte y chocante, pero lo peor de todo es que tenía la pésima costumbre cuando ofrecíamos algún ambigú, de guardarse ‘sin envolver’ los quesos, jamones y chorizos en los bolsillos del pantalón, y de ahí los iba sacando en medio de la conversación para comer... y luego te daba la mano para despedirse, chorreando grasa... Yo creo que lo hacía a propósito para molestarme...” Tanto la afectó que un día decidió cobrarse todos sus agravios y organizó una de las tertulias que habitualmente se realizaban en aquella casa de Línea, las llamadas “juevinas” (por el día de

la semana). Cuando estuvieron reunidos en un salón, que según algunos recuerdan tenía el techo adornado con constelaciones y signos astrales, Dulce María propuso que el tema del día fuera que cada uno compusiera un poema, pero en el estilo de otro poeta. Hubo quien escribió uno a la manera de Góngora, otro en el estilo de Martí, y así cada quien. Pero Dulce María, con muy avieso propósito, compuso uno en el *estilo* de Federico, con profusión de “verdes”, “lunas”, “gitanos”, “chopos”, “chumbos” y “panderetas”... Cuando lo leyó se hizo un completo silencio y ella sonrió victoriosa con su pequeña venganza... Todos se voltearon para mirar a García Lorca quien, impasible, fumaba un cigarrillo con las piernas elegantemente cruzadas, una fina sonrisa y los ojos chispeantes (todo esto contado por la propia autora de la “hazaña”). Y entonces Federico la miró y dijo: “¿Sabes algo, Dulce? Eso es lo mejor que vas a escribir en toda tu vida...”

Pero a Flor, lejos de eso, le encantó el andaluz y fueron muy amigos, al extremo que él le obsequió el manuscrito definitivo de “*Yerma*”, que después ella vendió a Martha Arjona para el Patrimonio Nacional (no sé dónde esté ahora el manuscrito); a Carlos Manuel¹⁰, Lorca le regaló el manuscrito de “*El Público*” (una de las dos versiones finales), que luego el pobre hombre quemó junto con toda su biblioteca en medio de un rapto de locura, muy frecuentes en él, pues terminó totalmente extraviado. Años después, algún crítico muy ignorante achacó a Dulce María haber destruido el manuscrito, pero ella lo aclaró. Por fortuna, alguien conservaba en una caja de seguridad en Suiza la otra versión del texto y así ha podido conocerse.

Un día de confidencias, le pregunté a Flor si “todo” lo que se decía de Federico era cierto, y después de dar una chupada a su habano me miró y dijo: “Se ha dicho que fuimos novios o amantes y no es verdad. Nunca le interesé a Federico y él tampoco a mí, pues éramos amigos. Pero tampoco es cierto que se haya ‘desatado’ en La Habana con otros placeres, porque era muy refinado y todo un ‘señorito andaluz’, con mucha clase y muy elegante a su manera.”

Cuando murió, en el Hospital “Hermanos Ameijeiras”, muy bien atendida, fuimos a enterrarla en uno de los varios panteones

10. Normalmente, tanto Dulce María como Flor siempre lo mencionaban sólo como “Carlos”.

de la familia en el Cementerio de Colón. Por cierto, Flor tenía numerosas propiedades en la necrópolis. Ante la capilla del cementerio, los pocos que asistimos tuvimos un momento de indecisión (en 1985 aún era muy fuerte la represión religiosa), y a falta de brazos capaces, cargamos el ataúd —que parecía vacío por su escaso peso— Juan Emilio Frigull (simbólicamente, pues era muy alto pero de una delgadez extrema, antiguo cronista católico del *Diario de la Marina* y entonces reportero en Radio Reloj), Delio Carreras Cuevas¹¹ (cronista de la Universidad de La Habana, temblando, pues era muy temeroso), Eusebio Leal y yo. Oímos el responso, sacamos el sarcófago y fuimos a sepultarla. A falta de que alguien dijera algunas palabras de despedida, improvisé algunas, que ya no recuerdo bien. Eso fue todo.

Dulce María y Eusebio Leal

Como se ha hablado bastante de los vínculos entre este historiador y la poetisa, debo dejar aquí mi testimonio, advirtiendo de entrada que Eusebio y yo somos amigos hace más de 45 años, desde 1970, cuando yo estudiaba en una escuela secundaria (*Forjadores del Futuro*) casi frente (había sido la Embajada de Estados Unidos hasta su traslado a Malecón en El Vedado) al edificio, que aún no era museo y donde él era una especie de guardián-guía (custodio o “sereno”), quien ofrecía recorridos guiados por el lugar, casi vacío. Independientemente de las variadas y muy opuestas opiniones que puedan tenerse sobre este personaje habanero, nadie puede negar su absoluta devoción para el rescate de la maltrecha y olvidada Habana Vieja, que si aún se conserva en algo es en gran parte por su tesón y entrega alucinada. Quizá él entendió desde muy temprano que en una sociedad teocrático-militar como la cubana actual, sólo habían dos opciones posibles para progresar: ser guerrero o sacerdote, y él escogió la segunda. Algunas personas creen que la bondad de una causa merece el mayor sacrificio, hasta el de la propia honra. Así que si en algún momento —como oí a decirle a él por cierta funcionaria de la cultura ya fallecida, que le dedicó su odio más implacable, “Leal

11. Al morir éste en 2012, el Decano, según el Escalafón, de la Academia Cubana de la Lengua, es el poeta, crítico y periodista Armando Álvarez Bravo, exiliado en Miami.

cambió la Biblia por la Agenda”- se entenderá que “su lecho no ha sido de rosas”...

Con los años, Eusebio terminó siendo vecino de Dulce (en uno de sus múltiples divorcios, Leal recibió abrigo de la familia Alvear, descendientes del constructor del acueducto habanero) en la Calle E (o “de Baños”), y su departamento entonces en una azotea, daba hacia la cocina de Dulce, lugar donde ella solía pasar gran parte de su tiempo con su prima Angelina, su hermana Flor y las dos sirvientas, que más bien ya se hacían servir por estar invidentes y casi paralizadas. Cuento esto para que se advierta que a pesar de su corteza dura y áspera, y hasta ríspida en ocasiones, Dulce también tenía un sentido del humor muy socarrón e irónico: un día al llegar a visitarla me llevó a la cocina y me dijo cuchicheando: “No sabes las peleas que tienen estos muchachos (Eusebio y su esposa de entonces, creo que ya la tercera, Yamileh Manzor). Se dicen cada cosas... Y ella, tan bonita, pero tiene una boquita...” Ambos nos soltamos a reír. Otro día le pregunté por qué no invitaba a Eusebio para integrarse a la Academia de la Lengua, y me dijo: “No, Eusebio es un hombre de acción y de obras, pero no de reflexión y pensamiento”. Y no dijo más.

Pero en algunos momentos difíciles y hasta peligrosos para ella, Eusebio no dudó acudir en su ayuda. En los terribles tiempos del Éxodo del Mariel durante la primavera del nefasto año 1980, cuando tantos sueños, fantasías y esperanzas se quebraron, y se desató toda la diabólica y dantesca represión posterior, con la chusma exacerbada y estimulada por el discurso oficial, un grupo de “vecinos” y hasta unas becarias estudiantes de enfermería que vivían en una residencia estudiantil frente a la casa de Dulce, como se decía entonces, “le hicieron un acto de repudio”. Dulce, Flor y las demás mujeres de la casa estaban aterrorizadas, pensando que las iban a linchar, pues arrojaban huevos y hasta piedras contra la mansión, con gritos de “¡Gusanas! ¡Apátridas! ¡Que se vaya la escoria!”, y otros insultos... Eusebio pasó a buscarme – yo estaba sólo a dos cuadras- y juntos nos fuimos a enfrentar la plebe que afrentaba así un tranquilo hogar de mujeres ancianas e indefensas, y nos encaramos con la vociferante muchedumbre, diciéndole que ellas eran unas personas dignas e hijas de un general mambí. Poco a poco los fuimos calmando y aquello se disipó.

Dulce me contó después: “*No sabes cómo les agradeceré que nos hayan salvado. Esto fue peor que cuando los agentes de la Seguridad irrumpieron en mi casa buscando una caja fuerte ‘con joyas y dólares’ en 1963, y la destrozaron a mandarrizos porque no encontraron nada... Pero aun así, fueron unos caballeros en comparación con estas Furias...*”

La Finca Santa Bárbara

Dulce María recibió la “Finca Santa Bárbara” como herencia al morir su hermana. Me entregó las llaves para que cumpliera un encargo muy especial: rescatar los poemas que con mochetos de lápiz escribía Flor por las paredes dedicados a los minúsculos moradores de la mansión: no sólo era vegetariana sino que aborrecía cualquier exterminio de seres, incluidas las alimañas e insectos. Con sumo cuidado los fui desprendiendo de las paredes –escaseaba ya el papel- con una navaja y colocando los retazos (por fortuna la pintura estaba tan reseca que se despegaban con bastante facilidad), entre hojas de papel de estraza, y así se los llevé a Dulce, quien los transcribió. Tengo un cuadernillo con estos poemas de puño y letra de Dulce (quien creo recordar no sabía escribir en máquina), así como otros de sus hermanos.

Aunque se han difundido algunas inexactitudes e imprecisiones¹², fui yo quien presentó a Dulce la alemana residente en Cuba Helga Neuffer, más tarde Duval, quien trabajaba en la representación de la firma Bayer en Cuba, y ella se interesó en comprar “Santa Bárbara” a Dulce. Fuimos a verla varias veces, pues Dulce me lo encargó, junto con una joven y bella amiga que me presentó Helga, la encantadora Liselotte (“Lilo”) Ransperger, secretaria privada del entonces Encargado de Negocios (aún no había embajador) de la República Federal Alemana en Cuba, Peter Ohr; pero entonces surgió la propuesta de que el Gobierno cubano la adquiriera (no que la expropiara ni traspasara) para establecer en ella la sede de la Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano. Un día pasó por allí Gabriel García Márquez y le

12. Cfr. Pablo Pascual Méndez Piña, “El jardín perdido de Dulce María Loynaz”. *Diario de Cuba* (www.diariodecuba.com), 12 de mayo de 2013. Sobre este artículo publiqué recientemente la aclaración: “Cuatro casas de Dulce María Loynaz”. *Diario de Cuba*, 17 de abril de 2016.

gustó la casa en ruinas, habló con Fidel Castro y este le encargó la gestión a su entonces Secretario particular, el Doctor José Miguel Miyar Barruecos, quien no “asedió” a Dulce, sino gestionó con profesionalismo y respeto la adquisición, la cual resultó a entera satisfacción de Dulce, como ella misma me dijo. Nunca me dijo –ni le pregunté, por supuesto- en cuánto había vendido la propiedad. Sé que Helga quedó frustrada, pues realmente le gustaba la casa pero dudo que hubiera podido obtenerla.

Se restauró cuidadosamente la mansión y cuando Dulce recibió la invitación para la inauguración, me encargó fuera yo en su representación, lo cual hice acompañado de una amiga, bella profesora española, entonces directora y fundadora de la primera escuela para hijos de diplomáticos en La Habana, la “divina cordobesa, romana y mora”, María Pura Tena Guillaume, el 4 de diciembre de 1986, justamente el día de Santa Bárbara.

Allí escuché las palabras que dijo Gabriel García Márquez, donde calificó a Fidel Castro (a su lado) como “el cineasta menos conocido del mundo”. Según la versión oficial, aparecida en *Granma* y otros periódicos, terminó con una frase: “Se aceptan donaciones”. Pero, aunque nada se publicó y nadie lo ha comentado, yo, que estaba allí, escuché que después García Márquez empezó a hablar del narcotráfico, entonces un tema muy candente pues apenas unos días antes el Departamento de Estado americano había “filtrado” que poseía indicios sólidos, los cuales apuntaban hacia la implicación de altos funcionarios cubanos en el trasiego de drogas, como el Vicealmirante Aldo Santamaría Cuadrado. Allí comentó “Gabo” que “los pueblos latinoamericanos tenían el derecho de producir y exportar drogas a EEUU, para compensar todo lo que le habían robado a nuestros países, y también para minar su juventud y que no pudieran tener soldados para combatirnos”. Fidel Castro, a su lado, lo miró complacido y no dijo una palabra, pero aplaudió discretamente, con una enigmática sonrisa en el rostro. No me lo contaron: yo lo vi. Junto a mí, la bella española me observó con sus enormes ojos asombrados, pero no dijimos nada.¹³

13. El discurso de García Márquez comenzaba aludiendo a dos brutales adefesios que el gobierno cubano había colocado, sin permiso ni consulta, en el terreno de Santa Bárbara: “Todo comenzó con esas dos torres de alta tensión que están a la entrada de esta casa. Dos torres horribles, como dos

Durante muchos años, Dulce María vivió recluida en su casa vedadense, alejada del “mundanal ruido” y viendo cómo a su alrededor se desplomaba su mundo y el país, con la dolorosa resignación de una sobreviviente que se negó a abandonar el país cuando la *debacle* se impuso: “la hija de una general mambí no deja Cuba: que se vayan ‘ellos’ primero”. Y me agregaba: “Tú escapa cuando puedas, porque esta isla hoy es una gran trampa”. Rechazada por los comunistas y en condición de extrañamiento por sus “compañeros de clase”, Dulce María se parapetó en su fortaleza de muros derruidos, estatuas mutiladas y tiradas, y perros flacos, sarnosos y ladradores. Con una sorda resistencia y un empecinamiento admirable, siempre se refería a Fidel Castro como “el Primer Ministro”, nunca como “El Comandante” y menos como “El Presidente”.

Se refugió en esa casa, su hogar con su segundo esposo, el periodista canario Pablo Álvarez de Cañas –antes estuvo casada muy joven, por breve tiempo, con un primo suyo, “bello e inútil” según decía- y en ella recibió a personalidades como Gabriela Mistral. Como sus residencias fueron escenario -o motivaciones- de algunas de sus obras (varios poemas y una novela) es necesario aclarar para reparar las equivocaciones de algunas afirmaciones, que la aludida en “Últimos días de una casa” es a la que ocupó con su madre y hermanos en la esquina de las calles de San Rafael y Amistad, en el Centro de La Habana, en los

jirafas de concreto bárbaras...” En la fecha de la inauguración, aunque ya era bastante conocido el vínculo del gobierno castrista con el narcotráfico -desde los años 70 para unos, y desde principios de los 80 para otros- lo cierto es que precisamente en esos días el tema tenía gran actualidad, pues había ocurrido hacía muy poco tiempo la desertión del Mayor cubano Juan Antonio Rodríguez Menier, a mediados de 1986 en Hungría, de donde pasó a Estados Unidos para acogerse como informante. También estaban implicados personajes muy importantes del régimen, además del ya mencionado Vicealmirante Aldo Santamaría Cuadrado, como René Rodríguez Cruz (Presidente del ICAP), el Embajador cubano en Colombia, Fernando Ravelo, así como Jaime Guillot-Lara, al parecer casado con una hija de Raúl Castro. Mucha información sobre este punto puede encontrarse en los testimonios del General Rafael del Pino y en el libro de Juan F. Benemelis, *Las guerras secretas de Fidel Castro*. Lo cierto es que desde 1983, el Departamento de Estado de EEUU aseguraba oficialmente tener “fuertes pruebas” del nexo entre Castro y los narcotraficantes colombianos de Pablo Escobar, lo cual ha sido ratificado muy cercanamente por su lugarteniente, el famoso “Popeye”.

altos de lo que después fue una elegante joyería con el nombre de “*La Maison Française*” (me contó ella que enfrente vivía en una casa de huéspedes un risueño joven español recién llegado a la isla, que la miraba desde el balcón: Pablo Álvarez de Cañas); la de la novela *Jardín* es la de la Calle de Línea en El Vedado¹⁴ (tiene también entrada por la calle trasera, Calzada, con el número actual 1105, en deplorable ruina)¹⁵, que además fue la que visitaron Federico García Lorca (quien la bautizó como “la casa encantada”), Juan Ramón Jiménez y su esposa Zenobia Camprubí, Vicente Blasco Ibáñez y otros viajeros, y de las tertulias comentadas por Alejo Carpentier —en alusiones¹⁶— y Virgilio Piñera, entre otros. En realidad, más que una casa, es un predio ocupado por varias construcciones.¹⁷

14. Se ha dicho, erróneamente que en esta casa vivió el General Loynaz del Castillo. No es así: allí fueron a vivir la madre de Dulce María (ya divorciada) con sus hijos, pues era propiedad de un hermano. El General Loynaz del Castillo tuvo como su última residencia la de Avenida 1ª N° 22216, en la habanera Playa de Mayanima.

15. A esa casa dediqué dos artículos publicados en Cuba cuando era “conflictivo” hablar de Dulce María Loynaz, y creo que pueden estar entre los primeros sobre ella después de 1959: “De que se cae... se cae” (*El Caimán* Barbudo, A. 19, N° 199, La Habana, Julio de 1984, pp. 22-23. Se publicó en esta revista cultural por la gestión del amigo Bernardo Marqués Ravelo, quien no ocultó una sonrisa irónica y una cómplice mirada pícaro cuando leyó el título en voz alta), y “La casa donde enterraron la luna” (*Bohemia*, La Habana, Año 77, N° 23, 7 de Junio de 1985, pp. 26-27. Esta publicación la continúo agradeciendo al amigo entonces jefe de la sección cultural, Pedro Pablo Rodríguez).

16. Se ha exagerado demasiado el vínculo entre Dulce María y Carpentier. Ella misma me comentó que Alejo insistía mucho para ser aceptado en su círculo, pero nunca fue grato allí. Es más, la difundida narración de Carpentier sobre el banquete nocturno en una loma habanera fue totalmente falsa. Y un dato precioso: Carpentier se burla en *La consagración de la primavera* de la fiesta que ofreció María Luisa Gómez Mena, Condesa de Revilla de Camargo, en honor del rey Leopoldo de Bélgica y su esposa, Lilian Baels, Princesa de Rhéty, pero esto obedeció a su resentimiento, pues no logró, a pesar de sus pedidos insistentes, ser invitado. Como no pudo asistir, esa fue su venganza. Dulce María también me confió que Carpentier buscó entrar en la “sociedad habanera” al casar con Lidia Esteban Hierro, hermana del llamado “condesito de Ferro”, un mulato rumboso famoso por sus escándalos, pero tampoco lo ayudó esto, pues además, eran mestizos. Dulce María, casada con el cronista social Pablo Álvarez de Cañas, estaba muy al tanto de estos asuntos.

17 Así lo ha establecido con puntual claridad y documentadamente Pablo

Su lamentable estado actual indica la urgencia de un salvamento que resultaría justo y benéfico para la historia y la cultura cubanas. Esta propiedad es la que debió ser primeramente restaurada con los generosos fondos que otorgó la Junta de Andalucía para enaltecer el paso de García Lorca por La Habana, que fueron aplicados en la otra casona de Dulce María, donde vivió los últimos años de su vida de la Calle E (antigua “Baños”) y 19 en El Vedado, en la cual sólo se hospedó brevemente Gabriela Mistral –con un violento desenlace¹⁸- y donde durante muchos años sessionó la Academia Cubana de la Lengua (después de haber sido despojada del local que junto con sus hermanas de la Historia y de Bellas Artes ocupaba desde los años 50 en el Palacio del Segundo Cabo y haber sido trashumante entre las casas de Antonio de Iraizoz, Ernesto Dihigo López-Trigo y finalmente la de Dulce María).¹⁹

Dulce María, anfitriona:

Aunque muy consciente de las limitaciones materiales prevalecientes, Dulce María no dejó de recibir en su mansión, a sus amistades y visitantes distinguidos. Esas ocasiones parecían evocaciones de un tiempo ya muy lejano, como ecos provenientes de otras épocas históricas. En las sesiones de la Academia nunca faltaban unas deliciosas limonadas –los limones procedían de los limoneros de Santa Bárbara, que traía su medio hermano En-

Pascual Méndez Piña en atinado artículo titulado “La quinta casa de Dulce María Loynaz” (*Diario de Cuba*, 1 de mayo de 2016), donde señala que en el amplio terreno se encontraban varias construcciones, como “La casa del alemán”, “La casa de los cristales”, “La nave de dos aguas”, y hasta otra casa que adquirió Dulce María para su primer matrimonio, pero que nunca ocupó. Agradezco los bondadosos comentarios que me dedica el autor en este texto.

18 Dulce María alude con levedad y delicadeza a ese “malentendido” cuando prologa las obras de la chilena para la Colección “Premios Nobel de Literatura” de la española Editorial Aguilar. En realidad, por lo que ella misma me contó, fue mucho más que un “malentendido”, un verdadero encontronazo: terminó poniendo las maletas de Gabriela en el portal de su casa.

19. Puede consultarse, para una descripción más pormenorizada de esta etapa de la Academia Cubana de la Lengua cuando todavía era independiente, mi estudio “La Academia Cubana de la Lengua y la Real Academia Española: un vínculo hispanocubano en varios tiempos” (*Madrid habanece. Cuba y España en el punto de mira transatlántico*. Editor: Ángel Esteban. Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2011. pp. 251-268) que se inserta en este volumen.

rique-, servidas en finos vasos de cristal grabados, y con delicadas servilletas bordadas, sobre bandejas de plata.

Dulce María tenía además una sabia costumbre: disponía recibir sólo dos días a la semana en su casa, los miércoles y los viernes. Pero en cada caso era un grupo diferente. “Los de los miércoles” no podían juntarse con “los de los viernes”. Una vez le pregunté por qué: *“Créeme que son muy diferentes –me dijoserían chispas. Los he estudiado muy bien para ubicarlos en uno u otro grupo”*.

Además, ella recibía estrictamente de cinco a siete de la tarde. Bajaba de su habitación –cuando todavía funcionaba el ascensory salía al portal, exactamente a “la hora de Ignacio Sánchez Mejías”. Y también con toda exactitud, a las siete se ponía en pie y empezaba a despedir sus invitados. A veces algunos se quedaban conversando un rato más en el amplio portal, pero ella ya se había retirado. *“Es que ya me queda muy poco tiempo y no puedo desperdiciarlo. Todo lo realmente necesario se puede comentar en un par de horas. ¿Para qué más?”*

En cierta oportunidad, quise hacerle un obsequio especial como muestra de mi agradecimiento por tantas atenciones y privilegios que me concedía, para asombro sobre todo de Flor (*“No puedes imaginar el afecto que Dulce siente por ti, Benjamín”*). ¿Qué podía regalar a una persona que prácticamente tenía todo? Entonces pensé que como una vez se había quejado por no tener papel para escribir, entregarle algo útil, y encargué a un amigo imprentero me hiciera un estuche con papelería grabada con su nombre, así como sobres de distintos tamaños para cada ocasión. Además, unas tarjetas de presentación en elegante caligrafía. Cuando se lo llevé todo (un día de su cumpleaños), me dijo, con una suave sonrisa: *“Te lo agradezco mucho y sabes qué bien me viene esto. Sin embargo, las tarjetas creo que nunca las usaré... ¿Has visto que una reina deje tarjetas de visita cuando pasa por alguna parte?”*

Ojalá que haya quedado a buen recaudo el patrimonio de Dulce María: además de las muchas obras artísticas e históricas que formaban parte de su legado familiar, cuando huían del país, muchas amistades le llevaban a ella sus piezas más entrañables para que las custodiara “hasta el regreso”, de tal suerte que era un museo

formado por otras tantas colecciones diversas. Eran asombrosas sus colecciones de marfiles antiguos, abanicos, tacitas de café y té, porcelanas, opalinas (“*no hay nada más inútil que una opalina -me decía- no pueden ni tocarse... pero son tan bellas*”) y recuerdo en especial una pieza que sacó un día cuando hablábamos de su padre el general y me mostró: era un plato de porcelana muy sobrio, con borde dorado y en el centro, pequeño y discreto, el Escudo Imperial de México: “*Fue un regalo de Don Porfirio Díaz a mi padre, cuando fue Embajador Especial de Cuba en los Festejos por el Centenario de la Independencia de México en 1910, unos meses antes que estallara la revolución*”. En el dorso del plato, se podía ver adherida una tarjeta de Don Porfirio y escrito de su mano: “*Obsequio este plato donde realizó su última comida antes de ser fusilado en Querétaro, Maximiliano Archiduque de Austria, llamado Emperador de México, a mi querido amigo el General Enrique Loynaz del Castillo, Embajador de la hermana República de Cuba, como muestra de mi aprecio y admiración*”. Y aparecía firmado con los elegantes rasgos autógrafos de Don Porfirio. No he sabido nada de esta pieza nunca más.

Tenía también reliquias de santos, en enjoyados relicarios y custodias, entre ellas, las de su antepasado San Martín de la Ascensión (¿1566?-1597), conocido en el siglo como Martín de Loynaz y Amunabarro, uno de los 26 mártires jesuitas del Japón en el siglo XVI. Por otra parte, poseía derechos sobre el Marquesado de Santa Olalla, por línea materna, como demuestra Javier Gómez de Olea en un estudio ya citado. Irónicamente, Dulce María solía burlarse de aquellos que la catalogaban como “burguesa”: “*En realidad, si a esas vamos, no soy burguesa, sino aristócrata*”.

Dudo mucho que el piano que hoy se conserva en la casa de Calle E y 19 haya sido el mismo que tocaba García Lorca, en la Casa de Línea. Ella nunca me afirmó esto, pues solía referirse al piano de su juventud como uno de estudio, vertical, y no *gran cola* o *media cola*, como el de la última mención, siempre coquetamente cubierto por un precioso Mantón de Manila, que había sido de su madre, Doña Mercedes.

“Por una generosa distracción” –así la calificué en mi discurso de ingreso- y por propuesta del lingüista Adolfo Tortoló, el poeta Arturo Doreste y la propia Dulce María Loynaz, y sien-

do Director el jurista Ernesto Dihigo López-Trigo, me incorporé como Miembro de Número de la Academia Cubana de la Lengua el 23 de abril de 1983, con un discurso dedicado a Don Raimundo Lazo Baryolo, que Dulce María respondió. Contaba yo en ese momento con 29 años de edad, edad absurda y merecimientos nulos para recibir semejante honor, que hoy –más maduro y menos insensato- hubiera agradecido sinceramente pero cortésmente declinado. En virtud de ello participé en la actividad de la Academia del mejor modo que entendí, al menos con intensa entrega, procurando dar muestras de esta manera de mi gratitud y compromiso.

Con Dulce María Loynaz ocurre hoy en día algo irónicamente muy similar a los casos de José Lezama Lima y Virgilio Piñera: algunos dicen no sólo que la conocieron, sino que la trataron íntima y cercanamente, oyeron sus confesiones, compartieron sus cuitas y hasta la protegieron. Debe ser porque ella se ha convertido en una figura de la mitología insular... Lo cierto es que a la casi totalidad de los que afirman lo anterior, nunca los vi cerca de ella ni en su casa –de donde casi no salía- y se mantenían a saludable distancia.

Como se ha hablado –y escrito- mucho sobre Dulce María en los últimos tiempos y se han manejado teorías en ocasiones disparatadas, debo señalar al menos algunas anécdotas que la retratan: un día, hablando de las mujeres jóvenes que escribían poesía en Cuba, me dijo: *“Ahora les ha dado por llamarse poetas, como si la palabra poetisa fuera denigrante. Una mujer escribe como mujer, con intensidad propia y exclusiva de una mujer, y hasta hay una edad para escribir poesía amorosa: las jóvenes pueden escribir sobre el amor y lo erótico; las maduras y viejas, no. Es grotesco y ridículo. Por eso dejé de escribir poesía. Y yo exijo que me llamen poetisa, nada de poeta”*.

Otro día charlamos largo rato sobre dos adjetivos que ella creía se empleaban muy mal, sobre todo por los políticos: “Honesto” y “Honrado”. *“La honestidad -me decía Dulce- es virtud femenina y la honradez es patrimonio masculino. Una mujer puede ser honesta, pero el hombre no, pues es sinónimo de recato; el hombre es honrado, y gran parte de su honra se la debe a la honestidad de su mujer”*.

En otra ocasión, cumpliendo el encargo que me había hecho Gilda Betancourt Roa, entonces directora de la revista *Revolución y Cultura* para solicitarle un poema y publicarlo en un número dedicado a la poesía femenina en Cuba, Dulce me respondió afirmativamente, pero también preguntó quiénes más iban a publicar ahí, y cuando le mencioné entre los nombres el de la gran poetisa Carilda Oliver Labra, pegó un salto y me dijo: *“Te pido un favor: que no publiquen mis poemas junto a los de ella; no porque tenga nada contra ella ni su poesía, pero nuestras visiones de la poesía y del amor son muy diferentes... No hay por qué marcar el contraste”*... Así se hizo. En ese número de la revista de 1985 aparecieron por primera vez los poemas de *“Bestiarium”*, de los cuales conservo una copia autógrafa de Dulce María, entre muchos manuscritos más.

Recuerdo que la primera vez que asistió a la oficialista Unión de Escritores y Artistas de Cuba fue después de pedirselo insistentemente, y sólo logré conmovérla cuando le argumenté: *“Pero Dulce, no puede dejar de ir: se cumplen los 50 años de la muerte de Federico y además, hablará Eliseo Diego y me pidió que usted no dejara de ir”*. Ella enmudeció por un momento, se caló los espejuelos y me dijo: *“Muy bien: iré. Pero con una condición: no te puedes separar de mí porque en cuando yo te haga un gesto me sacas rápido de esa cueva de bandidos... Serás mi chevalier servant”*. La foto que se tomó esa tarde la muestra en medio de un grupo de escritores, y detrás de ella, aparezco atento a *“su gesto”* (un apretón de mano), el cual no tardó en producirse después que nos fotografiaron.

Como los años van pasando y los recuerdos, igual que las *“penas que me maltratan”*, se atropellan y también se van desdibujando, he preferido reunir en este volumen el conjunto de mis textos sobre Dulce María y los documentos de ella, para que aquellos interesados en su obra y su personalidad puedan consultarlos si lo requieren, pues han estado dispersos en varias publicaciones y ahora forman un cuerpo unitario el cual adolece obviamente de repeticiones, que he preferido mantener para ser fiel al espíritu y al momento cuando fueron escritos.

Creo se cumple una suerte de *“justicia poética”* (nunca mejor dicho) al publicar este puñado de artículos y testimonios docu-

mentales sobre Dulce María Loynaz en la matritense Editorial Betania, decana de las editoriales cubanas en Europa y tesonera-mente llevada adelante, contra viento y marea (en muchas ocasiones, sin vientos que impulsen ni mareas que empujen) por el poeta y mecenas Felipe Lázaro. Fue precisamente aquí, en esta casa editora, y así lo dije en su momento hace años, donde comenzó una parte del rescate de la poetisa cubana, cuando la noche que la rodeaba era más oscura y silenciosa.

Además, que se publique este libro precisamente a casi veinte años de su muerte, también cumple un deseo de balance, recuerdo y reflexión, destinado a los que más adelante quieran saber algo de la vida callada y digna, pero no inactiva, de Dulce María en esos años cuando no sólo logró sobrevivir, sino imponerse a su circunstancia política, rodeada por la vigilancia de una dictadura que nunca le perdonó por completo su independencia. Igualmente contó, es justo decirlo, con manos amigas que la sostuvieron y socorrieron. Ella logró, con su tesón y su dignidad, “triunfar de la vejez y del olvido” al que fue condenada. Una vez más, la hija del general mambí, ella misma mambisa de la cultura, salió victoriosa en una batalla sorda, tenaz e implacable.

Pienso también que deben oírse otras voces sobre ella, pues una de las peores tragedias que ocurren cuando muere alguien como Dulce María, es que cualquiera, aún sus más enconados enemigos, pueden hacerle un homenaje hipócrita y convenenciero, ahora que está indefensa, y así tratar de alterar la historia y falsear la verdad. Ya lo estamos viendo en otros casos, como José Lezama Lima, Reinaldo Arenas, Guillermo Cabrera Infante, Gastón Baquero, Severo Sarduy y Virgilio Piñera, donde la “cultura oficial” (qué gran contradicción ésta) los enaltece ahora después de haberlos perseguido, ignorado y borrado de la memoria.

Y ya que de justicia escribo, no puedo dejar de mencionar a quienes en amoroso concurso, como pandilla cordial y casi secreta, se confabularon desde antigua fecha para rescatar del olvido a Dulce María: Felipe Lázaro, Jorge Yglesias, Aldo Martínez Malo, Pedro Simón, Alberto Lauro y Juan Antonio Sánchez. De alguna forma, este intento viene a complementar sus generosos afanes por la poetisa.

Una vez me escribió Dulce en una de sus cartas: “*Eso hice, eso pude, eso valgo*”. Ahora, viendo lo que nos legó, habría que enmendarle: “Hizo mucho, pudo demasiado, vale mucho más”. Dejó un ejemplo y una esperanza en tiempos muy tristes y oscuros para otros que vengan, con más luz y justicia.

Alejandro González Acosta

*Villa de las Mercedes, San Agustín de las Cuevas, Tlalpan, 27
de abril de 2016*

Dulce María Loynaz: ¿Ave Fénix?¹

En la obra de Dulce María Loynaz, como en su propia vida, se abre un largo paréntesis de silencio y sombras desde 1958 hasta fecha muy reciente: no sólo no fue publicada durante casi treinta años, sino que además no escribió más poesía y muchos creían que había desaparecido sin dejar huellas. Pero ahí estaba, en su rincón predilecto de la casona de El Vedado habanero, recorriendo su jardín hirsuto poblado por fantasmas y estatuas rotas, viviendo quizá en un tiempo más allá del tiempo.

Ha sido escasa, demasiado, la difusión de la obra de la poetisa cubana; en esto ha influido por una parte su carácter sumamente esquivo, nada propicio al tumulto y al “mundanal ruido”, que la hizo revelarse —a pesar de ella misma— de forma relativamente tardía, y por la otra, de su circunstancia. Debe recordarse que Dulce María Loynaz es cubana y ha vivido en la isla ininterrumpidamente desde 1958, y que su país ha sido escenario y laboratorio de un proceso político, social, económico y cultural desgarrador. Pero a pesar de todos los contratiempos (que los hubo y los hay), Dulce María permaneció, permanece y permanecerá en su país, sosteniendo con su sola presencia casi mitológica un sentir de la cubanidad que ha requerido más de hechos que de palabras.

Antes del paréntesis de silencio y sombra, Dulce María Loynaz publicó varias obras de especial importancia: *Canto a la mujer estéril*, poesía (La Habana, Molina y García, 1938); *Versos, 1920-1938* (La Habana, Úcar y García, 1938, con ediciones ampliadas posteriores en Tenerife, 1947 y Madrid, 1950); *Juegos de agua. Versos del agua y del amor*, poesía (Madrid, Editora Nacional, 1947); *Jardín. Novela lírica*, novela (Madrid, Aguilar, 1951); *Poetisas de América*, conferencia (La Habana, 1951); *El Día de las Artes y de las Letras*, conferencia (La Habana, 1952); *La Avellaneda, una cubana universal*, conferencia (La Habana, 1953); *Carta de amor al Rey Tut-Ank-Amen*, poesía

1. Este artículo fue expresamente solicitado por la revista española *Anthropos* en 1992, pero nunca lo publicaron, sin explicación alguna.

(Madrid, 1953); *Poemas sin nombre*, poesía (Madrid, 1953, y tiene también una edición italiana, de 1955); *Obra lírica. Versos (1920-1938)*. *Juegos de agua*. *Poemas sin nombre*, poesía (Madrid, Aguilar, 1955); *Últimos días de una casa*, poesía (Madrid, Aguilar, 1958) y *Un verano en Tenerife*, libro de viajes (Madrid, Aguilar, 1958)... Después de esta si no sobreadundante al menos nutrida producción en veinte años, vendrían el silencio y la sombra.

Pasaron los años y pasaron muchas cosas. De unos y otras vivía refugiada en su mundo personal Dulce María Loynaz, a quien sólo le llegaba el rumor de la calle fronteriza y las ocasionales visitas de un muy reducido grupo de amigos cuyas filas se iban clareando por la muerte, el exilio (otro viaje sin retorno como la primera), y el olvido. En 1984 se rompió el silencio, pero sin ruido, como una fina copa quebrada por un roce, con la aparición de *Poesías escogidas*, preparada por Jorge Yglesias, y que a pesar de las múltiples reservas de Dulce María sobre la selección, tiene el mérito indiscutible de haber sido el primer aldabonazo en su puerta después de casi tres décadas. Hay que agregar que en gran parte fue la insistencia de quien la preparó lo que logró su publicación por la Editorial Letras Cubanas, entonces dirigida por el narrador Alberto Batista Reyes.

De pronto, los jóvenes escritores cubanos se percataron de que se iban quedando sin mentores: los “grandes clásicos en vida” habían muerto —José Lezama Lima, Alejo Carpentier, Nicolás Guillén...— y se anunciaba una ruptura generacional. Si bien algunos de los idos habían disfrutado los beneficios de la promoción oficial, había otros que al margen de los avatares y trajines preferían llevar su vida y creación apartadas de los sucesos del medio ambiente, ni envidiados ni envidiosos, soslayando compromisos y deudas de gratitud con el sistema político cubano. Entre estos últimos —poquísimos— se encuentra Dulce María Loynaz, quien dedicó todo su esfuerzo y talento durante esos años de aparente olvido a sostener y defender la Academia Cubana de la Lengua, única institución cultural independiente cubana y que existe desde 1926, sin ningún financiamiento, aporte o contribución del Estado cubano actual, y de la cual es su Directora

desde 1984, cuando el anterior Director, doctor Ernesto Dihigo López-Trigo, pasó a ocupar la Presidencia Vitalicia Honoraria de la corporación. Sobre su trabajo en este aspecto hablé en otra oportunidad² y prefiero obviarlo ahora.

Apartada del mundo por un exilio interior bastante explícito, escéptica de su obra, paralizada su pluma, Dulce María tenía sin embargo una secreta ambición durante todos esos años: ver impresas las *Memorias de la guerra*, las cuales había escrito su padre el Mayor General Enrique Loynaz del Castillo (fallecido en La Habana, en 1963, y por cierto, enterrado sin los honores militares oficiales correspondientes a su alto grado y a su limpia ejecutoria de último “general mambí”), y cuyos apuntes y notas dispersos constituían la más preciada herencia de Dulce María, quien se dedicó durante años a descifrarlos, ordenarlos y revisarlos con filial devoción y ejemplar celo patriótico. A pesar de sus múltiples gestiones para saldar esta deuda con su padre, nunca vio fructificar sus esfuerzos hasta que una funcionaria *excepcional* (este término, en más de un sentido) del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, encaminó el asunto a título personal, saltó vallas, sorteó obstáculos y logró que al fin —pasando sobre altos criterios oficiales en contra, como el de Julio Le Riverend Brussonne— se publicaran las *Memorias...* en 1989, por la editorial cubana de Ciencias Sociales. En carta al autor de estas líneas, Dulce María Loynaz confesaba su alegría por éste, “el mejor regalo que podía ofrecerle la vida en sus últimos años”.

Pero antes de la publicación de la obra, gestión espinosa que tomó varios años, la misma funcionaria propuso la candidatura de Dulce María Loynaz para el Premio Nacional de Literatura, que le fue otorgado finalmente a pesar de la enfática oposición del entonces Secretario Ejecutivo de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba y Presidente en funciones de la misma, por enfermedad de Nicolás Guillén, el periodista y narrador Lisandro Otero, quien fuera recientemente (¡qué cosas nos reserva la vida!) uno de los que acompañara a Dulce María Loynaz al recibir el Premio Miguel de Cervantes de manos de S.M. El Rey Juan Carlos I de España, enfundado en elegantísimo chaqué. Como nun-

2. Lídice Valenzuela, “El académico más joven del mundo”, *Bohemia* (Cuba), 7 de noviembre de 1986, pp. 34-36. Entrevista con Alejandro González Acosta.

ca antes se ha hecho, creo que debe decirse ahora el nombre de esa modesta y activa funcionaria cubana, bastante atípica: Lucía Sardiñas. Su labor filantrópica no se ha limitado a Dulce María solamente, por cierto.

Después de las *Poesías escogidas* de 1984, junto con los sucesos anteriores, fue progresivamente adelgazándose la pared que levantó Dulce María en su alrededor (también los tiempos habían cambiado bastante desde aquel lejano 1959...), y con timidez y reserva empezó a cruzar su jardín encantado hacia el mundo exterior. Un momento importante fue el ingreso el 23 de abril de 1985 del doctor José Antonio Portuondo, director del Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba y ex-embajador de Cuba ante la Santa Sede, en la Academia Cubana de la Lengua, con un trabajo sobre la tragedia “Los últimos romanos” —de José María Heredia— como Discurso de Ingreso, el cual fue contestado por Dulce María en su carácter de Directora, ocasión que aprovechó para saludar la presencia de varios invitados, entre los que destacaba la bailarina Alicia Alonso, acompañada por su esposo Pedro Simón, quien más tarde se convertiría en uno de los estudiosos más serios y dedicados de la obra de Dulce María Loynaz. Poco tiempo después, José A. Portuondo recibía en la sede del Instituto a su cargo a Dulce María, en lo que vendría a ser el primer homenaje tributado a la poetisa en Cuba después de 1959. Más tarde se agregarían a esta línea la Biblioteca Nacional “José Martí” y la Casa de las Américas, donde Dulce María estremecería como en sus mejores tiempos a la nutrida y predominantemente joven concurrencia, con una hermosa oración sobre Delmira Agostini, su poetisa predilecta... Más tarde, en septiembre de 1986, asistiría a una velada *histórica* en la sede de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba con la ocasión de recordarse los 50 años del asesinato de Federico García Lorca, encuentro organizado principalmente —justo es decirlo también— por Lisandro Otero, en la que sería su primera visita a esa institución, desde el 23 de julio de 1968.

Estos pormenores pueden quizá parecer excesivos, pero los creo imprescindibles para poder elaborar una imagen más verdadera y desmitificadora del proceso en el cual Dulce María recuperó la voz pública, y va siendo empujada al lugar que ocupa

ahora como “leyenda y presencia” en la cultura cubana³. También creo necesario esto porque ahora y quizá mucho más en un futuro cercano, importe deslindar las relaciones de la poetisa con el poder, ya que su ubicación en la realidad insular así lo precisa.

A pesar de estos anuncios, no fue hasta 1991 que Dulce María recibió una espléndida cosecha, encabezada por la *Valoración múltiple* que realizara Pedro Simón para la Casa de las Américas, y que reúne prácticamente todo —o casi todo— de lo publicado sobre Dulce María hasta 1988, fecha en que cierra la búsqueda acuciosa. Sin duda alguna, ahora después del “Premio Miguel de Cervantes”, la bibliografía sobre Dulce María se ha nutrido mucho más y a un par de años de esta *Valoración Múltiple*, libro que fue un anuncio propiciatorio, necesita ya una reedición actualizada.

Sólo unos meses después de la *Valoración...*, volvía Pedro Simón a la carga y rescataba de las aguas tormentosas del olvido los *Poemas naufragos*, publicados por Letras Cubanas, que eran por primera vez recogidos en libro. Pero Dulce María iba rebasando ya las fronteras de su claustro y aparecían a finales de 1991 *La novia de Lázaro*, por la matritense editorial Betania y el esfuerzo ejemplar del transterrado cubano Felipe Lázaro, y por primera vez en México, la Universidad Nacional Autónoma publicaba a la cubana en su Serie “Material de Lectura”, de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural, con Nota Introdutoria del autor de estas líneas.⁴ Durante 1991 se le rindió un acto de “múltiple justicia” a la poetisa cubana, según expresé en el comentario publicado en el suplemento *sábado* del diario *unomásuno*, apenas unos días antes de conocerse el otorgamiento del “Premio Miguel de Cervantes” y el cual terminaba con palabras que resultaron involuntaria y regocijadamente proféticas:

Finalmente, triunfó la poesía. Como también ha triunfado, a pesar de todos los pesares, contra miles de vientos

3. Así la calificué en: Dulce María Loynaz, *Poesías*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Col. Material de Lectura. Poesía Moderna, N° 169. Nota y selección de Alejandro González Acosta, 1991.

4. *Vid.* Nota ant.

y mareas, esa palma enhiesta que es toda cubanía, Dulce María Loynaz, que en el pasado 1991 recibió apenas un avance de aquello que se le anda debiendo desde hace tiempo. Ya empezó a llover y no sobre mojado...⁵

Apenas unos días después, la noticia: la gran olvidada había sido rescatada de las sombras por la magia del más importante premio de la lengua castellana. Realmente, el anuncio tomó por sorpresa a los más e incluso, entre cubanos, la opinión estuvo dividida, pues hubo otros compatriotas que sonaron insistentemente hasta el último momento: el novelista Guillermo Cabrera Infante y el poeta Eliseo Diego. Algunos buscaron identificarlos con las “dos Cubas”, la del exilio y la aislada, por lo que el galardón a Dulce María fue interpretado como un lazo entre ambos. Así lo expresé en mi comentario publicado a raíz de la buena nueva, donde afirmé que había sido “una excelente y acertada decisión de los que lo otorgaron, porque nunca antes se premió a tantos con un solo lauro”⁶. Es bueno agregar que el citado comentario estaba dedicado al brillante publicista y generoso mecenas hispano-mexicano don Eulalio Ferrer, quien desempeñó un importante papel para la concesión del Premio “Miguel de Cervantes” en favor de Dulce María, a la que había conocido apenas unos meses antes durante una fugaz visita a Cuba, y sobre quien conversó ampliamente con los miembros del jurado y además con don Indalecio Arias, destacando los valores múltiples de la poetisa cubana.

El hecho ya innegable del premio concitó un aceleramiento, que continúa hoy, en el proceso de rescate de Dulce María: la Diputación de Cádiz lanzó una reedición de los *Poemas náufragos*; en Cuba, inmediatamente, como edición de homenaje, apareció el primer poemario de Dulce María escrito en temprana adolescencia, *Bestiarium*, que había permanecido inédito durante más de sesenta años; como libro, pues poco antes con el título de *Bestiario* —nombre poco grato a la autora, según ella me comen-

5. Alejandro González Acosta, “Múltiple justicia”, *sábado* (México), N° 786, 24 de octubre de 1992, p. 12.

6. Alejandro González Acosta, “Triunfo de la vejez y del olvido”, *unomásuno* (México), 22 de noviembre de 1992, p. 21.

tó— fue difundido en la revista cubana *Revolución y Cultura*. En España, recientemente, apareció una reedición de su novela fundamental, *Jardín*, por la prestigiosa casa editorial Aguilar, la cual nunca dejó de ofrecer su apoyo a la autora cubana; en Cuba se prevé realizar una edición de su obra completa, por la editorial Letras Cubanas, y Pedro Simón ya ofrece una recopilación de las conferencias de la premiada: en la carrera contra el reloj, el reconocimiento alcanzó finalmente a Dulce María.

Han aparecido numerosas opiniones sobre Dulce María en los últimos tiempos; de las que he podido conseguir, relaciono las siguientes: “Echa tu red en mi alma (Publicarán obras de Dulce María Loynaz)”, de Rosa Elvira Peláez (*Granma*, Cuba)⁷; “Dulce María Loynaz: premio del Gran Teatro de la Habana 1992”, de Toni Piñera (*Granma*, Cuba, 2 de enero, 1993, p. 7); “Justo reconocimiento a una obra que engrandece nuestra lengua”, de Marta Rojas (*Granma*, Cuba);⁸ “Mensaje del Ministro de Cultura de Francia a DML”, por Marta Rojas (*Granma*, Cuba, 17 de noviembre, 1992); “Soy cubana”, entrevista por Mauricio Abreu (*Urbe*, Cuba, N° 87, 19 de noviembre, 1992, pp. 54-56); “DML: gente de palabra”, entrevista por Edmundo García (*La Gaceta de Cuba*, Cuba, noviembre-diciembre, 1992, pp. 18-21); “Lo que iba a escribir ya es cosa hecha”, entrevista por Pedro de la Hoz (*Granma*, Cuba, 6 de noviembre, 1992, p. 6); “La Loynaz en España para recibir el Premio Cervantes”, Prensa Latina (*Granma*, Cuba, 20 de abril, 1993, p. 6); “El más alto honor a que pudiera aspirar en lo que me queda de vida”, discurso de DML (*Granma*, Cuba, 6 de mayo, 1993, p. 6); “Su nombre exige mayúscula”, por Ada Oramas (*Tribuna*, Cuba, 22 de noviembre, 1992, p. 6); “El amor, siempre, de Dulce María”, por Lídice Valenzuela (*Granma*, Cuba)⁹; “Invitación al *Bestiarium*”, por Pedro Simón (*Granma*, Cuba, 14 de junio, 1991, p. 3); “DML: poetisa discriminada”, por Ricardo Bofill (*El Nuevo Herald*, Miami-EEUU, 11 de noviembre, 1992); “La estatura espiritual de Dulce María”, por Ana María Linares (*El Nuevo Herald*, 11 de noviembre, 1992); “Dulce María: un navegante solitario”, por Uva de Aragón Cla-

7. Hasta el momento, no he encontrado más datos que completen la referencia.

8. *Idem*.

9. *Idem*.

vijo (*Diario de Las Américas*, Miami-EEUU, 19 de noviembre, 1992, p. 5-A); “Dulce María Loynaz del Castillo”, por Reinaldo Bragado Bretaña (*Diario de Las Américas*, Miami-EEUU, 17 de noviembre, 1992); “Mi Dulce María”, por Eugenio Florit (*Diario de Las Américas*, Miami-EEUU, 17 de noviembre, 1992, p. 9-A); “Dulce María, la cubana”, por Heberto Padilla (*El Nuevo Herald*, Miami-EEUU, 14 de noviembre, 1992, p. 13); “La perenne tristeza de DML”, por Andrés Vargas Gómez (*El Nuevo Herald*, Miami-EEUU, 14 de noviembre, 1992); “La cumbre de Dulce María”, por Alejandro Ríos (*¡Éxito!*, Miami-EEUU, 2 de diciembre, 1992, p. 71); “DML, la política y el exilio”, por Gastón Baquero (*El Nuevo Herald*, Miami-EEUU, 10 de abril, 1993); “Nerviosismo en el Gobierno y en la embajada de Cuba por el regreso de DML”, por Tulio H. Demiche (*ABC*, Madrid-España, 1 de mayo, 1993); “Loynaz, obligada por su séquito a abandonar la Residencia de Estudiantes” (*Diario 16*, Madrid-España, 22 de abril, 1993); “El homenaje de Miami a DML”, por Octavio R. Costa (*Diario de Las Américas*, Miami-EEUU),¹⁰ “DML reivindica la risa al recoger el Premio Cervantes de Literatura”, por Andrés F. Rubio (*El País*, Madrid-España, 24 de abril, 1993, p. 24); “Para Dulce María: sol de todos los días”, por Diana Montané (*¡Éxito!*, Miami-EEUU, 5 de mayo, 1993, p. 58); “La risa de Cervantes”, por Juan Abreu (*Diario de Las Américas*, Miami-EEUU),¹¹ “La risa hermana a los hombres”, por Emma Rodríguez (*El Mundo*, Madrid-España, 24 de abril, 1993, p. 51); “La fuerza del espíritu”, por Gastón Baquero (*El Mundo*, Madrid-España, 24 de abril, 1993, p. 51); “Homenaje merecido a la obra de DML”, por Diana Montané (5 de mayo, 1993, p. 59¹²); “‘Gran dama de América’: así bautizó Juan Carlos I a DML”, EFE (*Diario de Las Américas*, Miami-EEUU, 25 de abril, 1993, p.13-B); “¿Por qué DML ha sido ignorada en Cuba?”, por Ricardo Bofill¹³; “Dulce María en escena”, por Heberto Padilla (*El Nuevo Herald*, Miami-EEUU, 24 de abril, 1993); “El Rey entregó el Cervantes a DML”, por Torres Murillo (*El Diario Vasco*, Gijón-

10. *Idem*.

11. *Idem*.

12. En el recorte de periódico que tengo no aparece el nombre de la publicación.

13. No poseo más datos en el recorte del que dispongo.

España, 24 de abril, 1993, p. 66); “El Rey subraya la pasión de DML por nuestra lengua y su amor por España”, por Clara Isabel de Bustos (*ABC*, Madrid-España, N° 77, 24 de abril, 1993); en el *ABC literario* (Madrid-España, N° 77, 23 de abril, 1993) aparecen varias notas sobre DML: “Incesante poesía”, de Gastón Baquero; “Dulce María Loynaz”, de Cintio Vitier, y “La mariposa acorazada”, de Lisandro Otero.

Debo agradecer gran parte de todos estos informes que he relacionado a mi admirado amigo y entusiasta colaborador en este empeño, el poeta y sacerdote Monseñor Ángel María Gaztelu. Por supuesto que no he podido agotar la posibilidad de recoger todo lo que se ha publicado sobre DML en los tiempos más recientes, pero esto que antecede es sólo un intento de ayuda para los investigadores que se dediquen con más tiempo y disponibilidad a este asunto.

Como apariciones recientes de estudios sobre la poetisa cubana debe destacarse el *Homenaje a DML* preparado por la profesora Ana Rosa Núñez¹⁴, bibliotecaria y referencista de la Universidad de Miami, por encargo del editor don Juan Manuel Salvat para la Editorial Universal, donde reúne diversos juicios sobre la autora cubana vertidos por críticos y poetas de todo el mundo, que en gran parte también pueden encontrarse en la *Valoración múltiple* preparada por Pedro Simón, ya mencionada.

Hay signos que indican, por supuesto con la coyuntura creada por el “Premio Miguel de Cervantes”, se despertará una nueva atención sobre Dulce María Loynaz, su obra y su vida. El hecho de que la prestigiosa revista española *Anthropos* prepare un número dedicado a ella —como es tradicional en esta publicación con los premiados por el “Cervantes”— a cargo del profesor Paco Tovar, es ya muy promisorio. Otra gran publicación académica, la *Revista Iberoamericana* del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, con sede en la Universidad de Pittsburgh, prevé también dedicarle a la poetisa cubana un memorable *dossier*. La imprescindible Colección de Archivos de la Literatura Latinoamericana y del Caribe, que dirige el profe-

14. *Homenaje a Dulce María Loynaz. Premio Cervantes 1992. Obra literaria: Prosa y poesía. Estudios y comentarios*. Ed. Ana Rosa Núñez. Miami, Ediciones Universal, 1993. 416 pp.

sor Amos Segala y patrocina la UNESCO, también tiene entre sus planes la edición de un volumen sobre la autora cubana. La revista mexicana *Plural*, dirigida por el poeta y ensayista Jaime Labastida, tiene en prensa ya el número de julio de 1993 dedicado a Dulce María Loynaz, preparado por el autor de este comentario¹⁵. Homenajes diversos se le han dedicado a la galardonada cubana en Salamanca, Miami y La Habana. Para finales de julio de este año se prepara otro en México¹⁶. Homenajes colaterales han sido, por ejemplo, la sencilla edición que hizo en La Habana la abogada Yamileh Manzor con los poemas de los hermanos de Dulce María (Enrique, Carlos Manuel y Flor), que constituye un excelente testimonio del ambiente donde se formó la poetisa, rodeada de poesía e intensa vida espiritual. Antes, Pedro Simón había editado por la colección del Gran Teatro de La Habana sendos cuadernos dedicados a Flor y Enrique Loynaz.

Poetisa precoz y luego retirada, más tarde rescatada y vuelta a sumergirse en su sombra, con más de treinta años de silencio revelador, Dulce María Loynaz reaparece con el premio que la consagra y le confirma un lugar el cual ya tenía por derecho propio pero que necesitaba de universal reconocimiento. Como el sol del ocaso que al ocultarse en el horizonte regala los más hermosos rayos, en el crepúsculo vital Dulce María ofrece sus luces develadas y refulge, igual que la estrella de su amada bandera, en luminosa y solitaria lección de humanidad y poesía.

México, 12 de junio de 1993.

15. *Plural*. Octubre de 1993.

16. Mesa redonda integrada por: Aralia López González, Susana Montero, Yoel Mesa Falcón, Elena Tamargo y Alejandro González Acosta. Casa de la Cultura de Tlalpan, julio de 1993.

La casa donde enterraron la luna¹

La niña salió, como siempre, a jugar aquella mañana en el patio lleno de plantas, y no sabía aún muchas cosas.

Estaba al principio de los tiempos: ignoraba que un día —pocos años después— sentiría amor imposible por el joven faraón Tut-Ank-Amen y le dedicaría uno de sus más bellos poemas. No sabía —tampoco— que llegaría la fecha donde tendría que decir adiós a aquella casa de su infancia, donde quedaría tanto de su vida, casi toda su alegría y su jardín.

Sobre todo “su jardín”. Porque sólo ella conocía cada vuelta y rincón. En aquel laberinto de follaje y estatuas de piedra, olor a jazmín y aire de mar cercano, era ella la única dueña y pulsora de todas las llaves secretas.

No sabía —aún— que en aquella casa escribiría un libro —*Jardín*— y sobre esos muros, un poema de sus últimos días de estancia. En ese lugar parió versos como “la tristeza sin nombre/ de no tener que dar/ a quien lleva en la frente/ algo de eternidad”.

En ese mismo jardín, donde había rosas y las abejas labraban un panal.

La casa, en su imaginación y en el recuerdo, existía desde antes que se dividieran las aguas y la tierra. Siempre estuvo allí, ofreciendo el lugar para los juegos y los cantos, las penas y las alegrías.

Fue, además, la casa de los encuentros grandes: Juan Ramón, Federico... y tantos que pasaron en su tránsito insular por ella.

Del jardín, dijo la niña en su novela: “mujer y jardín son dos motivos eternos; como que de una mujer en un jardín le viene la raíz al mundo”.

Da la impresión que lo primero que construyeron, sabiamente, fue el jardín y después acomodaron dentro —en lo que restó— la casa.

1. Los fragmentos señalados pertenecen a varias obras de Dulce María Loynaz: *Jardín*, *Ofrenda lírica* y *Últimos días de una casa*. Este texto apareció en: la revista *Bohemia* (Cuba) y según creo, es el primer texto publicado en Cuba sobre DML desde 1959. *Bohemia*, Año 77, N° 23, 7 de Junio de 1985.

Jardín de ensueño, sobre él vivió parte de su novela:

Bárbara pegó su cara pálida a los barrotes de hierro y miró a través de ellos. Automóviles pintados de verde y de amarillo, hombres afeitados y mujeres sonrientes, pasaban muy cerca, en un claro desfile cortado a iguales tramos por el entrecruzamiento de lanzas de la reja. Al fondo estaba el mar. Bárbara se volvió lentamente y entró por la avenida de pinos. Una gran luz que venía de un punto indefinido proyectaba extrañas sombras sobre los senderos del tranquilo jardín.

Era la sombra de los árboles enjutos y de las estatuas mutiladas a lo largo del camino medio borrado entre la yerba. El vestido se le enredó en un rosal, y las rosas estaban frías. La luna apareció en lo alto de la casa.

Brillaron los muros blanqueados de cal, cuadrados y simétricos; brillaron las rosas.

Y ella también brilló en una espesa claridad de espejos.

Y así, de pronto, la luna empezó a temblar con un temblor cada vez más apresurado, más violento cada vez, y las sombras de las cosas giraban al revés y al derecho, y Bárbara se detuvo y miró a lo alto. La luna se desprendía; desgarraba las nubes y se precipitaba sobre la tierra dando volteretas en el espacio.

Pasó un minuto y pasó un siglo. La luna, en el alero del mirador, rebotó con un sonido de cristales y fué a caer despedazada en el jardín a los pies de Bárbara.

Astillas de luna saltaron sobre su cara, y ella pudo sentir todavía un frío desconocido.

Se arrodilló en el sendero, recogió de entre la yerba la luna rota, la envolvió en su chal de encaje.

La tuvo un rato entre las manos, dueña por unos segundos del secreto de la Noche. Luego hizo un hoyo muy hondo en el lugar en que la tierra era más tibia... Y así enterró la luna en el jardín.

Arriba plantó un gajo de almendro y se fue con las manos húmedas embarradas de tierra y de luna.

Afuera pasaban los automóviles verdes y amarillos.

En un rincón patriarcal de El Vedado levanta aún su estampa esa casa que posee el raro y curioso privilegio de tener en su jardín, bajo el almendro florecido, la luna enterrada. Cuentan algunos que a veces escapa y vuelve a lucir en la noche, pero siente entonces mucho frío sola allá arriba, y recuerda la tibia tierra que abajo la abriga y regresa a su escondite. Por eso es que a veces no está en el cielo. Pero cuando luce en la noche, siempre dedica a El Vedado sus claros más hermosos, su luz más transparente. A fin de cuentas, es su domicilio terrestre. De ahí en gran parte la magia del barrio: podrán desbrozarlo, llenarlo de edificios, cerrar sus furnias con afeites de hormigón, levantar paredes y más paredes, pero él sigue teniendo su “duende”.

En aquella muchacha nada indicaba que se convirtiera en poetisa: quizá sus ojos, de extraña fijeza en un punto perdido. Pero nada más. En aquella familia de guerreros y patriotas, no era ajena por cierto la poesía. Sin ir muy lejos, el padre, héroe de mil batallas, de enhiestos mostachos requemados por la pólvora y ojos de mirar acostumbrado al mando, en medio de una gran campaña había escrito versos, como de épocas caballerescas, encendidos de patriotismo: “A las armas, valientes cubanos, a Occidente nos llama el deber...”.

Aquella casa conoció quizá una de las familias más singulares de nuestra historia: cada uno muy especial en su forma de ser; todos de acusada y torturante sensibilidad. Herederos de historia, no obstante hicieron la suya propia. Y fue en esa casa donde se forjó el carácter de cada uno de ellos. “Ver los Loynaz” era la consigna del viajero y, sencillamente, hacia allá iban. Como Federico, que llegó un buen día y le arruinó a Enrique una cuidadosa escritura legal. O como Juan Ramón, enlazado con la eterna Zenobia y desgranando vellones a su paso. O como Gabriela, con su voz de bronce resonando en todos los rincones.

Una casa del rumor y la melodía. Como después dijera la niña del jardín: “Nadie puede decir/ que he sido yo una casa silenciosa; / por el contrario, a muchos muchas veces/ rasgué la seda pálida del sueño/ —el nocturno capullo en que se envuelven—, / con mi piano crecido en la alta noche, / las risas y los cantos de los jóvenes/ y aquella efervescencia de la vida/ que ha borbotado siempre en mis ventanas/ como en los ojos de/ las mujeres enamoradas”.

Esa casa ruinoso hoy, se afincó no sólo al suelo, sino al recuerdo con lazos más firmes y de forma permanente: “Y es que el hombre, aunque no lo sepa, / unido está a su casa poco menos/ que el molusco a su concha. / No se quiebra esta unión sin que algo muera/ en la casa, en el hombre... O en los dos”.

Es la casa que se levanta poseedora de una leyenda, más allá del conocimiento de sus actuales habitantes.

Para tener “su” poesía, no necesita que la comprendan: tiene vida propia, ligada al pasado aún cuando no exista. Es el testigo de dos mundos, uno que se va, otro que viene: “Soy una casa vieja, lo comprendo./ Poco a poco —sumida en estupor—/ he visto desaparecer a casi todas mis hermanas,/ y en su lugar alzarse a las intrusas,/ poderosos los flancos,/ alta y desafiadora la cerviz./.../ Una a una, a su turno,/ ellas me han ido rodeando/ a manera de ejército victorioso que invade/ los antiguos espacios de verdura,/ desencaja los árboles, las verjas,/ pisotea las flores...”.

Ya sus maderas no saben del olor a mar. Sin embargo, guardan su huella, cuando la laguna salada no era más que parte del traspaso de la casa:

“Ahora, hace ya mucho tiempo/ que he perdido también el mar. / Perdí su compañía su presencia, / su olor, que era distinto al de las flores, / y acaso percibía sólo yo.../.../ Tal vez el mar no exista ya tampoco. / O lo hayan cambiado de lugar, / O de sustancia. Y todo: el mar, el aire, / los jardines, los pájaros, / se haya vuelto también de piedra gris, / de cemento sin nombre”.

La casa está llena de ensueño. Y de leyenda. Extendida desde Línea hasta Calzada, en la esquina de la calle 16, la gran propiedad comprendía varas casas, un enorme jardín y miradores, glorietas y tantos rincones de gris privacidad. Allí vivió un alemán de fábula, feliz en estas tierras del sol. Rodeado por su familia, en un chalet de madera el cual mucho tenía de su Baviera natal. Llegó el año de 1914 y oyó que Alemania combatía. Partió a Europa, pero acostumbrado al trópico no pudo hacerse a la guerra y fue de los primeros en morir. Tras él dejó una familia —cuyo rastro se perdió— y un gran cuadro donde aparecen sus tiosos bigotes “a lo Káiser”.

Casa nacida para la intimidad y la confianza, nunca aspiró a una placa de bronce que recordara tránsitos ni presencias: “No

fui yo ciertamente/ de aquellas que alcanzaron tal honor, / porque las gentes que yo vi nacer/ en verdad fueron siempre demasiado felices; / y ya se sabe, no es posible/ serlo tanto y ser también otras/ hermosas cosas”.

Es un mundo el de la casa, que ha ido quedando vacío, lleno sólo de persistente recuerdo: /.../ “Y pienso ahora, porque es de pensar, / en esa extraña fuga de los muebles; / el sofá de los novios, el piano de la abuela/ y el gran espejo con dorado marco/ donde los viejos se miraron jóvenes, / guardando todavía sus imágenes/ bajo un formol de luces”.

Cuando aquella mañana salió la niña al jardín — “su jardín”— con ojos pensativos donde se adivinaba oculta la poesía, no sabía en efecto muchas cosas, que la vida le fue enseñando.

No sabía, por ejemplo, que algún día, esos muros gritarían: “Es necesario que alguien venga/ a ordenar, a gritar, a cualquier cosa/.../ ¡Con tanta gente que ha vivido en mí, / y que de pronto se me vayan todos!.../.../ Y luego no ser más/ que un cascarón vacío que se deja, / una ropa sin cuerpo, que se cae.../.../”.

No sabía —no podía saberlo aún la pequeña— de soledades y vacíos, ni de ausencias. Sólo de lunas enterradas en el jardín, el sable dorado del padre, el aro de bordados de la madre, el piano de las noches y el rumor del mar... Después vendrían los trabajos y los días, persiguiéndose unos a otros, “las tristezas que a fuerza de suaves parecen sonrisas...” Y allí, deshijada del mar, seguiría la casa, siempre Ella, diciéndole entre salto y salto del recuerdo:

“La Casa, soy la Casa, / más que piedra y vallado, / más que sombra y que tierra, / más que techo y que muro, / porque soy todo eso, y soy con alma”.

El noble edificio, en tanto, espera la nada con dignidad, sigue acariciado por la mirada lejana —que no puede ocultar la poesía que dentro lleva— de alguien que un día, a espaldas de sus padres, escondió la luna en el jardín.

Dulce María Loynaz o De la soledad

En sus 88 años¹

Dulce María Loynaz Muñoz (La Habana, 10 de diciembre, 1902) es, al mismo tiempo, una presencia y una leyenda en la literatura cubana. Hoy resulta la única con vida de aquel grupo de voces femeninas latinoamericanas que vigorizaron la lírica con un nuevo acento: Gabriela Mistral, Juana de Ibarbourou, Alfonsina Storni, Delmira Agostini... todas sus amigas han desaparecido. También otros afectos han quedado atrás: Federico García Lorca, Juan Ramón Jiménez... tantos y tantos huéspedes de esa casona de El Vedado habanero, cuna de poetas, que era lugar de visita obligada: “Vamos a donde los Loynaz”, era la consigna en Cuba compartida por propios y extraños. El padre, noble patriota que interpuso su pecho en Costa Rica para salvar al “Titán de Bronce”, Antonio Maceo, y a quien recomendaba José Martí como amigo a toda prueba, que estaba compartiendo la metralla del combate junto a su general Serafín Sánchez cuando este cayó mortalmente herido en “Paso de las Damas”, el Mayor General Enrique Loynaz del Castillo, era poeta; ahí está la letra del “Himno de la invasión a Occidente” que lo demuestra: “A las armas, valientes cubanos, a Occidente nos llama el deber...” Sus hijos, Enrique, Carlos Manuel y Flor, también poetas: el primero, labraba versos y, avaro, los escondía, y recién ahora se conocen algunos; el segundo, quemaba lo que escribía; la tercera, Flor, mezcla de Gandhi y San Francisco, en su palacio “Santa Bárbara” de La Coronela, en las afueras de La Habana, rodeada por docenas de perros y gatos en inexplicable convivencia, tejía poemas a una hoja de hierba o al ratoncito del sótano... Y Dulce,

1. Nota de presentación del cuaderno *Material de poesía No. 169* de la Dirección de Literatura de la Universidad Nacional Autónoma de México dedicado en 1991 a Dulce María Loynaz. También publicado en el periódico mexicano *unomásuno* (11 de Diciembre, 1991. p. 28). Esta sencilla edición de la UNAM tiene el valor de haber sido la primera vez que se publicó un libro de DML en un país de América continental y antes de la concesión del Premio “Miguel de Cervantes”.

inevitablemente, tenía que ser poetisa aún si no hubiera tenido esa familia rodeándola. Porque a una niña que escucha un ruido por la noche, sale al patio y encuentra la luna quebrada que se cayó del cielo y la siembra a los pies de un tierno almendro, como la Bárbara de su novela *Jardín*, tiene que andarle la poesía por dentro con mucha fuerza; porque la muchacha cubana que en una insólita peregrinación de adolescencia llega a El Cairo y al ver emocionada la tumba recién descubierta del joven faraón Tut-Ank-Amen, se enamora de éste con pasión imposible, es diferente a muchas otras. Porque la mujer que viaja por las Islas Afortunadas y, nueva George Sand, escribe un libro como *Un verano en Tenerife* y encuentra lo bello dentro de lo adusto de Las Canarias, tiene un ingrediente especial nadie sabe dónde. Porque la hembra intensa que recoge sus poemas en su *Obra lírica* (varias ramas componen el árbol: “Versos”, “Juegos de agua” y “Poemas sin nombre”), donde habla de su tristeza suave y sus conversaciones con el alba, que le reza a la rosa y le canta a la niña coja y al enano contrahecho, la que se ofrece entera, la que traduce el amor de la leprosa y se baña en el Almendares de su recuerdo, es sin duda alguna una mujer diferente y que para estar bien, se basta con ella y por eso anda sola, pensando, tejiendo palabras en su ensoñación.

Pero de encaje fino y de cuerda marinera al mismo tiempo está fabricada su poesía. Porque en ella alterna la ternura con la fiereza, como en ese inmenso poema que es el “Canto de la mujer estéril”, de entraña desgarrada que mira al sol, germen de vida. “Magnífico poema, síntesis de su contenido de resonancia universal”, lo llama Raimundo Lazo. Porque en ella la queja suele venir acompañada de la ensoñación, del recuerdo que depura en la distancia y el tiempo, el perfume perdido de una puesta de sol. O como en “Últimos días de un casa”, cuando el viejo hogar se despide del ruido de familia que era sinónimo de su propia vida; de ahí ese “tremendo patetismo en que una casa en trance agónico, nos cuenta delgada, suavemente, su historia y clama por la familia que como el alma del cuerpo, se le ha ido”, según retrata Antonio Oliver.

Cuando es más auténtica y efectiva la poesía de Dulce María es, no hay duda alguna de ello, cuando habla, siente, canta a la

soledad. Ser único, hoy recorre con sus 88 años a cuestas, su casona vedadense, el paso tardo, como quien lleva mucho recuerdo encima, cruzando mil veces los senderos del jardín, en un recinto fabricado de historia, historia ella misma, tejiendo y destejiendo su inacabable manto de Penélope, en la espera del día final. Sola, como siempre ha estado y le gusta estar, mujer que se guarda en la sombra en país de tanto sol porque desde aquélla se puede ver mejor el brillo de éste, que cuando se le mira insolente al rostro. Busca aún en el aire el olor de los jazmines que se le fueron, el choque del mar en el traspatio, que le robaron; sigue pensando en el Almendares como el río puro que ya no es; permanece sintiendo a Cuba con fe ciega en sus palmas, que ya no están en el horizonte de su jardín, ahora encerrado por edificios; continúa reuniendo los pedacitos de la luna para ponerlos al pie del almendro aquel, ya viejo y casi seco, pero que como ella, guarda memoria de todo lo que fue, en ese insondable soledad de los que no requieren compañía, porque de adentro les brota, como manantial, la poesía.

Palabras de “Introducción” a Dulce María Loynaz, *Material de Lectura* (Poesía Moderna N. ° 169), Dirección de Literatura-Coordinación de Difusión Cultural, UNAM. México, 1991. 28 pp.

Dulce María Loynaz: varias obras¹

Múltiple justicia

Al fin, parece que se va haciendo justicia a la poetisa Dulce María Loynaz, verdadera matriarca de la literatura cubana. Así lo van confirmando, después de un larguísimo silencio editorial, varias obras que la acercan a su nonagésimo aniversario: la *Valoración múltiple*, editada por Casa de las Américas (La Habana, julio de 1991), preparada por Pedro Simón; *Poemas náufragos* (Letras Cubanas, La Habana, octubre de 1991), con “Nota” de Pedro Simón; *Material de lectura* 169 (UNAM, México, noviembre de 1991), con nota del autor de este comentario, y *La novia de Lázaro* (Betania, Madrid, diciembre de 1991). En tres países del mundo hispánico se recordó el año pasado a una gran olvidada. Realmente, los dos volúmenes cubanos responden no sólo al hecho de la nacionalidad de la autora, sino que era, paradójicamente, el lugar donde se le había olvidado más, quizá porque estaba más a la mano. Sin embargo, triunfando “de la vejez y del olvido”, surge de nuevo para los nuevos lectores, aquella mítica autora que es una lección y una leyenda en las letras hispanoamericanas. Compañera de generación y hasta amiga personal de Gabriela Mistral y Juana de Ibarbourou, Dulce María —perteneciente a un grupo de cuatro hermanos, todos poetas, ya desaparecidos: Flor, Enrique y Carlos Manuel— era integrante de la familia que recibió en Cuba a Federico García Lorca y a Juan Ramón Jiménez, entre otros. Única superviviente del coro de grandes líricas continentales, Dulce María es hoy el testimonio no sólo de un pasado, sino de una forma presente de asumir la cubanidad hasta sus últimas consecuencias. dicen que las montañas se ven mejor a la distancia: con los años se aprenderá a valorar en su justa medida el significado de la obra y la actitud personal

1. Publicado en el suplemento cultural *sábado* (Nº 786, 24 de Octubre de 1992, p. 14) del periódico mexicano *unomásuno*. Este artículo resultó involuntariamente “profético”: como pueden ver, concluye diciendo “ya empezó a llover y no sobre mojado” y apenas unos días después de su aparición, se daba a conocer la noticia de que le habían concedido a DML el Premio “Miguel de Cervantes”.

de esta cubana medular y al mismo tiempo tan universal, que es una síntesis difícil y peregrina.

Faltan palabras para elogiar el ingente esfuerzo del investigador Pedro Simón, quien ha puesto el resultado de su trabajo en el grueso tomo de la *Valoración múltiple de Dulce María Loynaz* que en sus más de 800 páginas de sabia y dedicada recopilación, confirma el detalle irónico de que sobre ella han escrito más fuera que dentro de Cuba. Sin embargo, Dulce María sí es ya “profeta en su tierra”, pero más como disfrute de un grupo de “iniciados” progresivamente en aumento —como ocurrió con Lezama Lima— que como uno de los valores sistemáticamente promovidos durante estas tres últimas décadas. Este libro preparado por Pedro Simón es sin lugar a dudas una “opera magna” a la que tienen que concurrir todos los interesados en la obra de Dulce María Loynaz: textos fundamentales de la propia autora, de su más acucioso investigador y de personalidades como Juan Ramón Jiménez, Carmen Conde, Max Henríquez Ureña, Eugenio Florit, Raimundo Lazo, Cintio Vitier, Fina García Marruz, Enrique Saínz, José Antonio Portuondo, Rafael Marquina, Melchor Fernández Almagro, Gerardo Diego, Emilio Ballagas, José María Chacón y Calvo, Federico Carlos Saínz de Robles, Gastón Baquero, Manuel Díaz Martínez, César López, entre otros, y opiniones de diversísimos autores hacen de esta obra una fuente obligada de consulta y de permanente reflexión sobre la personalidad y la obra de la autora cubana. En una parte de su “Prólogo”, Simón ha podido afirmar con certidumbre que “la poesía de Dulce María Loynaz logra conjugar con mano maestra lo universal y lo cubano, a la vez que es una muestra excepcional de señorío idiomático y autenticidad expresiva”. Sin embargo, no sólo a la poesía de la Loynaz se refieren estos materiales, sino a sus textos en prosa, como la novela *Jardín* y su libro de viajes *Un verano en Tenerife*, que lo fue lo último que había publicado (en 1958 y en Madrid, por Aguilar) hasta esta nueva floración.

Como prolongación necesaria del enorme empeño de Simón —quien parece se especializa en figuras “difíciles”, pues antes ya había preparado la *Valoración múltiple* de Lezama Lima— aparecieron seguidamente los *Poemas naufragos* que su mano sacó de la papelería olvidada de Dulce María y con esfuerzo de

persuasión permitió así dar a la luz, como señala en la nota, “el primer libro de poesía inédita (...) desde la aparición de *Versos...* en 1938 (...) la única nueva obra que la autora da a conocer en más de tres décadas de silencio editorial (...) en más de medio siglo de trabajo silencioso, destinado y fecundo. La poetisa (...) nos concede la gracia de este nuevo libro, que saludamos con la alegría que corresponde a los nacimientos, los estrenos y las inauguraciones”. Sin embargo, no son náufragos, pues vienen salvados y no resultan poemas estrictos, aunque son prosas hechas con versos.

Después, la cadena de homenajes continuó en esta como conspiración internacional en que ninguno de los complotados sabía de los demás, con el cuaderno que la Universidad Nacional Autónoma de México, dedicó a la autora cubana en la colección universal que bajo el nombre de “Material de Lectura” busca proponer y poner en las manos de los universitarios lo mejor de la literatura mundial de todas las épocas. En ese volumen se reunieron dos textos importantes de Dulce María: “Canto a la mujer estéril” (1937) —que fuera su primera publicación— y “Últimos días de una casa” (1958), que pareció durante mucho tiempo iba a ser la última, antes de rodearse en la penumbra del silencio. El cuaderno quiso figurar la trayectoria de un cometa que alcanza su punto culminante y se pierde en el espacio.

El último volumen cierra en el año 91 tan justiciero para Dulce María y en una fecha señalada: el 10 de diciembre, día de su natalicio. *La novia de Lázaro* (editada por Betania, al cuidado del tenaz Felipe Lázaro, quien no tiene nada que ver con la novia del título), que se refiere en su prosa poética a la pretensa prometida de aquel Lázaro bíblico que resucitó por el mandato del Señor de la Paz con su famoso “levántate y anda”. Este texto permaneció inédito durante muchos años, hasta que apareció casi simultáneamente en *Poemas náufragos* y en esta edición; la causa de la demora fue que cuando lo concluyó la poetisa lo mostró a cierto obispo amigo que fue lo bastante suspicaz como para recomendarle que no lo publicara. Finalmente triunfó la poesía. Como también ha triunfado, a pesar de todos los pesares, contra miles de vientos y mareas, esa palma enhiesta que es toda cubanía, Dulce María Loynaz, que en el pasado 1991 recibió apenas

un avance de aquello que se le anda debiendo desde hace tiempo. Ya empezó a llover y no sobre mojado.

Dulce María Loynaz, *Valoración múltiple*, por Pedro Simón. La Habana, Casa de las Américas, 1991. 834 pp.

_____, *Poemas náufragos*. Nota por Pedro Simón. La Habana, Letras Cubanas, 1991. 72 pp.

_____, *Material de Lectura*. N° 169. Nota por Alejandro González Acosta. México, Dirección de Literatura-Coordinación de Difusión Cultural-UNAM, 1991. 28 pp.

_____, *La novia de Lázaro*. Madrid, Betania, 1991. 36 pp.

Dulce María Loynaz Muñoz: Premio “Miguel de Cervantes Saavedra” 1992¹

La poesía: un terrible ejercicio de amor

Cuando se dio a conocer la noticia en días pasados que a la cubana Dulce María Loynaz se le había concedido el consagratorio premio iberoamericano “Miguel de Cervantes”, en muchos surgió la pregunta inevitable: “¿Quién es ella?” De hecho, la misma Dulce María no ha cesado de preguntarse eso mismo, y su poesía es la expresión continuada y permanente de esa búsqueda.

En algunos diccionarios biográficos podrá conocerse que nació en La Habana en 1902, en el mismo año que se inauguraba la república que José Martí soñó “con todos y para el bien de todos”. El padre de ella fue uno de los que más hicieron porque así fuera, y terminó la guerra en 1898 con el grado de Mayor General, después de haber peleado como bravo entre los bravos a las órdenes de Máximo Gómez, Antonio Maceo y Serafín Sánchez. El propio José Martí lo garantizaba como hombre de honor y con sólidos principios.

En una casona del centro de La Habana vivió sus primeros años Dulce María, y más tarde ella y su familia pasaron a ocupar una mansión en el capitalino barrio extramuros de El Vedado, donde conoció desde temprano que la fragancia de los jazmines repletan las noches del trópico y que no hay silueta más bella que el contorno de una palma real iluminada por el plenilunio. Esto la marcó indeleble e irremediabilmente. En esa casona vedadense se produjo entonces uno de los grupos más interesantes e irrepetibles de la cultura cubana: era el sitio de reunión y tertulia amistosa de los espíritus más sensibles del momento, ya cubanos, ya de paso por la isla. Ir donde los Loynaz era una consigna de franca conspiración poética, pues tanto Dulce como sus hermanos Flor, Enrique y Carlos Manuel creaban una atmósfera

1. Publicado en el periódico mexicano *Ovaciones* el 15 Noviembre de 1992, y luego en la revista *Brecha* (Torreón, Coahuila), Año 3, N° 50, 15 de Mayo de 1993, p. 4.

especial en ese entorno a partir de caracteres contrastantes pero complementarios. Iniciada así en el terreno de la creación, Dulce María se negó durante mucho tiempo a reconocerse como poeta y mucho menos aún dar a conocer sus versos. Fue Pablo Álvarez de Cañas, su esposo, quien más tarde logró arrebatar algunos manojos de versos y darlos a conocer. Y a Dulce María ya no le quedó otra alternativa que aceptar su destino.

La voz de Dulce se hace oír precisamente cuando el mundo contemplaba asombrado el florecimiento de una poderosa lírica femenina en Hispanoamérica: el acento de la cubana se une en inmenso coro a la palabra de bronce de la chilena Gabriela Mistral, el señorío límpido de la uruguaya Juana de Ibarbourou, el callado acento de la argentina Alfonsina Storni, el metal enigmático de la otra uruguaya, Delmira Agustini... Por dejar a un lado otras voces como las de Cecilia Meireles, María Eugenia Vaz Ferreira, Juana Borrero, María Monvel, o Salomé Ureña. Muchas de ellas pasan por la casa de Dulce María, también frecuentada por viajeros como Juan Ramón Jiménez con su inseparable Zenobia Camprubí, y el ruidoso Federico García Lorca. Todo esto va formando el aura de una auténtica leyenda tropical para esa casa y sus moradores, donde el piano acompaña las lecturas poéticas, con un mar que agoniza dulcemente en el patio trasero en noches de mil estrellas y aromas de jazmines yodados.

Después de una carrera fulgurante, con aplausos y envidias a su paso —pues siempre han de ir juntos— Dulce María es reconocida como la gran poetisa cubana y, suele sucederle, primero fuera de su país: es en España donde se publican sus primeros y hasta hace muy poco sus únicos libros. Ella ha hecho del silencio una profesión, de la dignidad una actitud permanente y de su jardín una fortaleza: en 1959 enmudece y se atrinchera en su casa repleta de recuerdos entrañables de El Vedado habanero y decide asumir su destino trágico como piedra angular de cubanía. Distanciada del mundo en un silencio más revelador que muchas palabras, Dulce María se dedica al trabajo tenaz, callado y muchas veces incomprendido de la Academia Cubana de la Lengua, que hoy preside fructíferamente. No es hasta una fecha demasiado reciente que el muro del que se rodeó empezó a ser

demasiado escaso para contener las oleadas de una admiración creciente sobre todo entre los más jóvenes que empezaron a asediarse su casa y a buscar mil subterfugios para poder verla y oírla. Demostró así que se puede ganar la apuesta contra el tiempo y la desmemoria pues ella nunca faltó, siempre estuvo ahí, en *su* Cuba, contra viento y marea, y sólo los enceguecidos y los furibundos no podían —o no querían— apreciar su brillo.

En México apenas se le conoce por un cuaderno de la Dirección de Literatura de la UNAM en su serie Materiales de Lectura (Nº 169), de reciente aparición, que reúne dos de sus más enormes e intensos poemas: “Canto a la mujer estéril” y “Últimos días de una casa”. Es lo único conseguible por ahora en tierra azteca de Dulce María. Antes, Aguilar de España había editado, en los 50, su novela *Jardín*, su libro de viajes *Un verano en Tenerife* y su poesía reunida en *Obra lírica* (que une varios libros anteriores). Entre lo reciente se encuentran los *Poemas náufragos*, el poemario de adolescencia *Bestiarium* y la *Valoración múltiple*, tres empeños realizados por Pedro Simón en La Habana y la edición de Betania (Madrid), de *La novia de Lázaro*, preparada por Felipe Lázaro.

En sus noventa años —larga vida dedicada a la poesía y a la más dolorosa cubanidad— Dulce María Loynaz recibe el premio que demuestra que vivir es servir y que no se ejercita en vano el servicio. Escasa de vista corporal, afirma que “un poeta es alguien que ve más allá en el mundo circundante y más adentro en el mundo interior. Pero además debe unir a esas condiciones una tercera más difícil: hacer ver lo que no se ve”. Y en este empeño de hacernos ver, la frágil Dulce María levanta su voz sólida llena de fulgores que alumbran rincones insospechados de la condición humana y en especial de la hembra intensa que siempre ha sido, pues desde temprano asumió ese terrible ejercicio de amor que es la poesía.

Carta abierta a Dulce María Loynaz¹

Ciudad de México, a 22 de noviembre de 1992.

Querida Dulce María,

sin duda, recordará usted hoy muchas cosas: rostros y sucesos de ayer que la acompañan en este momento. Quizá rememore cuando llegó, adolescente aún y en un mediodía caluroso, a la tumba del joven rey, lugar sobre el que pesaba la fatídica maldición; sin embargo, no se cumplió en usted la profecía pues lo que allí no le nació —pues lo traía desde antes— sino le brotó ya incontenible, fue el misterio de la poesía, en sus 26 primaveras, cuando la joven cubana que era sintió la llamada de lo increíble en aquella cripta de Egipto, ante el cadáver de otro joven de mirada profunda, el faraón Tut Ank Amen, separados ambos por un amor imposible de tres mil años de distancia. La poesía y el amor lo borran todo: fue una primera lección. Y aquí quedó su intensa “Carta de Amor”.

Quizá recuerde usted el ambiente de aquel bachillerato habanero de hace tanto tiempo, cuando un maestro demasiado estricto provocó que usted escribiera para la poesía lo que casi todos veían como parte del terreno exclusivo de la ciencia, en esas magistrales lecciones de historia natural que forman su tan hermoso *Bestiarium*.

Quizá ante sus ojos pase, venciendo la neblina del tiempo, la sucesión de tantos y tantos rostros que la acompañan, pero que ya no podrá contemplar en este mundo: la adusta Gabriela Mistral, con su voz de sonoro bronce; el mágico Juan Ramón Jiménez y la inefable Zenobia Camprubí, en las dulces tardes habaneras; el estrépito y la alegría desbordada (quizá demasiado ¿no es verdad, Dulce?) de Federico García Lorca, a quien como usted sabe bien, no han podido matar. Son muchos los idos que están hoy ahí, a su lado, en los rincones de la casa, dispersos por los jardines, ocupados en murmullos mientras usted pasea por los salones, seguida por sus infaltables perros, los consentidos.

1. Publicado en la revista mexicana *Plural* N° 262, 1993, pp. 18-22.

¿Recuerda al bueno de Aurelio Boza Masvidal cuando la definía como “síntesis de poesía, ensueño y silencio”, hace años en el Aula Magna de nuestra querida Universidad de La Habana, y agregaba que en su nombre de usted se fundían “una blanca y pura luz de estrellas”?

¿Recuerda aquella conferencia suya memorable sobre la Avellaneda, que pronunció en el Liceo de Camagüey —dónde mejor hablar de “Tula” que allí— cuando dijo cosas que hoy le vienen a usted como a la medida? Frases como éstas:

La cultura sigue... y es a ella a quien debemos servir; la hora difícil no excusa el cumplimiento de este deber a los llamados a hacerlo. Por el contrario, más los obliga y los requiere...

En Gertrudis Gómez de Avellaneda, se rinde tácito homenaje a las generaciones de mujeres que han venido después, no sólo con la creación de la obra artística o literaria, sino lo que es más importante, con el respeto, el amor, la conservación de la obra de los demás, que es en definitiva lo que ha salvado siempre la cultura en sus trances más arduos, y ha hecho posible su trasmisión a la posteridad como herencia, la más preciosa y legítima...

Los regímenes que los hombres se inventan, imperan sobre los hombres, pero no sobre sus potestades intelectivas, sobre su indeclinable majestad anímica (...) Cuando el gobernante conocedor de la trascendencia de esa zona, quiere también invadirla, parece la zona o parece el gobernante (...) Esa es la tierra de nadie y la tierra de todos, y en ella sólo ha de reinarse por la verdad, por la belleza, por el supremo bien (...) La inteligencia del hombre será siempre su arma más preciosa y los que aspiran a dominar el mundo lo saben muy bien...

¿No le parece, querida Dulce, que esas horas difíciles de ayer tienen mucho que ver con las angustias de hoy?

Recuerda usted, seguramente, al noble general, al padre soldado y poeta, a quien venían a darle retreta en su día con las notas

del himno glorioso que compuso, bajo las ventanas de su casa, mientras usted y toda la familia salían a ver la tropa que rendía el justo homenaje.

¿Recuerda —tiene la buena memoria de la poesía— las casas donde ha pasado: aquella primera de San Rafael y Amistad en La Habana populosa, la de los *Últimos días...*, contra la que no pudo la piqueta ni la ignorancia de los que la habitaron después, ya que usted la había salvado para todos en sus versos? ¿Recuerda la otra, la casona de El Vedado, en Línea y 16, donde el mar besaba el patio trasero y se realizaban las tertulias de amigos en aquel salón que pasmaba, decorado con estrellas y signos zodiacales? ¿Recuerda allí a tantos que ya partieron: Enrique, Carlos Manuel y Flor entre los primeros, y también la blonda Angélica Busquet, el efusivo Gustavo Sánchez-Galarraga, los atinados José Antonio Fernández de Castro y Alberto Lamar, la pupila de duelo de Angelina de Miranda, el gesto de Fernández Arrondo, el ademán calmado del pintor Castaño, la rutilante Paquita Lamas, el verso como de vellón de Julia Rodríguez Tomeu, la palabra ardiente de Rafael Marquina, la música convocada por Margarita Montero, el gesto patriarcal de Gonzalo de Quesada y Aróstegui, el suave “italiano tropical” de Aurelio Boza Masvidal, la sabiduría de grandes como don Mariano Aramburo y don José María Chacón y Calvo, al pintor ruso Yunkers, a María Monvel, a Emilio Ballagas, a Ofelia Rodríguez Acosta, a Isabel Margarita Odext, a Berta Arocena, a Uldarica Mañas, a Josefina de Cepeda y José Antonio Ramos, a Virgilio y Luisa Piñera, a Luis de Zulueta, a José Gaos, al escultor Navarro?... ¿A tantos y tantos que pasaron por esas veladas que usted convocaba, nueva Isabel de Este, para apresarlos con sus versos y el té servido en finísimas porcelanas chinas? ¿Recuerda que allí le celebró Gastón Baquero “su exquisita calidad de imponderable, de cosa que amenaza deshacerse”? ¿Recuerda esas tardes ahora?

Creo que no podrá olvidar cuando en España ocupó la cátedra de fray Luis —usted que sabe decir cada día “decíamos ayer...”— para hablar de tanto hermoso como le surge por dentro, ni cuando recibió la Cruz de Alfonso X, que era un rey bueno, sobre todo porque era justo y sabio y amigo de poetas. Muy pre-

sentente tendrá las horas y los días de las Islas Canarias, pues ahí está su libro *Un verano en Tenerife* y lo demás es muy íntimo y de usted, así que mejor callo.

Horas difíciles también las hubo y usted las conoce bien, pero no son las que más pesan ahora, sino las otras, las buenas, las que prepararon este momento de hoy. De sacrificios sabe bien usted misma, pues le vienen de casta, como al galgo... Quizá heredó usted ese renunciamiento de aquel San Martín Loynaz, su antepasado que fue a morir sacrificado en Japón mientras musitaba las *Flores espirituales* del buen “poverello” San Francisco de Asís... ¿Y no llega a usted el marquesado de Santa Olalla, aquella virgen cercenada en su fuente de vida por el tirano horroroso? ¿Recuerda los versos del buen Federico que le pasé sobre su martirio? ¿Y cómo hablarle de dolores a usted que los conoce todos? Si habría que dedicarle como al buen obispo de las Cabezas Altamirano otro *Espejo de paciencia* como el que le compuso su pariente Silvestre de Balboa, allá por el siglo XVII ¿Y qué decirle si de sacrificio se habla, y también de patria, que a usted le llega desde la cuna, por su padre y por otros de su sangre, como Ignacio Agramonte, “El Bayardo”, el “caballero sin tacha y sin miedo”, o como aquel venerable y desprendido primer marqués de Santa Lucía, o por el rico y dadivoso patricio Vicente Aguilera? Si cuando le impusieron a usted la *Orden Carlos Manuel de Céspedes*, honor de patria aparte, parecía que la condecoraban en familia. Porque del noble Camagüey le viene la cepa, hasta aquel tatarabuelo Carlos Loynaz, que fue el primer amor de la Avellaneda. ¡Imagínese que hasta de “Tula” hubiera tenido usted sangre en las venas! ¿No le hubiera parecido demasiado y como de codicia?

De dolores, ¿para qué hablarle? ¿No dijo usted hace casi cuarenta años que “se muere tantas veces de una hemorragia interna, por un golpe o una herida que no se ve”? Porque usted es precisamente buena maestra en dolores y le anda uno muy fuerte por el pecho, pero lo soporta a pie firme, con dureza de acero a pesar de sus manos tan menudas y transparentes como pétalos. Mas nunca resulta en vano el dolor, porque hay seres que llevan la estrella, aquella que “ilumina y mata”, y suelen brillar mejor cuando están solos.

A usted, como a “Tula”, “nada más podrán darle ni quitarle en el mundo”. Pero viene bien el premio que lleva el nombre de Miguel de Cervantes, usted que sabe, como aquella buena Teresa, que su *Don Quijote* no va colocado entre los libros de literatura, sino en el estante de los de historia, porque enseña mucho de la condición humana. Usted, que es persona puesta en el servicio de los demás, sabe de las pasiones quijotescas y de cómo saltan sanchos en cada esquina... Así pues, esta carta puede servir a usted, como dijera, “para fortalecer a los que desmayan, a los que tal vez por haber dado mucho, pudiera parecer ácido el fruto o parvo en la sementera aún removida... Son lentos los caminos de la tierra, y no pueden medirse por los latidos de nuestro corazón”. No le dieron tiempo para el premio póstumo, por una vez falló la ley y le alcanzó el reconocimiento. Se cumplió, eso sí, la profecía desde tanto tiempo anunciada, cuando Gabriela Mistral le confesaba en carta juguetona que en América había sólo dos voces de mujer: la suya y la de ella.

No fue en vano cuando Juan Ramón descubrió en su concha la perla gris y hermosa de su tristeza. Usted se sentó a esperar por el tiempo:

...Ni el relámpago del genio, ni la serena luz de ese otro genio llamado por alguien, larga paciencia, son obra de muchos días. Muchos días no sirven para nada. Debemos saber que el verdadero valor del tiempo no depende siempre de su medida. La ubicación, la oportunidad, el sentido que se le dé, son otros modos de mensurarlo, son factores también determinantes...

Todos los oráculos se han realizado, desde aquel de Chacón y Calvo, cuando decía que usted “es una de las más altas y firmes personalidades poéticas de nuestro tiempo”, o el de Suárez y Solís, cuando al volver usted de España declaró que “había regresado muchas veces. Pero esta vez regresa descubierta... ahora sabe que ella existe”. Bien afirmaba Boza Masvidal que es usted “un poeta tan poeta, que no sólo es primoroso artífice del verso, sino que ha llegado a cultivar ese arte difícilísimo y supremo que es

vivir la vida con poesía”. Y creo que ahí está lo mejor de usted, lo que ahora se reconoce, más allá de la obra impresa, por aquella otra afincada en su misma vida y la cual hace de usted, Dulce María, una leyenda viva, que enseña rumbos como esos faros los cuales se levantan solos y brillantes en la noche más oscura... Porque asumir así la existencia es un acto heroico y mucho más cuando no espera recompensa ni seguidores, en la misma norma severa de aquella buena abuela, doña María Regla.

Viajera del mundo, ha conocido el Egipto aquel que guardaba fresca aún la huella de Lord Carnavon; el Londres de la Reina Victoria; el París que había después de la Gran Guerra (cuando se soñó iba a ser la única); el Toledo imperial de varones como el conde de Benavente, de los que quemar las casas cuando se las manchan en el honor; la Roma grandiosa y hasta Libia y Damasco llegó. En España bebió usted del mejor vino que ofrecen en copa generosa San Juan y Santa Teresa, y en las Islas Canarias se le despidió con el llanto reservado a las hijas que parten... para otra isla, sembrada en el Caribe, donde después de 1958 no ha vuelto a salir, como si temiera que sin su presencia vigilante, aunque ésta fuera por un momento, le fueran a cambiar algo de sus palmas y hurtaran algo de su azul. Quizá tenga razón, porque usted forma parte de su paisaje —tanto el físico como el moral— y su cielo, y nadie sabe qué pasaría si no estuviera allí atenta la guardiana de la cubanidad genuina.

Tienen cosas los sabios que mueven al pasmo. Frases dijo sobre usted Boza Masvidal hace cuarenta años que parecen hechas para hoy:

Los triunfos de Dulce María tienen su origen en su don divino de *poesía*, en ese saber que la sencillez y la naturalidad son la única fuente de poesía verdadera, en tener el secreto de la difícil facilidad, en esa fuerza de vida interior, en esa originalidad de imaginación, perspicaz para sorprender la mejor esencia de cuanto la rodea...

La vida ha madurado en Dulce María su enorme capacidad de creadora de poesía, sus versos son algo así como unos amores entre ella y la poesía, palabras en susurro,

en queja, en esperanza, en ilusión, llenas de pensamiento, palabras acariciadoras como seda, o abrasadoras como ascuas o afiladas como dardos...

Renunciación, honda amargura, dolor de vivir, momentos de ilusión, doradas esperanzas, anhelos posibles y anhelos imposibles, viajes irreales y furtivos, horas de espera, ideales de ser, encuentran en las imágenes de Dulce María su más fina posibilidad de emoción...

En la personalidad de Dulce María hay, además de esa fuerza de poesía, precisamente por su jerarquía de verdadero poeta, una perenne actitud de *ensueño*. Su misma figura tiene una gracia tenue y soñadora, gesto casi soñoliento, un algo de mirada absorta, replegada sobre sí, distante, en busca de lo inexistente, de lo soñado, casi una actitud indicadora de que lo imaginado existe más para ella y es mejor, que cuanto le rodea, algo como una embriaguez de ensueño, de arcano misterioso, de éxtasis.

Ya sé que usted “ama el reposo y el silencio, como odia y repele con horror la exhibición y el alarde, su aislamiento es necesidad espiritual, convicción moral, sencillez, verdadera modestia”, como ya lo sabía también Boza Masvidal. Por eso, no quiero que le suba el color al rostro, pero la ocasión lo merece y es bueno se sepa. ¿No dijo usted que “para que la palabra exista es preciso un oído que la escuche”, pues “la palabra por sí sola no es más que silencio articulado en el silencio mismo, poesía obscura aún no estrenada”? Y esta es una ocasión para dar la buena nueva, la del premio el cual no la levanta más, sino que aparta un poco la bruma para verla mejor.

Recordará ahora, dentro de los muchos que pueden acudir a su recuerdo, a Miguel Ángel Carbonell, que en 1951 —cuando ingresó usted en la Academia Nacional de Artes y Letras— la caló profundo:

Suave en apariencia, es Dulce María recia en lo hondo. Su levedad de ala tiene temple de acero. Lucirá el rubor en su mejilla si alguien le pondera el mérito, y el tremor

de la emoción vibrará en su labio, que no se prodiga por cierto. Su verso no define: sugiere, mueve a la incitación. Es una introspectiva. Cree y crea. De amplia abarcación la mirada, escrutará horizontes.

Ni puede haber olvidado a Gerardo de Diego, quien dijo del “Canto a la mujer estéril” que era “tremendo motivo y resolución tan delicada como grandiosa, tan sincera como inesperada y nunca oída... Lo que Dulce María Loynaz ha conseguido con su hermosísimo poema es la superación, la espiritualización del angustioso drama a puro salto, vuelo de levitación poética (...) por ese poema y por todos los otros suyos (...) ha venido a mostrárenos en la plenitud de su vida poética, que enriquece la ya copiosa y deslumbradora poesía femenina de nuestra lengua con la gracia sobria, esencial, felicísima de una nueva voz, distinta de todas, sorprendente y cálida de timbres, antillana y sobrespañola”, cuando en 1947 la escuchó con emoción en el Ateneo de Madrid; ¿o fue en la Universidad Central, cuando la oyó también Concha Espina, quien dijo (lo recordará) de su “Canto”: “Poema fuerte, pavoroso y estremecedor, página memorable por cuya realidad Dulce María quedará para siempre glorificada en el sagrario del idioma español...”?

Siendo Cuba la roca de donde brota su manantial, la isla ha sido generalmente el eco y no el clarín de sus triunfos. Ya mucho antes se había dicho esto, y el Premio Nacional le llegó cuando hacía buen rato lo merecía, pero sé que usted lo agradece por venir de su tierra, aunque ésta haya sido un poco lenta en el reconocimiento. ¿Recuerda usted el retrato discreto y preciso que a golpe de cincel le hizo Miguel Ángel Carbonell?:

...En campo virgen aflora su poesía con un no sé qué acento nostálgico. No es dada a lo emocional ni apelará nunca a lo enfático. En su registro armónico da el tono, la idea, que no la forma. No ama lo sensacional, ni es lo objetivo su enfoque. Vetas acendradas animan su inspiración. Con extravertirlas le basta para ser. De mirar hacia afuera, mirará hacia el Cosmos. Atemperarán su curiosidad los

primeros principios. Se inclinará ante lo incognoscible (...) Ella cantará lo que no tiene expresión en palabras, lo que se transforma o lo que ansiara transformar. Ensayará ser sombra para dar relieve. Anticipar el goce de la flor y poblar de aromas el espacio; de ser lago y reflejar el cielo.

Y ya ve usted, querida Dulce María, que ahora toca en su puerta el premio llegado de España, bajo el signo de don Miguel de Cervantes, cuyos libros fueron en aquellas mañanas habaneras, junto con los de Martí y Darío, sus primeras lecturas. Es un premio de letras, pero sobre todo, de amor, para usted que sabe también mucho de eso. Para usted que cuando ha sido puesta a escoger siempre tomó el amor. A usted, que siempre ha dicho que el verdadero amor se conforma con poco. A ver qué dice usted ahora.

Esta ya me salió demasiado larga, pero sabe usted que cuando el cariño se pone a dictar no tiene para cuando detenerse. Sepa que estoy con usted, como muchos, como todas las sombras convocadas y los que aún disfrutamos de la luz, y que todos, absolutamente todos, celebramos su triunfo, el cual es mucho más que el de una persona o una poética: es sobre todo el de una idea. Una idea por la que vale la pena vivir.

Siempre suyo, como siempre y aún peor, su “benjamín”,

Alejandro González Acosta

Dulce María Loynaz: Premio Miguel de Cervantes 1992 ¹

Triunfo de la vejez y del olvido

“Para don Eulalio Ferrer, que está
detrás de tantas buenas obras”

En el reciente premio concedido a la cubana Dulce María Loynaz, se galardona la obra no sólo de ella, ni tan siquiera a su país, sino algo más universal: en la frágil mujer que ha vivido *en* y *para* la poesía (y nunca *de* ella), se consagra de manera inmediata aquel grupo brillante de poetisas hispanoamericanas de las cuales sólo la caribeña vive: Gabriela Mistral, Juana de Ibarbouro, Alfonsina Storni, Delmira Agostini... todas se han ido; queda ella. Pero la intención va más atrás, pues no sólo se reconoce a este firmamento de la lírica femenina continental en este siglo, sino que en el reciente Premio Cervantes se honra también a “Tula”, la intensa Gertrudis Gómez de Avellaneda, e igualmente a la monja asombrosa, Sor Juana Inés de la Cruz. Tampoco ahí queda todo, sino que va más allá, y aún más alto: en Dulce María Loynaz se premia a las dos Cubas, la afincada y la peregrina, por igual a Eliseo Diego y a Guillermo Cabrera Infante. Excelente y acertada decisión de quienes lo otorgaron, porque nunca antes se premió a tantos con un solo lauro.

Ya he dicho otras veces que Dulce María es una presencia y una leyenda en la literatura cubana y que hoy desempeña el papel que en su momento le correspondió a José Lezama Lima, de expresar un sentido de *la cubanidad* distante de la imagen de consumo más difundida, y la cual adopta en su caso por igual fulgores de agonía y de deber. Este premio está, como Dulce misma, más allá de todo y más arriba de todo también, con la vista en las estrellas. Y en el futuro.

Paradójicamente, Dulce María empezará a ser conocida ahora con este premio, el cual tiene otra virtud: la de revelar y resal-

1. Publicado en el periódico mexicano *unomásuno*. 22 de Noviembre de 1992, p.21.

tar lo que siempre estuvo, aunque alejada del “mundanal ruido”, apartada de un mundo que no considera el suyo, más propio del pasado. Ahora se leerán, espero, sus poemas de *Bestiarium*, escritos como resabio y humorada de sus tiempos del bachillerato, cuando la reprobaron en biología y escribió en verso estas piezas de historia natural como mejor respuesta a su hosco profesor. Ahora se recorrerán las páginas de su *Carta de amor a Tut-Ank-Amen*, su primer gran poema prosístico, escrito cuando quedó literalmente fascinada ante el sepulcro del joven faraón en 1929, recién descubierto unos años antes. Este será el momento de leer *Jardín*, esa novela *extrañísima* la cual empieza hablando de una muchacha que sintió un ruido de noche en su jardín tropical, y cuando salió encontró a la luna que había caído, rota en pedazos, y la sepultó al pie de un almendro. Luis Buñuel quiso llevarla al cine hace muchos años con María Félix de protagonista, pero Dulce lo rechazó como una profanación. Ahora será el momento de beber su *Obra lírica*, donde reúne sus poemas más fuertes y delicados a la vez, en medio de esa atmósfera que es tan extraña y personal. Quienes quieran saber de verdad quién es Dulce María ahora que saltó desde su anonimato, lean *Canto a la mujer estéril*, escrito en el mismo año de su visita a México, en 1937. Los que quieran conocer más aún de la entraña de esta mujer fiera y dulce, que recorran con ella los *Últimos días de una casa*. Aquellos que prefieran saborear su prosa, con cuidado del término y lograda la idea, que se sumerjan en *Poetisas de América*, la más hermosa y atinada visión de su grupo; otros que gusten de sentirla en carne viva, acudan a su conferencia *La Avellaneda, una cubana universal*, donde desliza tantos conceptos que casi suenan como autobiográficos, de tan hondos y sentidos. Dentro de poco aparecerá su *Bestiarium* editado por la Universidad de Guadalajara; ya la UNAM se adelantó y publicó *Canto a la mujer estéril* y *Últimos días...* en su Material de Lectura 169. Ojalá y aparezca pronto la recopilación de estudios sobre *Jardín* que escribieron unos ensayistas deslumbrados con la novela; en la matritense editorial Betania apareció el poema expurgado por un obispo amigo de la autora, pues lo consideró impropio de una dama cristiana, *La novia de Lázaro*, y el cual anduvo en pía os-

curidad durante muchísimos años hasta que al fin se impuso la poesía. De la injusta tormenta hace poco salvó Pedro Simón, tan meritorio, los *Poemas náufragos*, que andaban como perdidos. Pero quienes prefieran beber la mezcla de historia y literatura, que lean *Un verano en Tenerife* donde da cuenta de su viaje por las “Islas Afortunadas”, las cuales lo fueron más cuando ella les cantó, George Sand al revés. Alguna gran editorial mexicana sería bueno y noble que pensara en publicarla completa.

Levantada hoy al olimpo cervantino, esta frágil mujer de casi noventa años, nunca soñó con la gloria, pues desde antes de nacer la tenía ya sobrada, siendo hija de quien es, el Mayor General Enrique Loynaz del Castillo, por cuyas venas corre la sangre de santos como San Martín de Loynaz, y de escritores como Silvestre de Balboa; esta mujer fiera y solitaria, se ve asediada con el premio que le reconoce lo que se le debía y como muchas veces le ha pasado, primero desde fuera; en su silencioso jardín de El Vedado, enmudeció para la poesía a finales de 1950, porque pensó que ya no tenía nada más para decir y se mantiene *en Cuba, su Cuba* que nada ni nadie le puede arrebatarse, enhiesta como una palma, contra viento y marea, fiel a su ley de acerada insularidad, “síntesis de poesía, ensueño y silencio”, como la llamó hace años Aurelio Boza Masvidal; “nítida como la nieve, líquida como el agua”, según la calificó Ángel Gaztelu (otro amigo que hoy se alegra, como propio, del premio a Dulce); esta hembra intensa cuenta los pasos con la penumbra de sus ojos, porque le sobra el brillo del genio para alumbrarse por dentro; esta mujer brinda en pago el mejor homenaje, de ser como es y siempre ha sido, según ella misma dijo de Tula, amazona de la poesía, machete al aire en una carga, con clarines mambises y los tonos de la inocultable verdad de la razón y la belleza.

Dulce María Loynaz: un sol que no se puede ocultar¹

El reciente premio Cervantes a la poetisa cubana Dulce María Loynaz ha puesto en primer plano la obra y la vida de esta singular creadora y en especial su relación con el poder. En la entrevista realizada por Dionicio Morales a Vicente González Castro y publicada en los números 404 y 405 de *El Búho*, este último incluye varias afirmaciones que creo requieren aclararse, precisarse y corregirse:

En primer lugar, González Castro afirma que DML “se encerró *voluntariamente*” al triunfar la revolución cubana en 1959 y aduce como causas diversos conflictos familiares que convertirían a la autora en un caso patológico, con una lectura francamente empobrecedora y falseada de su actitud; y reitera unas líneas más adelante que “Dulce María decidió voluntariamente aislarse del mundo” en un gesto anacoreta sumamente raro en nuestros días, para culminar con la opinión de que fue respetada pues *se le permitió aislarse* y argumenta con las indemnizaciones que el Estado cubano pagó a la escritora y sus familiares por sus propiedades: “De eso vivió y nunca tuvo problemas con la revolución”, concluye González Castro. En sus delicuescentes declaraciones éste afirma que “ella nunca asumió una actitud política ni a favor ni en contra, siempre dijo que la política no era su problema”. Y más adelante: “Fue necesario que cambiaran los tiempos, pasaran los años, y que *la gente* entendiera que no necesariamente no estar a favor era estar en contra” (el subrayado es mío). Muchos podrán suponer quién puede ser *la gente* a la que alude VGC.

El vínculo de González Castro con DML se basa, según confesión del propio entrevistado, en un *engaño*: acudió para lograr su aceptación al recurso de aprenderse a la carrera un poema de dos versos y demostrar así a la autora que sí leía su obra; después

1. Publicado en el suplemento cultural *El Búho* (Nº 407, 27 de Junio de 1993, pp. 1-2) del periódico mexicano *Excélsior*.

elabora una simplista interpretación del texto “introducción” al cual no le quiere ver implicaciones religiosas.

En otra parte de su entrevista, afirma GC que la casa de DML “es la misma de *El Siglo de las Luces*”, de Alejo Carpentier; craso error: la casa de *Últimos días de una casa* era la ubicada en la esquina de San Rafael y Amistad, en el Centro de La Habana, donde residió varios años con su familia y frente a la cual vivía Pablo Álvarez de Cañas; la casa de *Jardín* es la ubicada en Calle Línea y 16 en El Vedado y, para como, la casa de *El Siglo de las Luces* no tiene nada que ver con Dulce María, pues es la ubicada en la calle Empedrado en La Habana Vieja, donde actualmente se encuentra el Centro de Promoción Cultural “Alejo Carpentier”, en la que fuera residencia de la Condesa de la Reunión, casi junto a la famosa “Bodeguita del Medio”. Curioso “biógrafo” VGC.

El entrevistado parece indicar que la “revelación” de DML le corresponde a él y a su documental. Olvida que —por ejemplo— Alejandro Ríos en esos mismos días divulgó por la televisión cubana una amplia entrevista con ella que se transmitió en el programa “En su tinta”. Aparte de todo, claro está que desde antes mucha gente conocía a Dulce María, pero por supuesto ella no disfrutó de la promoción que sí tuvieron otros en su momento, como Nicolás Guillén y Alejo Carpentier, amén de algunas otras figuras menores. Pretencioso “biógrafo” VGC.

Pone en duda VGC que Dulce María pudiera viajar a España y regresar a Cuba y este regreso lo aduce como una prueba de sus afirmaciones, cuando es *exactamente lo contrario*: Cuba es de ella y ella es de Cuba, y si hubiera querido salir antes no le faltaron ofrecimientos muy atractivos. Su regreso no significa apoyo ni claudicación, sino *afirmación*. Poco fiable “biógrafo” VGC.

Equivoca el entrevistado algunos datos. Dulce María fue propuesta *tres veces* al Premio Cervantes: la primera, en 1986, fue el autor de este comentario quien llevó el documento en representación de la Academia Cubana de la Lengua a la Embajada de España en La Habana, y allí lo entregó al entonces embajador español para remitirlo al jurado. La prensa internacional lo informó así. Otro punto: no fue el Premio Nacional de Poesía, sino el de *Literatura*, en 1987, el que le fue entregado. Impreciso “biógrafo” VGC.

DML no fue electa Miembro de Número de la Academia Cubana de la Lengua “a principios de los 80”, como parece darse a entender en las palabras de VGC, sino en 1959 y para su aclaración, la Academia Cubana, como cualquier otra academia hispanoamericana es *independiente* de la Real Española, con la que guarda una relación de “hermana”, y la proposición de sus miembros es *autónoma*. Es en 1968 cuando se le concede a DML el título de Correspondiente Hispanoamericana de la RAE. Todos estos datos los habría podido conocer el acucioso “biógrafo” si hubiera consultado la “Cronología de DML” que aparece en la espléndida *Valoración múltiple de DML* preparada por Pedro Simón y editada por Casa de las Américas (puede remitirse a la p. 733 si gusta), libro al que se refiere VGC en los términos de que “no tiene nada sobre su persona” (la de Dulce María, claro) y que, para su conocimiento, sí fue autorizado por la poetisa y realizado con una ejemplar seriedad investigativa. Por cierto, es totalmente falso que no tenga nada sobre su persona: abre con una larga conversación de Pedro Simón y la autora, la cual ocupa más de tres páginas, y continúa con dos textos de DML, sobre su infancia el uno y sobre su poesía el otro. Al parecer, el muy serio “biógrafo” ni abrió el libro en cuestión. Creo que ése, el de Pedro Simón, sí debería ser editado en México porque verdaderamente aporta con precisión y objetividad lo relacionado con la obra y la vida de DML. Esto, a pesar de que: “Mi libro es el único autorizado y va a ser difícil hacer otro porque no es nada fácil tratar con Dulce María”, según afirma el modesto “biógrafo” VGC. Donde no faltó en nada a la verdad es cuando declara que su objetivo fue dar una imagen “superficial” de la poetisa, con esa palabra exactamente.

No fue de una “manera misteriosa” como regresó a morir en Cuba Pablo Álvarez de Cañas, esposo de Dulce María, ni utilizando “no sé qué artimañas”, aunque coincido con VGC en que “no era frecuente el regreso en aquellos años”; es más, era —y para muchísimos lo es hoy, todavía— imposible: fue una persona amiga quien intercedió con Celia Sánchez Manduley —secretaria personal de Fidel Castro Ruz— para lograr ese regreso definitivo y Dulce María solicitó la gestión a pedido de don Pablo.

Un dato importante que olvida VGC: Carlos Manuel, el hermano menor de Dulce María, al quemar su papelería incineró el manuscrito de *El Público* que le había obsequiado Federico García Lorca en su copia más completa, lo cual obligó a “reconstruir” mucho después la obra por otra versión guardada en Europa, y generó por ignorancia la leyenda de que Dulce María *había quemado la obra*, cosa absurda a todas luces.

Una afirmación muy aventurada de VGC es que Flor Loynaz era la Sofía de *El Siglo de las Luces*: realmente, Carpentier visitó muy pocas veces a los Loynaz y a pesar de sus esfuerzos, nunca pudo introducirse en la “sociedad” habanera a la que imaginó desde fuera, como se demuestra hasta la saciedad en su *Consagración de la primavera*. Además, debe recordarse que *El Siglo de las Luces* sufrió una importante modificación: después del triunfo de la revolución cubana, Carpentier varió todo el final dando soluciones a sus personajes impensables con el desarrollo mismo de la obra. En todo caso, nada tienen que ver Sofía y Flor Loynaz, quien sí merece todo un artículo y hasta una pormenorizada biografía la cual sin duda resultaría apasionante para los lectores. En alguna oportunidad el mismo Carpentier declaró que sus parejas de personajes femeninos y masculinos en toda su obra eran una escisión de su propia personalidad: así pues, Esteban y Sofía eran, sumados, el propio Carpentier.

El torpe hermeneuta VGC trata de ver “La novia de Lázaro” y el “Padre Nuestro de las Rosas” (por cierto, su título correcto es “La Oración de la Rosa”), como poemas que “van en contra de la religiosidad”: dudo que los haya leído, pues confirman exactamente lo contrario, ya que son poemas de honda religiosidad —algo heterodoxo el primero de ellos como se lo hiciera notar un obispo amigo a DML hace años—, pero ubicados plenamente dentro de la fe católica. Ahora parece resultar que, según el audaz “biógrafo”, DML tampoco es muy cristiana que digamos.

Llegando a este punto, debe aclararse al curioso “biógrafo” VGC que, como afirma DML, no hay influencia de José Martí en su poesía, aunque él vea lo contrario en peculiar exégesis, pues el hecho del poema breve no es privativo de aquél, si se toma la molestia de revisar por ejemplo a Víctor Hugo, o más cercana, la

Avellaneda. Se trataría en todo caso de coincidencia en las fuentes, porque tanto Martí como Loynaz, beben con fruición en los manantiales de la poesía mística española. Y no se precisa, para explicar la pretensa anti religiosidad de la autora (que como ya se vio, se trata de todo lo contrario y es un absurdo total suponer lo opuesto), aducir en tono de vergonzosa disculpa, que Dulce María ni pide ni necesita, eso de “hay que tener en cuenta la clase social en la que nació y vivió”. Otro intento fallido del absolutorio “biógrafo”.

Después de insinuar —y diría que *aclarar*— en la primera parte de su entrevista que prácticamente *él descubrió* a DML (lo cual es una estupidez del tamaño de los Andes), VGC guarda para el final de sus febriles declaraciones el broche de oro por el cual uno al fin comprende cuál es su objetivo: promover en México su libro, como el verdadero y único poseedor de la verdad sobre Dulce María; nadie más sino él tiene la clave de sus misterios, sólo su libro es el autorizado, y previene que nadie trate de imitarlo pues ninguno podrá acercarse a Dulce María (de paso promueve a su esposa, “que es historiadora”: quién sabe si le caiga una chambita por tierras aztecas). La enorme *modestia* de VGC se muestra en sus palabras finales, donde declara que “ya se están haciendo las gestiones para publicarlo en México [se trata de la cuestionada biografía]. Todavía no hay nada concreto *pero no cabe duda de que no habrá dificultades para ello*”. Claro está, porque se trata de DML y de él, VGC, “Biógrafo Oficial Oficialista”.

Creo que todo esto es un lamentable, fallido y empobrecedor intento reduccionista de explicar la ubicación política de Dulce María Loynaz: ella nunca lo ha hecho, tampoco lo necesita, porque sus valores están en un terreno mucho más permanente que el de los “tronos de un día”, en el de la auténtica poesía, creada desde lo más profundo y sin esperar nada a cambio. Los lamentables olvidos y las injustificables lagunas en los cuales incurre VGC en su entrevista, podrían dar una idea del libro —no lo conozco, pero juzgo por la muestra— y al menos se desprende de sus palabras que hurta datos al lector auténticamente interesado en la verdad sobre DML, manipula la información a su entero

gusto y conveniencia, y altera la realidad de los hechos, en esfuerzo digno de mejor causa, para “llevar la sardina a su sartén”, rasgos que son incompatibles con la necesaria honestidad de un buen biógrafo. Para terminar, aunque VGC intente lo contrario, no se puede tapar el sol con un dedo, y muchísimo menos cuando esa luz es la de Dulce María, quien es una antorcha encendida en una noche oscura.

Cartas de Dulce María Loynaz: el testimonio de una amistad¹

La reciente muerte de Dulce María Loynaz (La Habana, 1902-1997), Premio “Miguel de Cervantes” 1992, me autoriza a cumplir lo que pidió, de no ser publicadas estas cartas en vida de ella. Creo que son documentos de interés para entender mejor no sólo su obra sino también su personalidad. Escritas por DML al autor desde 1987, cuando pasé a residir en México, revelan algunas de las preocupaciones de la poetisa durante sus diez últimos años de vida, y por lo escasamente difundida que se encuentra su obra en general, pueden contribuir desde otro ángulo, más personal, a definir la silueta de esa “Dama de la literatura hispanoamericana” como la llamó don Juan Carlos de Borbón en la entrega del máximo galardón español. Entendí apropiado intercalar al pie del texto algunas notas que pueden iluminar ciertos sentidos de sus cartas. La reproducción de las mismas ha sido apegada al original, aunque los problemas de la visión que sufrió DML al final de su existencia me indicaron la conveniencia de enmendar algunas distracciones ortográficas debidas seguramente a esa circunstancia de quien fue Directora Emérita de la Academia Cubana de la Lengua hasta su fallecimiento.

1. Publicado en varias entregas semanales sucesivas en el suplemento cultural *sábado* del periódico mexicano *unomásuno* en 1997: I (No. 1036, 9 de agosto); II (No. 1037, 16 de agosto); III (No. 1038, 23 de agosto); IV (No. 1039, 30 de agosto) y V (No. 1040, 6 de septiembre).

Cartas de Dulce María Loynaz

I

La Habana 27 Dic. 1987

Muy estimado amigo y colega:

Hoy es que puedo sentarme a contestar la correspondencia que tengo acumulada sobre la mesa, tanto ha sido el trajín de estos dos últimos meses.-

Yo recibí sus dos cartas, pero como le digo, ha sido ahora que he podido contestar a Vd. y a otros que me han escrito con motivo de la publicidad de que sido objeto y de la cual Vd. no parece haberse enterado, viviendo como vive, en tan alto centro de estudios.-²

Fui nominada para el Premio Cervantes por primera vez—y no por segunda como se ha dicho³— y con ese motivo ha vuelto a aparecer mi nombre en los periódicos de España, y en los de aquí.

No alcancé el Premio porque si bien soy conocida en la madre patria, no lo soy en la América hispana y según me dijeron, de esta última dependía la adjudicación del lauro.

Yo, como todos saben, por razones que también se saben, he vivido 30 años en el silencio, en el cual no sólo no he escrito, sino que tampoco he leído porque sólo llegaban a mis manos los libros y los diarios impresos aquí.-

Y esto amigo mío, no se puede cambiar de la noche a la mañana.-

Tan cierto es lo que le digo, que desconozco la obra del triunfador. Hasta ese momento, ignoraba hasta su nombre... Toda la sabiduría que yo pueda tener como poetisa, como escritora,

2. Se refiere a El Colegio de México, donde después de dos intentos anteriores—en 1981 y 1984— frustrados por la prohibición de las autoridades cubanas, al fin vine a estudiar en 1987, al conseguir por tercera vez una beca directamente con el COLMEX, gracias a la persistencia de esa institución mexicana y la ayuda de varios entrañables amigos como Lucía Sardiñas (ver nota 4), Vicente Alba Soler, Lily Kassner y Mariana Pría.

3. Aquí sufre una distracción la memoria de DML: sí fue la segunda, porque la primera ocurrió en 1986 y fui yo quien tuve el honor de llevar la propuesta personalmente en su oficina habanera al entonces embajador de España en Cuba, Pedro Rodríguez de Haro.

como Directora de la Academia Cubana de la Lengua, se detiene en el año 1958.

Pero algo bueno hubo para mí y fué el premio de Cuba⁴. Este me compensó de mucha amargura —no la de no haber ganado el

4. Se trata del Premio Nacional de Literatura, en ese año. Este otorgamiento tuvo algunos incidentes que me constan personalmente: un tiempo antes había empezado a sortearse la barrera que separaba a DML del mundo; una excepcional funcionaria —caso verdaderamente raro de honestidad, pureza y convicción auténtica— de la Sección de Cultura del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, la Dra. Lucía Sardiñas, se interesó en proponer la candidatura de DML para el Premio Nacional de Literatura, y como parte del proceso de aparente y promisorio apertura ideológica —más tarde frustrado como en tantas otras oportunidades— que se inició en Cuba con el nombramiento del entonces poderoso “superministro” Carlos Aldana, se promovió este rescate de una olvidada figura mayor de las letras nacionales. Sin embargo, cuando el Comité Central pasó la propuesta a la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, el entonces Presidente interino de la misma, el escritor y funcionario Lisandro Otero —en sustitución provisional por enfermedad irreversible del Presidente de la UNEAC, el poeta Nicolás Guillén— vetó la propuesta por tratarse DML de “una batistiana reaccionaria”: estas son palabras textuales según testimonio muy veraz. Colateralmente, la UNEAC, presidida por Lisandro Otero, propuso como su candidato para el Premio... al propio Lisandro Otero. Por supuesto, el criterio del Comité Central del PCC prevaleció y terminó otorgándose el premio a DML. Ahí no terminó el asunto; en el Congreso de la UNEAC que se celebró unos meses después, Lisandro Otero se vio desplazado por la figura de un escritor de escasísima obra, pero candidato predilecto del Comité Central: Abel Prieto, hoy Miembro del Buró Político y Ministro de Cultura. Sin embargo, también es justo agregar que después fue el propio Lisandro Otero quien más insistió en *captar* a DML: me pidió que la convenciera a ella para que fuera al acto que la UNEAC organizó con motivo de los cincuenta años del fusilamiento de Federico García Lorca en la Sala “Rubén Martínez Villena” de esa institución, donde pronunció un discurso hermosísimo. En este texto se acompaña una foto de ese día. Logré que DML asistiera —por primera vez desde 1968— pero ella me impuso una condición como su *chevalier servant* —según me nombró— y era no separarme de ella a más de un metro, pues no quería estar desprotegida en esa —la cito con sus mismas palabras— “cueva de bandidos”. No hay duda que la vida da muchas vueltas: hoy Lisandro Otero ocupa un puesto importante en *Excelsior*, y en 1992 me asombró verlo enfundado en elegantísimo chaqué acompañando del brazo a Dulce María para recibir el Premio Cervantes de manos del rey de España. Todo lo anterior no resta para que reconozca a Otero como un excelente escritor y un culto caballero, actual Presidente de Honor de la Asociación “José Martí” que fundó el Ministerio de Cultura de Cuba, y Exdirector Ejecutivo de la Academia Cubana de la Lengua.

Cervantes que nunca esperé— sino de los años de soledad pasados, al extremo que Nidia Sarabia en su artículo sobre mí⁵ pudo citar el verso de Sor Juana Inés de la Cruz:

“Triunfar de la vejez y del olvido...”

Al fin, amigo Alejandro, Cuba es mi país y su premio equivaldría a una reparación, a una rectificación. Y rectificar es a veces más difícil que acertar.

Sentí que los periódicos no reprodujeran mi discurso en el acto de la entrega del premio, porque fué bastante original y clarificador.

Puedo añadir que todos han estado muy gentiles conmigo, me han llenado la casa de flores, he recibido los telegramas por docenas y hasta he salido en la televisión.

También me han propuesto editar mis libros publicados hace 3 décadas en España —el último nunca pudo llegar a Cuba— pero yo he dicho que hasta que no salga el de mi padre⁶, no saldrá ninguno mío. Después de todo, si esperé treinta años, bien puedo esperar otros treinta.-

La Academia ha celebrado estos días el acto de recordación del que fuera nuestro académico, Esteban Rodríguez Herrera, con motivo de su centenario. Fui designada para hacer su elogio y lo hice con gusto pues siempre he admirado a este hombre que de simple albañil, llegó a ser un sabio en el reino de las Letras.

Pero la verdad es que ya yo estoy muy cansada para seguir llevando sobre los hombros la dirección de la Academia.

Creo que ya es hora de que alguien me releve en la conducción de la frágil nave que por una razón u otra, todos han ido abandonando, incluso usted, amigo mío...

Por cierto que su señora madre fué invitada al acto de la Academia y no la vi entre la concurrencia.-

Llego al punto final, no sin decirle, por si no ha reparado en ello, que ciertamente demoré escribirle, pero hoy le he compensado con creces la demora.

5. Apareció en esos días en el diario habanero *Granma*.

6. Se refiere a las *Memorias de la guerra*, de su padre, el Mayor General Enrique Loynaz del Castillo. Más adelante volverá a referirse a este asunto.

Deseándole toda clase de éxitos en esa docta corporación, así como salud y paz en el nuevo año, le saluda cordialmente

Dulce María Loynaz

II

La Habana 1° Feb. 89

Joven y querido Alejandro —ya no tan joven, pero siempre querido— la muy gentil Nina Menocal⁷, me trajo su cartita y me visitó en nutrida compañía que por los apellidos me di cuenta de que se trataba de los restos de la fenecida sociedad habanera.

Usted se queja con razón de que yo no le escribo, pero usted no sabe que yo estoy perdiendo vista a toda velocidad. Ya los bolígrafos corrientes no me sirven y tengo que valerme de los llamados plumones que tienen el trazo grueso, pero que desgraciadamente se gastan pronto.

Había empezado a escribir la historia del Vedado que sería ya mi obra póstuma,⁸ y he tenido que dejarla por esa razón. Además ya las ideas no fluyen con la facilidad de antes, porque no es lo mismo cincuenta años que ochenta y seis.

He perdido tres décadas de mi vida en que pude crear algo valioso para Cuba y ahora, aunque quiera, no puedo hacerlo. Como Vd. debe saber, el tiempo es tal vez el único bien irrecuperable.

De la Academia le diré que estoy loca por soltarla. Ahora en que al fin nos van a dar una sede, los Sres. Académicos parecen más desanimados que nunca. No les gusta la idea de mudarse para la Habana Vieja; a mí tampoco, pero debemos comprender que es la única oportunidad de conseguir lo que tanto hemos añorado; si la dejamos pasar, quién sabe cuándo se presente otra⁹.

7. Alina Menocal Johnson de Rocha: dama cubana radicada en México, donde ahora dirige su galería “Ninart”.

8. Subrayado en el original.

9. La Academia Cubana de la Lengua, fundada en 1926, contaba en 1959 con un local propio en el antiguo Palacio del Segundo Cabo en La Habana Vieja, compartido con la Academia Nacional de Artes y Letras. Con el nuevo gobierno inaugurado en 1959 fue despojada de este local pues, como se afirmó públicamente en medios oficiales, se trataba de “una asociación de batistianos”.

Excuso decirle que este desánimo hace que sea yo quien tenga sobre mí, todas las cargas¹⁰ de la Academia, que no serán muchas, pero que de todos modos y aunque sólo fuera en el aspecto moral, pesan.¹¹

Le escribo una carta larga y también pesada, pero es la única que, sincera como soy, puedo hacerle. Gracias por las golosinas que vienen a endulzar un poco tanta sal.-

Un abrazo de Dulce María

III

La Habana 7 de junio de 1989

Nuestro siempre recordado Benjamín¹²:

Gracias mil por el precioso mantel que ha tenido a bien obsequiarme: es un regalo siempre útil, aunque por el momento haya pocos platos que servir en él.-

Muy interesantes sus dos cartas, tanto la mía particular como la dirigida a la Academia que tendré el gusto de leer en la próxima junta, que será el 20 de este mes.

No imaginaba que Georgina Menocal, la jeune fille¹³ —rezo de la fenecida crónica social— más celebrada de su época, estuviera viva y casada en segundas nupcias.

Caruca¹⁴ nunca me dijo nada, aunque en verdad yo hablo poco con ella. Con ella y con los demás pues la tiranía del tiempo pesa sobre mí y apenas me permite la más pequeña expansión.

No sé si sabrá que hay dos nuevos miembros en nuestra Corporación: el Dr. Jorge Du Bouchet, especialista en heráldica

10. Subrayado en el original.

11. Durante los últimos 20 años, la Academia Cubana de la Lengua funcionó en la casa de DML, en la esquina de las calles de 19 y E, en El Vedado, sostenida por las aportaciones de sus miembros y muy especialmente por la anfitriona, quien siempre procuró en medio de las circunstancias tan difíciles tener algunos detalles a los que se sentía obligada a fuerza de hospita.

12. Así aludía a mi condición de ser el miembro más joven de todas las Academias de la Lengua (ingresé en abril de 1983, con 29 años de edad, por lo que llamé entonces “una generosa distracción” de sus miembros).

13. Subrayado en el original. Se refiere a Georgina Menocal de Larrondo, prima de Alina Menocal Johnson; antes estuvo casada con el periodista italiano Gianni Miná.

14. Era la esposa del doctor Ernesto Dihigo López-Trigo.

cubana y el Lcdo. Miguel Barnet, escritor bastante conocido aquí y allá.-

Eusebio Leal¹⁵ nos está preparando una nueva sede en la Habana Vieja, dotada por supuesto de mantenimiento propio. También nos ofrecen la publicación del boletín que fué suprimida desde los años sesenta y el imprescindible fácil acceso a la nueva casa. Los compañeros académicos no están muy contentos con lo que se brinda, pero creo que es el momento de decir ahora o nunca¹⁶.

Aparte de eso, yo estoy muy cansada para seguir al frente de la precaria nave. Este año cumpliré 86 y empiezo a desmoronarme por todos lados.

Veo muy mal, tengo cataratas y no quieren operarme. Las piernas protestan de tener que llevarme todavía por el mundo y para colmo de males se me han caído los dientes y no me acomodo a los sustitutos. Todo esto es muy grave y creo que ya ha llegado la hora de que me dejen descansar.

He recibido dos impresos (revista y folleto) que como tienen letra grande espero y deseo poder leer. En el folleto está impreso mi nombre —así me pareció al menos— lo cual es gentileza poco común. El título es “¿Qué hacer con Quinientos años?”. El de la revista es “Mar Abierto”. El Director de ésta es Andrés Henestrosa y trae su tarjeta con la del Director General de la fundación cultural Televisa. El autor del folleto es Leopoldo Zea.- Deben ser altas figuras de la intelectualidad mexicana, a juzgar por sus únicas obras que conozco porque como usted bien sabe, querido Alejandro, vivimos bastante aislados del mundo y en lo que a mí hace, más aislada todavía por mi creciente disminución de la vista.

Suponiendo que Vd. allá ha tenido tiempo de conocerlos, le ruego que exprese mi gratitud a ambos por la deferencia que han tenido conmigo, lamentando no poder corresponderles con obras

15. Eusebio Leal Spengler, Historiador de la Ciudad de La Habana, Director del Museo de los Capitanes Generales, amigo y vecino de DML, y actual miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y de la Asamblea Nacional del Poder Popular. Hoy también es presidente de una corporación en Cuba, “Habaguanex”, que controla los negocios en La Habana Vieja.

16. Subrayado en el original.

mías pues yo misma me he quedado sin ellas, y por aquí no se piensa en editarlas.

La misma obra de mi padre, bien escrita y útil a la historia del país aún sigue engavetada al cabo de 11 años de entregada¹⁷.

Como ve, Alejandro, soy tarda en escribir —y cada vez lo seré más— pero cuando lo hago, no tienen razón de quejarse los destinatarios de mis cartas.

Gracias otra vez por el lindo mantel y si viene alguien de allá, mándeme unos bombones iguales a los que me obsequió en su último viaje. Me he vuelto una vieja golosa. Reciba un buen abrazo de

Dulce María Loynaz

A su mamá que es señora muy gentil, la invito a nuestras celebraciones pero nunca viene.

Nina Menocal, la recuerdo. Mujer simpática. Salúdela por mí.

IV

La Habana 22 de julio de 1989

Para Alejandro Glez. Acosta:

Mi estimado Alejandro:

No me parece bien que usted me malcrié tanto; en primer lugar porque ya no estoy en edad de ser malcriada, y en segundo lugar porque ya me había olvidado de todas esas exquisiteces¹⁸ y no me conviene volver a recordarlas.

Esto no quiere decir que no se las agradezca por lo que son y por lo que significan: y desde luego, si no puedo corresponderle en la forma, sí lo hago en los sentimientos.

Sigo mal de la vista y ya no puedo leer ni escribir lo que no veo en plumón. Otro motivo para quedarle agradecida a usted, que me obsequió con unos cuantos que son los que estoy usando.

De la Academia no le hablo porque son tantos los disgustos

17. Ver nota 5.

18. Son bombones.

que me da que mi entusiasmo por la sede prometida y ya en vía de entregarse, ha decaído bastante y lo único que quisiera es que fuese otro el que la inaugurase.-

Sentí que la dama a quien confiara Vd. su obsequio¹⁹, no se presentara con él, pues así hubiera podido conocerla y desde luego darle las gracias personalmente. Lo hice con alguien que vino en motocicleta²⁰.-

Bueno, mi joven amigo, aquí termino deseándole progreso en sus estudios y paz en su corazón. Aunque creo que ya la paz es difícil en cualquier parte. Le recuerda siempre

Dulce María Loynaz

V

La Habana 10 de marzo 90

Nuestro siempre recordado Alejandro:
se queja Vd. —suavemente— y se queja con razón de mi silencio. Pero vea amigo mío, con qué dificultad escribo ya. Tengo que usar estos plumones parecidos a las “trancas” que ponía mi abuela en las puertas, en tiempo de ciclón.

Mi vista disminuye por días y ya me es imposible leer si no es con lupa, lo cual no deja de ser otro engorro.

Le ruego pues, que lo tenga en cuenta cuando me escriba; ya no me es posible como antes, mantener una correspondencia regular.

En medio de tantas inquietudes consuela saber que alguien sigue adelante en su ruta y que ese alguien sea un amigo y compañero de muchas fatigas. No pongo ejemplos ni citas porque no es necesario, sólo añado que le felicito de todo corazón.

Respecto a su grato ofrecimiento de obsequiar a los compañeros académicos con las medallas respectivas²¹, le diré que

19. Una amiga muy querida: Julia Porrata. Más tarde fue mi constante y gentil emisaria para llevar mis cartas a DML.

20. Orlando Plá Tomás, hoy en México, donde es funcionario de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público.

21. Las correspondientes a los miembros de la Academia, pues no se conseguían en Cuba. La mía la heredé de mi maestro don Raimundo Lazo Baryolo —a quien

precisamente se me había encargado que tratara del asunto con el Embajador de España, es decir es algo que necesitamos —no yo, que tengo la mía— y antes de hacerlo, daré a conocer su buena disposición en este asunto. Sólo que debo esperar quince días a que se celebre la próxima junta; desde luego la importancia del mismo ameritaba adelantarla, pero es el caso que las comunicaciones por teléfono se han hecho casi imposibles. Es uno de los renglones más afectados por las circunstancias.-

Gracias otra vez por el gentil ofrecimiento y ya le tendré al tanto de lo que digan nuestros compañeros.-

El libro sobre la correspondencia de Alfonso Reyes con esos sabios cubanos²², debe ser interesantísimo, sobre todo para los que trataron a esos destinatarios como yo; a los tres los conocí y de los tres guardo buenos recuerdos.

Bueno, mi joven Alejandro, no se queje más de mi silencio una vez que ya conoce las causas y además le indemnizo con esta larga epístola.

Creo que ella merece su comprensión que puede expresármela con un estuche de bombones. Nunca comí mejores bombones que los mexicanos; pero por favor que no contengan almendras pues entre tantas cosas perdidas, cuento también los dientes.-

No deje de tener al tanto de sus investigaciones sobre Heredia, al que es hoy su ilustre compatriota²³. A nuestra amiga L²⁴. no la he visto. Me había dicho que iría a la presentación del libro tuve el honor de suceder en su sillón de la ACuL— por generosa donación de su viuda, mi querida amiga doña Gloria Freixas de Lazo, hoy fallecida.

22. Se refiere al obsequio que le envié de la edición anotada que preparé: Alfonso Reyes: *Cartas a La Habana*. México, 1989, que fuera editado por la UNAM como Homenaje Especial por el Centenario del Nacimiento del sabio regiomontano y universal. Recogía parte de la correspondencia entre éste y Max Henríquez Ureña, José Antonio Ramos y Jorge Mañach.

23. José María Heredia (Santiago de Cuba, 1803-México, D.F. 1839). Alude DML a mi inserción en México, al igual que Heredia, quien desarrolló la mayor parte de su obra aquí.

24. Se refiere a la entrañable amiga Lucía Sardiñas, funcionaria entonces del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, a quien es justo reconocer —además de otras generosas ayudas— el decisivo empeño que puso para que se editara el libro de las *Memorias* del padre de Dulce María, el cual estuvo vetado de publicarse —cosa común en la Cuba de hoy— por decisión —también es justo decirlo— de personajes como Julio Le Riverend Brussone.

de mi padre, “Memorias de la guerra”, pero a última hora tuvo que excusarse.

El libro está magnífico: me compensa los once años que empleé en su compilación.-

Ya sabe cuánto le estima y le desea lo mejor su amiga y colega

Dulce María Loynaz

Dígame Alejandro si la próxima vez que le escriba tengo que poner tantos datos en el sobre²⁵. Su mamá vive lejos y no me es fácil enviarle las cartas.

VI

La Habana 16-5-90

Querido Alejandro:

Gracias muchas por la constante renovación de su recuerdo, que afecta casi siempre la figura de unos chokolatines, dulzura innecesaria, aunque sí bien recibida.-

Mucho me gustó saber que nuestra querida amiga²⁶ le había enviado el libro de mi padre. Verá usted qué bien escrito está; puedo decirle que es la única alegría que he tenido en mucho tiempo, un tiempo que cada vez agravan más las contingencias.

Ahora lucho con la dificultad de obtener alimento para mis animalitos. Como Vd. sabe, ellos son el consuelo de mi vejez, y si algún día tengo que prescindir de ellos, prescindiré también de mí misma, se lo aseguro²⁷.

Respecto a utilizar otra vía que no sea el correo corriente para que las cartas lleguen más pronto, creo que no me será posible. No tengo muchos amigos mejicanos —los que tengo están allá— y obligar a su señora madre a que venga a mi casa para recoger mis cartas, no me parece bien.

25. En efecto, para una habanera —acostumbrada a poner en el sobre sólo la calle, el número y las entrecalles— el sistema mexicano, con colonias, delegaciones y códigos postales, resultaba abrumador.

26. Lucía Sardiñas.

27. Nunca lo dudé: DML tenía un cariño verdaderamente maternal por sus perros, habitantes de evidente plebeyez de su aristocrática mansión vedadense. Nunca olvidaré su figura rodeada de sus canes, a quienes les hablaba y leía poemas, en su hermoso jardín en ruinas.

Resígnese como yo me resigno a esas molestias y bástele los éxitos con que va jalonando su carrera por esos mundos de Dios. Mi felicitación más sincera y no añado la de la Academia porque parece que los colegas ven con ojos de envidia la suerte que le ha deparado el destino. No todos, pero casi todos. Es la verdad y tengo que decírsela porque Vd. se refiere con frecuencia a nuestra poco afortunada Corporación.-

Siempre leal amiga suya,

Dulce María Loynaz

Por favor, dígame si hay que poner tantas cosas en el sobre.-

VII

La Habana 29 de junio de 1990

Día de San Pedro y San Pablo.

Querido Alejandro:

Escribo de prisa porque deseo que mi hermano²⁸ le lleve esta carta a su mamá, cuando salga a hacer una diligencia urgente.

Ella me llamó para darme su recado y desde ahora se lo agradezco de corazón, pues estoy pasando una temporadita en que me siento olvidada por todos. Quizás no sea así, pero empiezo por decirle que la Academia me tiene muy desencantada. Todos quieren ser Académicos, título que viste mucho, pero casi ninguno o ninguno cumple sus deberes con ella...

Hasta el Dr. Dihigo²⁹ nos ha abandonado y no sé si definitivamente. Se fué en enero y no ha vuelto. El era una columna en la Corporación y sin él, ésta se tambalea. (Aunque no lo parezca, esta palabra está en el diccionario, por tanto su uso es lícito y en este caso muy expresivo).

Le digo la verdad, sólo estoy esperando que Leal nos entregue la sede que nos destina en la Habana Vieja, para soltar esta brasa ardiendo que ya me quema la mano.

Muchas veces pienso que aunque los gobernantes de pueblos nos parezcan generalmente malos, tal vez no lo sean tanto si tenemos en cuenta sus dificultades. Si a mí me cuesta tanto trabajo

28. Realmente, su medio-hermano, Enrique. Hermanos carnales y completos sólo tuvo tres: Flor, Enrique y Carlos Manuel Loynaz y Muñoz.

29. Ver nota 12.

gobernar un puñadito de gente ¡qué será el hacerlo con millones de personas!

La incógnita está en que siendo así, se aferren tanto al Poder.-

De todos modos, ya yo he ganado mi derecho al retiro: he cumplido 87 años, de los cuales 17 dediqué a sostener la Academia, muchas veces con mis propios hombros. Ahora ya la dejo con su casa y su presupuesto, bienes de los cuales estuvo ayuna desde el año 1963... Como ya dije en una poesía de mi juventud: Eso pude: Eso valgo.-

Noticias del medio ambiente, pocas puedo darle pues vivo como debe saber, muy retirada en mi casa. La calle está muy desagradable.

No sé si sabrá que Eusebio Leal se divorció de su última esposa y ha contraído nuevas nupcias con una joven rubia que esperamos sea la definitiva.

Despedir a la antecesora, no fué nada fácil y puede que se lo hayan informado pues los sucesos fueron públicos y notorios.

Como dice la mamá —que es excelente persona— su hijo no ha tenido suerte.

Pudiera hacer la carta más larga, pero deseo que mi hermano la lleve a la calle Estrella para evitarle un viaje a la autora de sus días.

Renuevo mis felicitaciones por sus éxitos en el reino de las letras. Todos sabemos que la Universidad de San Marcos es la primada de América y hablar allí, no es cosa de pasar por alto³⁰. Ojalá me hubieran invitado a mí, en mis buenos tiempos.-

Le quiere siempre

Dulce María

Como ve usted por la letra, mis cataratas avanzan.³¹

30. En 1989, al obtener uno de los Premios Internacionales “Inca Garcilaso de la Vega”, tuve el honor de ser invitado al Perú y a su Universidad Mayor.

31. En efecto: las cartas de DML muestran cómo se iba agrandando dramáticamente su letra, antes tan menuda y redondeada, indicando así la progresiva y veloz pérdida de la vista.

VIII

La Habana 29-4-91

Nunca olvidado Benjamín:

El regalo de sus bombones me ha conmovido casi hasta las lágrimas. Hacía más de un año que no probaba ninguno y en este año pudieron pasar muchas cosas, incluso morirme pues no sé si sabrá que estuve a punto de abandonar este mundo —que poco o nada puede ya ofrecerme—, a principios de año, es decir, todo el mes de febrero lo pasé hospitalizada.

Y aún parece que no me he repuesto del todo, pues el último revuelo levantado —aquí— por un libro publicado sobre mi persona³², me obligó a recibir mucha gente, y la verdad es que me siento muy cansada.

Respecto a lo que me propone sobre incluir mi obra en esa colección³³ —un poema que no sea muy extenso, Últimos días de una casa, Carta de amor, etc. — le agradezco su interés, pero preferiría que no incluyese ninguno. Ese país me ha ignorado año tras año y para los que faltan, bien puede seguir ignorándome.³⁴

De paso le diré que en España acaban de concederme el Premio de Periodismo Isabel la Católica, por un artículo publicado allá sobre esa reina. Debería haber ido a España a recoger el galardón y aunque aquí me dieron todas las facilidades, a última hora yo misma decidí no ir, pues la verdad es que como ya le dije, todavía convalezco de una grave enfermedad.

32. Se refiere a la meritoria edición que preparó el investigador y erudito Pedro Simón para la *Valoración múltiple*, que publicó la Casa de las Américas, en 1990.

33. Se trata del *Material de Lectura* N° 169, dedicado a DML, que preparé para la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, publicado en 1990, con el apoyo de los amigos Gonzalo Celorio, Hernán Lara y Joaquín Armando Chacón. Fue la primera —y que sepa yo, hasta el momento, la única— vez que se publicó algo de Dulce María en México.

34. Obviamente, conociéndola bien, no le hice caso y no me arrepiento (más adelante ella rectificó su posición): ese librito fue, según me dice mi amigo Eulalio Ferrer, importante para que él moviera después la candidatura de DML al Premio “Miguel de Cervantes” en España, especialmente con Inocencio Arias. Esto no se ha dicho hasta ahora y creo que es justo expresar la intervención que tuvo el académico y publicista hispano-mexicano en esa concesión, que otros —cubanos— han tratado de arrogarse.

El asunto de la sede académica sigue empantanado pues los del oficio no acaban de aceptarla en la Habana Vieja.

Repito mi gratitud por los bombones y mis votos porque continúe en paz su carrera. Sinceramente

Dulce María

IX

La Habana julio 5-91

Querido Alejandro:

Gracias por recordarme en ese país, todavía fabuloso.

Me alegra saber que al fin haya encontrado Vd. ese Verano en Tenerife³⁵ que ha tenido que viajar hasta allá para hacerse accesible. Yo misma no lo tengo, pues Aguilar, como muchos editores, prefería publicar títulos nuevos que repetir los ya impresos, por mucho éxito que tuvieran. No sé si fue el caso de mi “Verano...”, pero sé que nadie después ha podido adquirirlo.-

Por supuesto, me agrada la noticia que me da sobre la publicación de obras mías en esa Universidad Nacional. México es un país donde mi palabra no ha tenido mucho eco, no por falta de sensibilidad de sus moradores, sino por otras cosas de aquí, que la han, seguramente, desviado.

La Academia sigue siendo un peso muerto que arrastro. Por un tiempo que espero sea breve, pues mi salud deja bastante que desear. Pero supongo que me tendrán en el trono como a la heroína de Tamayo y Baus en el drama “Reinar después de morir”.-

En realidad creo que ya he muerto, y si no he muerto, me falta poco.

Mi salud es poca y mi cansancio, mucho. Piense que cumpliré 89 años en el próximo diciembre, que es ya entrar en la antesala de los 90. ¿Hasta cuándo durará el poco juicio que me queda? No lo sé, ni lo saben los que me sujetan al poco apetecible trono.

Y aparte de la vejez, me abruma otras cosas. A este país no hay quien lo arregle, pero es mi país y debo permanecer en él, correr su suerte sea lo que sea. Esto ya se lo dije hace 30 años a

35. Libro de viajes de DML sobre las Islas Canarias. Encontré dos ejemplares y le envié uno a ella.

mi editor don Manuel Aguilar cuando me ofreció la posibilidad de instalarme en Madrid con mi marido. Y pese a lo que pesa,³⁶ sigo pensando igual.

No le doy noticias de su mamá porque hace tiempo que no me llama, lo cual no es raro teniendo en cuenta que pasé un mes hospitalizada, fuera de todo trato humano que no fuera el de los médicos y las enfermeras.

Pero supongo que Vd. las tendrá directas, pues ella está siempre muy pendiente de usted.

Los dos poemas elegidos, son también mis favoritos. Creo que no volveré a escribir nada igual.³⁷

El papel termina, pero no mi interés por su quehacer en esa ciudad que sigue siendo un poco fabulosa. No deje de escribirme aunque yo tarde en contestar. Escribo a mano y con una mano muy cansada.

Dulce María

X

La Habana 12-8-91

Santa Clara de Asís

Iba a empezar esta carta diciendo “nuestro” caro Alejandro, pero realmente son tan pocos los académicos que quedan y Vd. conoció, que no sé hasta dónde puede ser aplicable el posesivo.

Ahora mismo acaba de morir trágicamente el Dr. Jorge Du-Bouchet, víctima de un accidente de tránsito. El que fuera nuestro insustituible Director, Dr. Ernesto Dihigo, también murió fuera de Cuba³⁸, como Vd. debe saber, hace ahora un año.

De la Vieja Guardia sólo quedamos el Secretario, la Vice-Directora y yo. Bueno, queda también el Dr. Portuondo y otro que más valiese que ya no quedara, cuyo nombre estará acudiendo en este momento a la memoria de Vd., por lo cual no es preciso que yo lo escriba³⁹.

36. Subrayado en el original.

37. En el *Material de Lectura...*: son “Últimos días de una casa” y “Carta de amor a Tut-Ank-Amen”.

38. En los Estados Unidos.

39. Así es: sé de quién se trata, pero prefiero respetar el silencio de DML.

Mi salud deja mucho que desear. A comienzos de año tuve que ser hospitalizada y no acabo de reponerme. Pero lo que más me preocupa es la falta de vista que según parece no tiene remedio.

Esto hace que haya tenido que suspender el que iba a ser mi último libro, la historia del Vedado que nació conmigo; naturalmente que podría dictar o recurrir a una computadora, pero nada de esto va con mi temperamento.

Detesto las innovaciones y nunca pude adaptarme a ellas. Ni siquiera a la máquina de escribir.

Fíjese cómo va saliendo la carta que comenzó bastante bien y no sé cómo acabará, por lo que es mejor que la termine aquí.

Gracias por sus bombones que me traerán. En este momento llega la señora amiga suya, señora gentilísima según he comprobado luego⁴⁰. De modo que doy fin a la carta con mucho cariño para usted, cariño que la ausencia no ha disminuido. Sinceramente

Dulce María⁴¹

40. Julia Porrata.

41. Esta es la última carta que DML me escribió. A partir de ese momento, como claramente decía, los problemas de la vista ya no le permitieron seguir escribiendo.

*Otro texto de Dulce María Loynaz*⁴²

“Imágenes de Raimundo Lazo”

Discurso de Respuesta al Ingreso de Alejandro González Acosta, el 23 de abril de 1983, en la Academia Cubana de la Lengua.

No me ha sido fácil escribir sobre Raimundo Lazo; nunca lo es cuando se trata de encuadrar en rígido marco una figura que une a la personalidad que pudiéramos llamar pública, otra que pertenece al mundo de los sentimientos, la del hermano, o la del compañero o la del amigo.

Amigo noble de mi casa fuera por muchos años el sabio hombre de letras cuyo natalicio ha querido celebrar la intelectualidad cubana como si aún estuviera junto a ella, insuflándole su hálito de vida. Y aunque ya sea realidad su desaparición corporal, debemos pensar que aun sigue vivo en sus libros, en sus enseñanzas, en su ejemplo.-

No soy yo la llamada a someter a un frío análisis su vasta obra de erudición, su entrega pedagógica, su paciente búsqueda del dato precioso por archivos y bibliotecas: me faltaría la vocación que él tuvo tan entrañablemente por esas disciplinas, y me sobraría sensibilidad para desviar el curso de mis observaciones por el cabal ser humano que se recataba en el polígrafo.

Y no obstante, al acudir ahora a mi mente los recuerdos que me dejara aquella larga amistad, paréceme que se desdoblán en imágenes y que estas corresponden en cierto modo a algunas de las facetas antes aludidas, integradoras de su rica humanidad.-

Vuelvo a verlo como lo vi la tarde en que le mostré el trabajo que debería leer en la Universidad de Salamanca⁴³. Estábamos frente a la campiña cubana, como estuvimos tantas veces en

42. Este texto fue fragmentariamente publicado por la revista *Plural*, donde se suprimió la explicación que dio origen al mismo. Apareció íntegro en el suplemento *sábado* del *unomásuno*: N° 1041, 13 de Septiembre de 1997, p. 5. Al igual que con las cartas, conservo el original manuscrito de DML: en su momento, tendré el honor de donarlos a la benemérita Biblioteca Nacional de México.

43. En la Cátedra “Fray Luis de León”.

aquel retiro campestre que él solía llamar El Paraíso.- Pero entonces y por excepción en nuestras tertulias que eran llanas y alegres, a propósito del tema planteado, su sillón del portal revistió dignidad de cátedra y nos expuso por primera vez aquella muy sutil teoría sobre el Romanticismo que luego habría de aparecer en uno de sus libros⁴⁴.

—El Romanticismo como Escuela —dijo— es un modo de estar, y como condición anímica, un modo de ser. Son pues, dos cosas distintas que pueden coincidir, pero no necesariamente.

(Recuerdo el detalle de que alguien ⁴⁵se apresuró a citar como colofón a sus palabras, el verso de Rubén Darío).

Otra imagen que tengo de él es ya en Madrid, más concretamente en una pequeña casa del barrio de Chamartín adonde habíamos ido a saludar a Menéndez Pidal. Aquel inconmensurable don Ramón apenas reparó en mi persona, pero recibió cálidamente a nuestro amigo como a un antiguo compañero de armas. Desde el rincón donde me había refugiado, veía como de entre aquella creciente marea de volúmenes, extraía un grueso infolio y en él, con dedos temblorosos le señalaba emocionado, no sé qué reciente hallazgo, qué nueva luz a proyectar en las futuras investigaciones.-

Ya más tarde, a estas plácidas imágenes, sucederían otras tensas y dolorosas. Lo veo ahora en el lecho, con la cabeza que tantos conocimientos atesoró, vendada, inmovilizada entre dos sacos de arena. Así habría de estar muchos meses, tras sufrir un desprendimiento de retina, y así le leía su esposa los últimos libros publicados o las galeras a revisar de obras suyas, remitidas por la imprenta.

Todavía habría de verle después —cercado ya por las tinieblas— ambular con paso que quería ser firme, por aquella su enorme biblioteca, tanteando con mano trémula los maravillosos libros que nunca más podría leer.-

Estas imágenes esquemáticas, recogidas al azar en el fondo de mi memoria, quisieran entregar a los que no le conocieron, el mensaje de un trabajador infatigable en su misión de cultura, que

44. Se refiere a *El Romanticismo en la lírica hispanoamericana desde el siglo XVI a 1970*, publicado por Porrúa.

45. La hermana de Dulce María, Flor.

supo por ella sobreponerse a su destino, a las ingratitudes muchas veces, a la derrota siempre.

No lo consiguió sin poner en juego su recia voluntad. No poseía por cierto un temperamento franciscano ni su filosofía había domado los arranques de un genio demasiado vivo y por ello proclive alguna vez a la injusticia y al error. No es fácil mantenernos ecuanímenes cuando muy comprensiblemente nos va agriando el carácter una tan cruel enfermedad. Más cruel en él, que en otro pues le privaba de su aliento espiritual, de lo que había sido para él, su razón de existir.-

Con José María Chacón y Calvo y algunos pocos más, viene a ser en Cuba uno de los últimos humanistas, generosa estirpe tan floreciente en el pasado siglo, pero que se ha ido haciendo rara en el presente, saturado de angustias a más de atropellado por la prisa.-

No sería justo que termináramos esta evocación del Dr. Raimundo Lazo, sin mencionar a Gloria Freixas, la esposa abnegada que lo siguió hasta el final de su larga ruta, sin desmayar a mitad de camino cuando las satisfacciones dieron paso a las penas.-

Hay muchos modos de heroísmo y sin duda el de ella, discreto y casi anónimo, fué digno del otro, el del luchador no rendido a las presiones de los más ni a los halagos de los menos, capaz de defender su verdad aunque nadie la defendiese como defendió su misión sitiada por los embates de la adversidad. Y esta fué la última y acaso la mejor lección de Raimundo Lazo.-

Dulce María Loynaz
De la Academia Cubana de la Lengua

Del Adaja al Almendares¹

Santa Teresa de Jesús² y Dulce María Loynaz³: versos compartidos. Del misticismo renacentista, al pietismo barroco y al panteísmo tropical.

Vidas paralelas y para-leerlas:

El meticuloso Felipe II tuvo que lidiar, entre muchas otras, con dos personalidades muy fuertes de su época: por un lado, “la inquieta y andariega” monja, Teresa Sánchez de Cepeda y Ahumada, y por la otra, con el polémico y activo fray Bartolomé de las Casas. Lo que uno hacía para América, la otra lo hacía para España: ambos, reformadores. Ambos, sujetos contradictorios. Ambos, seres complejos.

A Teresa –por su inquieto carácter- casi la deportan a América, presumiblemente al Perú, donde ya vivían varios familiares suyos, y algunos biógrafos mencionan como destino posible de su destierro el Soconusco, hoy Chiapas.⁴ Pero finalmente triunfó de sus detractores.

Del otro lado del mar y cuatro siglos después, hubo una escritora cubana llamada Dulce María Loynaz que, como la carmelita, fue escritora, y también como ella, difícil.

A Dulce –por su actitud distante y desdeñosa con el poder “revolucionario”- casi logran desterrarla a los Estados Unidos,

1. Publicado en *Otro Lunes Revista Hispanoamericana de Cultura*, N^o 40, Marzo de 2016, Año 10. www.otrolunes.com/40/

2 Teresa [Sánchez] de Cepeda Dávila y Ahumada [Gotarrendura (Ávila) 28 de marzo de 1515 – Alba de Tormes, 4 de octubre de 1582]. Canonización: 12 de marzo de 1622 (por Gregorio XV). Fiesta: 15 de octubre. Aunque los autores señalan que la fiesta de Teresa se fijó el 15 de octubre por la reforma del calendario juliano al gregoriano, y el ajuste consiguiente, sospecho que también debió haber influido para que no coincidiera el 4 de octubre con la fiesta de San Francisco de Asís, y así no restar luces a ninguno de estos santos.

3 En realidad, su nombre era María de las Mercedes Loynaz Muñoz (La Habana, 10 de diciembre de 1902 – 27 de abril de 1999). Premio “Miguel de Cervantes” (1992).

4 Me gusta jugar mentalmente con la posibilidad de que por los “renglones torcidos de Dios”, pudieron haberse encontrado en tierras de Chiapas la discola monja carmelita, y un atribulado cobrador de impuestos que por sus lesiones en el servicio de las armas, solicitó merced real, sin obtenerla, para ir allí a cultivar cacao: Miguel de Cervantes...

pero tercamente se negó, a pesar de las numerosas “indicaciones” y “sugerencias”⁵ para ello que recibió. Ella también prevaleció sobre sus adversarios. Decidió quedarse en su tierra, contra todo viento y cualquier marea, por poderosos y constantes que fueran.

Ambas fueron mujeres guerreras, hembras intensas y recias, aunque revestidas de una aparente y engañosa suavidad.

Teresa fue una mística tardía –a los 42 años comenzó con sus visiones y experiencias sobrenaturales- y Dulce fue desde muy temprano poetisa, pero renunció a los versos ya madura. Como que en estos términos las vidas de ambas se invierten, pues donde comienza una termina la otra.

Si Teresa trató con deferencia escritores como fray Luis de León y San Juan de la Cruz, y recibió la admiración de Cervantes, Lope, Góngora y Quevedo, Dulce en cambio frecuentó a Juan Ramón Jiménez y Federico García Lorca, a Carmen Conde y Concha Espina. Si Teresa sufrió la incompreensión de otra mujer, como la vanidosa Ana de Mendoza y de la Cerda, la muy poderosa Princesa de Éboli, quien la denunció por *El libro de su vida*, Dulce, en cambio, experimentó un tremendo choque con otra mujer terrible y difícil, la chilena Gabriela Mistral, aquella de “la lengua de bronce”, aunque disfrutó el trato y la obra de otras congéneres coetáneas como Juana de Ibarborou, Delmira Agostini y Alfonsina Storni.

El receloso patriarca insular, Fidel Castro, tan suspicaz como Felipe II, no perdió de vista a la inquietante cubana que se negaba a dejar su patria y permanecía, muda e inmóvil, pero no muerta, en su casa habanera, objeto de espionaje y de agresiones durante mucho tiempo⁶, como el taciturno constructor de

5 Entre ellos, además de la incautación de numerosos bienes raíces, los varios “registros” que la policía política realizó en su domicilio, buscando “dólares ilegales y joyas escondidas”, cuando hasta forzaron una caja fuerte que finalmente se encontró que estaba vacía, para frustración de los investigadores.

6 En sus conversaciones, Dulce María siempre se refería a Fidel Castro como el “Primer Ministro”, añadiéndole pícaramente el adverbio posesivo “su” o “tu” (según con quién hablara). Nunca lo llamó “Presidente” y menos aún “Comandante”. Ella estaba muy consciente de su condición como hija de un General mambí y su pertenencia social: “Aquí me llaman burguesa, y no es verdad: si algo soy, es aristócrata...” me dijo en una oportunidad. No exageraba: por la línea materna de los Muñoz Sañudo estaba vinculada con el Marquesado

El Escorial hizo con la incontrolable abulense, siempre preocupado por su insólita hiperactividad y algo desconcertado, aunque eso no restaba –auténtico príncipe renacentista– para que la admirara, sostuvieran una nutrida correspondencia y hasta compartieran el confesor (fray Martín de Yepes). Resulta incontrovertible que ambas mujeres vivieron siempre “bajo sospecha”, observadas por el ojo receloso del Poder, pendientes de alguna “herejía”, ya fuera religiosa o ideológica.

No hay dos tierras tan diferentes como la adusta Ávila con sus murallas medievales, en lo más severo de la meseta castellana, y la adormilada Habana, con su exultante profusión tropical. Sin embargo, algo poseen en común y es que ambas son ciudades femeninas y tienen dos mujeres que a través de los siglos, mantienen un vínculo sorprendente en la comunidad universal del idioma: Santa Teresa de Jesús y Dulce María Loynaz. Ambas, andariegas; ambas, inquietas; ambas, de dolida entraña femenina, de hembras suaves, pero también terribles y, en ocasiones, furibundas. Ambas, a la vez, terrenales y etéreas. La cubana, asidua lectora de la española. Las dos mujeres, nativas vecinas de ríos, pero muy diferentes entre ellos: el Adaja abulense y el Almendares habanero.

Las raíces de Dulce María se hunden en la tierra española, desde aquel San Martín de la Ascensión que fue Mártir del Japón, hasta los próceres que forjaron e hicieron posible la independencia cubana. Las de Teresa se funden en la oscuridad de un origen modesto e incierto. La cubana nace en cuna de oro y la española en una de humilde madera. La primera recorrió medio mundo antes de ocultarse en su casa como su último refugio, “lejos del mundanal ruido”: cabalgó camellos en Egipto, landós en Canarias y veloces Panhard-Levassor en Cuba. La segunda vive su juventud en la aldea y después recorre incansablemente –las más de las veces a pie– los caminos de España, fundando conventos y dejando a su paso obras de piedad. Así, pues, por su origen, por su destino y por su órbita, eran tan diferentes como una castaña y una piña. En síntesis, los únicos puntos comunes eran que ambas fueron mujeres y escritoras.

de Santa Olalla.

En ambas viven “el águila y la paloma”, como dijo de la española su contemporáneo inglés Crashaw⁷, pero también perfectamente aplicable a la cubana.

Así como Teresa ha sido reconocida Doctora de la Iglesia (en 1970, junto con la italiana Santa Catalina de Siena y la francesa Santa Teresita del Niño Jesús), la galardonada Dulce María es hoy la “protectora” laica de las poetisas cubanas, quienes la procuraron insistentemente en su voluntario “carmelo”⁸.

El universo geográfico de Teresa se reduce al estrecho espacio de una porción de la meseta castellana y algo de Andalucía, pero sólo puede conjeturarse -sin pruebas contundentes- que alguna vez haya podido contemplar la grandeza del mar, a pesar de la presencia constante del agua en sus textos⁹. Lo mismo Ávila, que Toledo, Palencia, Sevilla, Madrid, Valladolid, Salamanca, Segovia, Burgos, Burgo de Osma y Alba de Tormes conocieron de su paso, siempre afanoso y apresurado.

Dulce, en cambio, hija de otra época, es viajera del mundo desde temprano, cuando adolescente se lanza con sus hermanos a ver la tumba recién descubierta del joven faraón Tuk, al que le dedica una carta de amor imposible, y recorre Palestina, Turquía y gran parte de Europa. Viaja por España con la misma soltura que por América del Norte, del Centro y del Sur. Pero en 1959 detiene su andar... Permanece aislada en su casa (isla dentro de otra isla), reclusa voluntaria, separada de un mundo nuevo que no le agrada, viendo desaparecer el suyo propio en medio de una tormenta atroz. La mansión de El Vedado es su claustro desde entonces hasta 1992, cuando rompe la reclusión, y parte de nuevo a su querida España, para recibir el Premio “Miguel de Cervantes”¹⁰ de manos del propio Rey Juan Carlos,

7 Richard Crashaw (1612-1649), “*Hymn to the Name and Honour of the Admirable Saint Teresa*”.

8 Uno de los pocos contactos con el exterior que Dulce María aceptó recibir en su enclaustramiento, mucho antes de que con el Premio Cervantes la asediaran con homenajes tardíos y escatimados, fue el de un grupo de jóvenes poetisas cubanas, encabezadas por Raisa White.

9 María Andueza, *Agua y luz en Santa Teresa*. México, UNAM, 1985.

10 El gobierno cubano no tuvo nada que ver con la candidatura de Dulce María Loynaz al Premio: ese año, las instituciones oficiales de la isla presentaron como SU candidato al gran poeta Eliseo Diego, según consta en las actas

en el Paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares. En su regreso consagratorio a España, llega atada ya a su silla de ruedas de virtual inválida, y allí recibe, como venido de otros tiempos idos, el galano beso en la mano de un monarca caballeroso, quien la nombra “La Dama de América”.

Hembras profundamente intensas, Teresa y Dulce, ambas católicas hasta la médula, tienen sin embargo distintas formas de ver y sentir a Dios. La abulense sufre visiones, raptos y transverberaciones. La habanera –hija de otro tiempo y otro clima- no es llamada por ese camino, pero siente la divinidad a su manera, sobre todo en el paisaje que la circunda. Aunque distantes de cualquier heterodoxia, Teresa sometía sus textos a la autoridad eclesiástica, y Dulce, me consta, no daba a conocer ningún escrito sin antes ponerlo a la consideración de sus amigos sacerdotes -y poetas- como Aurelio Boza Masvidal y Ángel María Gaztelu y Gorriti.

Si la abulense tenía un mirador bautizado como “Los Cuatro Postes”, aún levantados en la margen izquierda del Adaja, a donde se escapó –apenas de doce años- con su hermano Rodrigo en 1527, para intentar piadosos juegos como fingir que “eran martirizados por los moros” –extraña diversión infantil, pero muy propia de la época- y allí la encontró su desesperado tío Francisco de Cepeda; en cambio, Dulce, en su casona juvenil de El Vedado cubano, se iba a un cenador en la parte trasera de su amplio jardín –que dio nombre a su novela más famosa, y espacio para que en él, al pie de un almendro, la niña Bárbara sembrara los fragmentos de la luna desprendida del cielo- a asomarse con sus hermanos al océano que lamía el límite de su casa, “antes que les robaran el mar”, como se quejó en otro de sus versos. Dulce no podía recordar cuándo lo conoció, porque prácticamente nació junto a él.

Santa Teresa, desde niña, cruzaba el antiguo puente romano y medieval sobre el Adaja, para ir a orar en la ermita románica de San Lázaro, presidida por una imagen de la Virgen de la Caridad.

correspondientes. En realidad, la propuesta a favor de Dulce María partió de México, por el escritor, publicista y mecenas Eulalio Ferrer, con el concurso de Inocencio Arias, entonces Secretario de Estado para la Cooperación Iberoamericana.

A miles de kilómetros de allí, en una isla del Caribe, también un puente cruzaba un río, y muy cerca había también una Virgen de la Caridad y un nicho con otro San Lázaro, resucitado, a cuya sorprendida novia dedicó un intenso poema juvenil una mujer de ojos soñadores.

Pero ambos ríos eran y son muy diferentes: el Adaja, gélido, discurre arrebatado sobre el fondo de piedras y con un torrente que suele ser poderoso en época de lluvias: es un río fuerte y austero, de márgenes ásperas; en cambio el Almendares, rodeado por una vegetación concupiscente, transcurre plácido y tiene una vida tan corta como su cauce antes de confundirse con el cercano mar de una isla estrecha: es voluptuoso y sereno. Hoy lo cruzan dos puentes y dos túneles subfluviales, pero el más antiguo es el llamado “Puente de Hierro” que une El Vedado con Miramar.

Ambas mujeres han dejado su huella en la toponimia de varios sitios: a Teresa la nombraron (sin necesidad de hacer campaña política) Alcaldesa Honoraria perpetua de Alba de Tormes desde 1963; pero Dulce María le brinda su nombre a una calle y un paseo en La Orotava, de donde provenía su segundo y más querido esposo, Pablo Álvarez de Cañas. Y si la niña Teresa tenía su torre junto al Adaja, el mirador de la atalaya del Hotel Taoro en Santa Cruz de Tenerife, ahora marca con un busto de la cubana su presencia allí, como Hija Adoptiva del Puerto de la Cruz (1951).

“De Dulce sólo tiene el nombre”, le decía yo en las charlas que sosteníamos en su sitio preferido, en su iluminada cocina, mientras la otra hermana, Flor, y su gran amiga Angélica Busquet, asentían sonrientes, coincidiendo conmigo. Después de meditarlo en momento, Dulce confesaba: “Tienes toda la razón”.

Amante de las porcelanas y las opalinas (“no hay nada más inútil, pero tampoco más bello que las opalinas, pues no se pueden ni tocar: ¿por qué pedirle utilidad a lo bello más allá de ser en sí mismo bello?”, me preguntaba) en la superficie de sus vidas poco podía vincular a la patricia cubana (“mis abuelos

inventaron, no fundaron, **inventaron** este país” y era verdad¹¹), con la austerísima Teresa de Ávila. La mansión de El Vedado era exactamente lo opuesto de una celda carmelitana, con sus colecciones de marfiles y porcelanas asiáticas, sus muebles de maderas preciosas, y hasta un plato donde realizó su última comida el Emperador Maximiliano de México.¹² Sin dudas Dulce María, de haber estado allí para esa época, en la Granada que visitó la reformadora Teresa, habría sido una de las que se fugaron nocturnamente para fundar las “carmelitas calzadas”, a unos pasos de las “descalzas” en el barrio del Realejo, junto a la reubicada Casa del Gran Capitán, y a la sombra de la Alhambra prodigiosa.

Una, la monja, viajó por casi toda España, incansable. Y escribió “Las Moradas” y su “Autobiografía”. La otra, la dama criolla, desde una isla, viajó al exótico Egipto para enamorarse de un joven faraón muerto milenios atrás. Si la monja montaba en mula, la cubana lo hacía en camellos. Ambas siempre ávidas de horizontes.

Teresa es una mujer de acción y su palabra sólo es pronunciada para apoyar aquella. En el lado opuesto, Dulce es la mujer pasiva y contemplativa, pero no inactiva. Una, estéril por decisión de los votos; la otra, por implacable e inapelable biología.

11 Según la tradición familiar, Dulce María provenía de la línea de Silvestre de Balboa, el capitán canario autor del *Espejo de paciencia* (1608), primer monumento literario de la isla. Por otra parte, entroncaba con las más poderosas familias que iniciaron la primera Guerra de Independencia cubana en 1868: Carlos Manuel de Céspedes y del Castillo, Ignacio Agramonte y Loynaz, Salvador Cisneros Betancourt, Francisco Vicente Aguilera, y su propio padre, el General Enrique Loynaz y del Castillo.

12 Se trata de un plato grande, extendido, con las armas imperiales mexicanas estampadas en dorado, sobre un fondo cremoso, fileteado en oro. Al dorso, adherida, una nota manuscrita donde se leía: “En este plato hizo su última comida antes de ser fusilado en el Cerro de las Campanas de Santiago de Querétaro, Maximiliano de Habsburgo, llamado “Emperador de México”. Lo obsequio como testimonio de mi amistad personal al Señor General Enrique Loynaz del Castillo, Embajador Plenipotenciario de Cuba para las Fiestas del Centenario de la Independencia Mexicana”. Firmado: “Porfirio Díaz Mori, Presidente.” Dulce María me lo mostró una vez, pero no sé qué haya pasado con esta pieza después.

Sin embargo, tuvieron sus hijos: conventos, la una; poemas, la otra.

Teresa es una gran escritora, pero como poetisa nunca alcanza las alturas que logra en sus prosas. Dulce es una gran prosista (una novela, un libro de viajes, unas memorias y muchos artículos y conferencias dan fe de ello), pero su camino es rotundamente el de la poesía. Teresa es poetisa un tanto menor, de “estilo ermitaño” (como la llamó Menéndez Pidal); logra “una poesía no desdeñable, sino discreta” (Luis María Anson). Coetánea de San Juan de la Cruz, el autor de “La noche espiritual” no le dejó espacio en su desbordante grandeza que llega hasta hoy, cuando hasta dos poetas comunistas como Pablo Neruda y Rafael Alberti lo reconocen como lo más alto de la poesía española. La abulense es “la escritora de la lengua en pedazos”, según describe, tajante y preciso, Anson.

Sin embargo, ambas son mujeres y hembras intensas, nada feministas¹³ sino femeninas, y coinciden en una nota, que no le es original, pues la heredan de una antigua tradición, y pertenece a algo así como un “arquetipo del inconsciente colectivo” incrustado en el sentimiento religioso universal. No obstante ser tan distintas entre ellas, esta radical diferencia se atenúa y se vierte en un vaso común, cuando en algún momento enfrentan la terrible relación con la Eternidad. A pesar de todas las diferencias anteriores, las dos estaban tocadas por algo muy profundo en sus corazones: la presencia divina. Ascética la una y hedonista la otra; mortificada la primera y sibarítica la segunda, empero guardaban en sus pechos un idéntico soplo divino con la convicción de una esperada trascendencia más allá de la muerte.

13 Dulce María siempre insistía que no la llamaran “La poeta”, sino **poetisa**. El acento y el sentimiento que ponía una mujer en la poesía era muy distinto al de un hombre, aseguraba. Tenía además una interesante y sutil idea sobre el género de algunos adjetivos: sostenía que decir “hombre honesto” era un despropósito, pues la honestidad es virtud femenina, no masculina, y se muestra en el recato; el hombre es honrado, sobre todo, por la honestidad de su mujer, y nunca recatado. Así pensaba ella. Sospecho que la reflexión de Dulce sobre el género de algunos adjetivos viene muy bien para una época como la actual, en que se utilizan indiscriminada e impropia, sobre todo entre los políticos autollamados “honestos”...

Versos en la historia:

En el siglo XVI un enigmático Joan Escrivá¹⁴ compone aquellos versos por los que más se le conoce –o se le supone conocer-, vibrantes de dejación suprema:

Ven, muerte, tan escondida
 que no te sienta conmigo,
 porque el gozo de contigo
 no me torne a dar la vida.
 Ven como rayo que hierre,
 que hasta que ha herido
 no se siente su ruydo,
 por mejor herir do quiere:
 assí sea tu venida;
 si no, desde aquí me obligo

14 Existen muchas dudas sobre la identidad del autor conocido como “Comendador Escrivá”. Presuntamente fue un poeta valenciano de inicios del siglo XVI, algunas de cuyas coplas fueron incluidas por Hernando del Castillo (segoviano presumiblemente activo entre fines del siglo XV y principios del XVI, muerto antes de 1535) en su *Cancionero general* (Valencia, Cristóbal Koffman, 1511), y luego también reproducidas en el lusitano *Cancionero de Elvas* (1560-1570). Hasta el siglo XIX, varios autores coincidían (Milá y Fontanals, Menéndez y Pelayo y Michaëllis de Vasconcellos) en identificarlo con Mosén Joan Ram Escrivá, Maestre racional de Valencia. En 1993 Martín de Riquer propone como personaje al Arquitecto e Ingeniero Militar Pedro Luis Escrivá, el mismo que en 1537 había construido el Castillo de San Telmo en Nápoles (“Los escritores mossén Joan Escrivá y el Comendador Escrivá”, *Cultura neolatina*, LIII, 1993, p. 85-113). Pero más recientemente, Iván Parisi sugiere a Baltasar Escrivá de Ramaní (m. 1547) en su estudio “La verdadera identidad del Comendador Escrivá, poeta valenciano de la primera mitad del siglo XVI” (*Estudios Romànies*, Institut d’Estudis Catalans, 31: 141-162. Sainz de Robles, por quien cito, propone ubicarlo en una “tercera escuela, llamémosla castellana” referido al *Cancionero de Baena*, junto con Sánchez de Talavera (o Calavera) y Martínez de Medina. Según este crítico, nació en Valencia y fue Embajador de los Reyes Católicos desde 1497 ante la Santa Sede, escribió indistintamente en castellano y valenciano, y lo considera un poeta de gran delicadeza y “muy íntimo”. Refiere las citas de su famoso poema en el *Quijote* (II, 38), Calderón de la Barca en *El mayor monstruo, los celos* (3, II) y una glosa de Lope de Vega. Señala que también fue glosada su “Quexa que da de su amiga, ante el dios de Amor”, e informa que en el *Cancionero general* (1511) fueron incluidas 28 composiciones de su autoría. Federico Carlos Sainz de Robles, *Historia y antología de la poesía española (en lengua castellana). Del siglo XII al XX*. Madrid, Aguilar, 1955. 3ra. ed. pp. 41 y 495.

que el gozo que auré contigo
me dará de nuevo vida.

Es quizá esta la primera ocasión cuando aparece el tema en las letras hispanas, que luego se tornará tópico, desde que se anotaron las balbuceantes *Glosas Emilianenses*, y que Gonzalo de Berceo pidiera “*un vaso de bon vino*”. Después rebrotará con regularidad insistente, dando la medida del ser humano en el piadoso desespero para que su acercamiento a Dios sea completo, perfecto e inmediato.

Medio siglo después de Escrivá, quizá sin conocerlo, la abulense siente la misma voz. De los pocos que escribió, el poema más famoso de Santa Teresa es el de aquellos versos “Nacidos del fuego del amor de Dios que en sí tenía”:

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.

Glosa

Aquesta divina unión,
del amor con que yo vivo,
hace a Dios ser mi cautivo,
y libre mi corazón;
mas causa en mí tal pasión
ver a Dios mi prisionero,
que muero porque no muero.

¡Ay! ¡Qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros,
esta cárcel y estos hierros
en que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
me causa un dolor tan fiero,
que muero porque no muero.

¡Ay! ¡Qué vida tan amarga
do no se goza el Señor!

Y si es dulce el amor,
no lo es la esperanza larga;
quíteme Dios esta carga,
más pesada que de acero,
que muero porque no muero.

Sólo con la confianza
vivo de que he de morir,
porque muriendo el vivir
me asegura mi esperanza;
muerte do el vivir se alcanza,
no te tardes, que te espero,
que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte:
vida, no seas molesta;
mira que sólo te resta,
para ganarte, perderte;
venga ya la dulce muerte,
venga el morir muy ligero,
que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba
es la vida verdadera:
hasta que esta vida muera,
no se goza estando viva:
muerte, no seas esquiva;
vivo muriendo primero,
que muero porque no muero.

Vida, ¿qué puedo yo darle
a mi Dios, que vive en mí
si no es perderte a ti,
para mejor a Él gozarle?
Quiero muriendo alcanzarle,
pues a él solo es el que quiero,
que muero porque no muero.

Estando ausente de ti,
¿qué vida puedo tener,
sino muerte padecer
la mayor que nunca vi?
Lástima tengo de mí,
por ser mi mal tan entero,
que muero porque no muero.

En su blog “Ínsula Barañaria” (10 de abril de 2015), Carlos Mata Induráin, cita al editor de Santa Teresa contemporáneo a nosotros, el Padre Tomás Álvarez, quien dice sobre este que es un:

“Poema compuesto sobre la base de una letrilla vuelta a lo divino. Las estrofas glosan varios pensamientos o sentimientos <<paulistas>> que la Autora vive intensamente como propios. El poema es probablemente coetáneo del que compuso san Juan de la Cruz, inspirado en la misma letrilla (hacia 1572)...”¹⁵

Aunque subsiste una cierta duda bastante generalizada sobre la posible atribución a Santa Teresa de este poema – así como el de varios otros dentro de su escasa producción poética, pues su compilación no ocurrió hasta el siglo XVIII y se hizo esta a partir de la tradición oral recogida en los conventos carmelitanos- no tiene reserva en afirmar que el sentimiento de la composición es perfectamente congruente con el sentir de la monja y no hay elementos sólidos para negar su autoría.

No se asombra al lector con un despliegue opulento de metáforas y conceptos finamente bordados en la composición teresiana; el lenguaje es sencillo, así como auténtico el sentimiento. El sujeto humano, no sólo ha sido fabricado por Dios “a su imagen y semejanza”, sino que por recibir su “soplo” es también el recipiente de una fracción de la divinidad, y por tanto participa de igual sustancia permanente que su Creador. Y al dotarlo del poder

15. Santa Teresa de Jesús, *Obras completas*. Edición: Tomás Álvarez. 16va. ed. Burgos, Monte Carmelo, 2011. p. 1356, nota. Los famosos versos a los que se refiere el editor son aquellos que comienzan: “Vivo sin vivir en mí, / y de tal manera espero, / que muero porque no muero. // En mí yo no vivo ya/ y sin Dios vivir no puedo, / pues sin él y sin mí quedo, / ¿este vivir qué será?/ mis muertes se me hará/ pues mi misma vida espero, / muriendo, porque no muero...”

para decidir su destino, el terrible don del “libre albedrío”, le autoriza la impaciencia de pensamiento, no de obra, para poner fin y abreviar el camino donde restituirse a su principio generador.

Debe cumplir su destino, vivir pacientemente su vida (es su prueba y su acatamiento), hasta que llegue la hora señalada desde el origen de su recorrido; moderar su prisa, pero no por ello dejar de ansiar ese reencuentro donde todo comenzó y vuelve a él: se reintegra al Seno, del cual partió sólo para cumplir su tránsito de purificación y mortificación. Su centro no es estrictamente corporal y no se encuentra dentro, sino arriba; lo trasciende y supera: lo excede.

En realidad, la composición completa, más allá de su glosa y desglose obligado, gira y se resume en el quinto verso de la cuarta estrofa, cuando dice: “muerte do el vivir se alcanza”. Esa es la idea central: la muerte no sólo libera de la prisión corporal, sino que a través de ella se logra la vida eterna, la verdadera, la auténtica. El resto, es ilusión y vanidad.

Y cuenta, además, como una áurea espuela eucarística, con la promesa firme de la auténtica Vida. En la cárcel de su corazón se encuentra, preso de su amor, reo de su propio sacrificio, el Bien mayor, por la transustanciación que convierte al pan y el vino, en el cuerpo y la sangre del Amado. Así pues, la existencia es el penoso alejamiento del origen, pero al cumplirse su ciclo en el ejercicio de la paciencia y la entrega, se regresa a la fuente originaria. La idea es perfecta, impecable y conmovedora, muy distante al pensar y sentir hedonista de los tiempos actuales, pero explica su rápida difusión y plena aceptación en contextos muy diferentes y resulta, más que un poema, una oración entrañable: concebida especialmente para celebrar el momento de santificación posterior al rito de la comunión. Esta composición marca un hito en la forma de relacionarse con Dios en el acto supremo de la ingestión de su carne y sangre rituales.

El tópico de la muerte anhelada por amor de Dios, es anterior a Teresa (Escrivá es sólo una muestra¹⁶) y tiene, al menos, un

16. No sería quizá muy aventurado remontarse hasta sus orígenes en los “Textos de las Pirámides”, la “Epopeya de Gilgamesh” y el “Libro de los Muertos”, transcurriendo por las apoteosis de los héroes griegos y sus catasterizaciones divinizantes. La integración humana con la divinidad es un antiguo sentimiento

asombroso puente entre ella y Dulce María, pero no en las letras españolas, sino en las alemanas, como parte de un extendido *corpus* poético ancilar europeo:

Cuando Johan Sebastian Bach concibe en 1736 su obra “*Komm, süßer Tod*” (“*Ven, dulce muerte*”) (BWV 478) utiliza el libro de composiciones editado por Georg Christian Schemelli¹⁷, donde se reunían 69 canciones sacras así como algunas arias. Además de estas obras, que contaban en cada caso con una melodía y la indicación de un bajo figurado, se incluían 900 himnos más, que formaban el llamado *Schemelli Gesangbuch* (Himnario o Libro de Cánticos), pero sin duda la pieza musicalizada por Bach es la más atractiva del conjunto; se supone que la canción de cinco versos fue escrita especialmente para el *Himnario*. Bach percibe el carácter dramático y piadoso del ruego de un poeta para obtener la gracia de una muerte rápida y apacible, y de esta forma poder llevar su canto a los cielos, donde gozará en la contemplación del rostro del Redentor. El compositor emplea este poema ubicado alrededor de 1724:

Komm, süßer Tod, Komm selge Ruh!
 Komm Führe mich in Friede,
 Weilich der Welt bin müde,
 Ach Komm! Ich wart auf dich,
 Komm bald und führe mich,
 drück mir die Augenzu.
 Konne, selge Ruh!

¡Ven, dulce Muerte, ven, bendito descanso!
 Ven a conducirme hacia la paz
 porque estoy agotado del mundo,
 ¡Oh, ven! Te espero.
 Ven pronto y condúceme,
 cierra mis ojos
 ¡Ven, bendito descanso!

latente desde las culturas más antiguas.

17. Georg Christian Schemelli (¿1676-1680?- 1762). Cantor sacro y compositor. Su única publicación conocida es el *Musicalisches Gesangbuch* (Leipzig, 1736), donde reúne 954 himnos y otras composiciones.

El letrista y el compositor coinciden en asumir la Muerte como un descanso, pero más como culminación y acceso al bien supremo, que es la reintegración a lo divino, en la comunión perfecta y eterna. La pieza es un aria y se incluye en un conjunto textual que vinculaba los libros de himnos de aliento luterano y de carácter y sentido pietista.¹⁸ El *pietismo*, enlazado estrechamente con el protestantismo y el anabaptismo, resaltaba la experiencia religiosa personal sobre el formalismo ritual, y promovía el estudio y comentario de los textos sagrados, apoyando una proyección al misionerismo. Las comunidades de lecturas sagradas difundidas por Spener, llamadas *Collegia pietatis*, rebasaron Alemania y se extendieron hasta Inglaterra, y de ahí pasaron con los peregrinos emigrantes a las Colonias Inglesas en América. La esencia del pietismo negaba la separación radical entre lo secular y lo espiritual, y defendía una participación más activa de los laicos en la vida de la Iglesia como institución. Así no debe resultar extraño que los ecos de Santa Teresa, a través de un probable receptor alemán, se difundieran en este universo geográfico, llegaran hasta las riberas del Hudson en el temprano siglo XVII, y se fundieran allí con un acento original propio del misticismo puritano.

400 años después de Santa Teresa y 200 de Bach, Dulce María Loynaz escribe uno de sus “Poemas dispersos”¹⁹ de 1958:

“La hija pródiga”

¿Qué me queda por dar, dada mi vida?
 Si semilla, aventada a otro surco,
 Si linfa, derramada en todo suelo,
 si llama, en todo tenebrario ardida.

¿Qué me queda por dar, dada mi muerte
 también? En cada sueño, en cada día;

18. El *pietismo* fue una corriente espiritual protestante, formulada por Philipp Jakob Spener (Alsacia, 1635-Berlín, 1705), fundamentalmente en su obra *Deseos piadosos* (1675).

19. Así nombrados por su compilador, Pedro Simón, en Dulce María Loynaz, *Poemas escogidos*. Universidad de Alcalá, Colección Premios Cervantes, 1992. p. 185.

mi muerte vertical, mi sorda muerte
que nadie me la sabe todavía.

¿Qué me queda por dar, si por dar doy
-y porque es cosa mía, y desde ahora
si Dios no me sujeta o no me corta
las manos torpes- mi resurrección!...

Se trata de uno de los últimos poemas escritos por Dulce María, pues después sólo escribió escasamente prosa. Ella me confesó en alguna oportunidad que “la poesía era un asunto para mujeres jóvenes. Eso de ver una mujer anciana componiendo poemas de amor resulta trágico, casi grotesco”²⁰. En plena madurez, apenas a los 57 años, ella se distancia de la poesía.

Es un poema que aunque difundido, no ha recibido demasiada atención de la crítica. Que conozca, sólo un estudioso lo ha considerado²¹. El crítico Humberto López Cruz ha realizado incisivas precisiones de la pieza, que apuntan hacia un descubrimiento de la composición como un caso significativo dentro de la producción de la poetisa:

“Esta es la culminación del desarrollo del yo-íntimo loynaciano; la voz poética ha dado todo de sí, ahora insiste en ofrecer su resurrección. No solamente ha sugerido la presencia de un

20. En 1984 trabajaba yo como periodista en la Dirección de Prensa y Divulgación del Ministerio de Cultura de Cuba, donde Senel Paz, otro amigo y yo hacíamos un suplemento cultural semanal llamado *Cartelera*. La encargada de la Dirección era Gilda Betancourt Roa, quien conociendo mi cercanía con ella, me pidió consiguiera de Dulce María unos poemas para publicar en la revista *Revolución y Cultura* (1985), dedicada a las poetisas cubanas. Y Dulce, cuando cumplí el pedido, accedió, pero antes me preguntó quiénes eran las otras convocadas para el número; le mencioné —entre varias— a Fina García Marruz, Clea Solís y... Carilda Oliver Labra. Ahí Dulce tuvo un sobresalto y me dijo: “Te doy los poemas pero te pido por favor cuides que no aparezcamos en páginas contiguas Carilda y yo...” Le pregunté intrigado por qué, y me explicó con una suave sonrisa: “Es que ella y yo hacemos una poesía muy diferente...” Y a continuación me dijo lo que ya cité arriba. Los poemas que me entregó —manuscritos autógrafos— son los de *Bestiarium*, escritos en su adolescencia.

21. Humberto López Cruz, “El yo íntimo de Dulce María Loynaz en tres poemas desubicados”. *Romance Notes*

Ser superior de quien va a acatar sus mandatos sino que ahora acepta sin cuestionamiento el milagro de la resurrección. La hija pródiga bíblica permanece en el seno hogareño dando todo: vida, muerte y resurrección (...) ahora es una voz poética que sublima el instante y ofrece su resurrección como máximo sacrificio”.

El estudioso percibe un vínculo estrecho y progresivo con otros dos poemas que le sirven de preámbulo, formando así un trío compositivo de intenciones consecutivas y progresivas, observación que me parece muy acertada.

Por mi parte, apoyado en este juicio de López Cruz, me gustaría intentar una relectura de “La hija pródiga”, pero teniendo en cuenta, además de su texto, el contexto donde se produce. Firmada en 1958, la pieza insinúa a mi modo de ver otra posible lectura, complementaria de la anterior. Ese año Cuba se debate en medio de una cruel guerra civil, con numerosos muertos y dolores sin límite. Dulce María regresa al país y decide permanecer en él y correr su suerte. Advierto que este hecho personal no ha sido percibido suficientemente: es su propio regreso como “hija pródiga” en un momento especialmente cruento de su país, y el poema entonces viene a ser una declaración de fe patriótica, acento muy poco frecuente en su poesía pero tampoco ausente por completo de ella.

Mi propuesta de interpretación consiste en reorientar el destinatario de la voz lírica: no es Dios, es Cuba. Ilustra la parábola del vástago extraviado que regresa al hogar, a la cuna, a la *matria* nutricia, después de un alejamiento hedonista, viajando por el mundo, gozando los placeres de una existencia cómoda, en una felicidad egoísta. Después de disfrutar otros horizontes, retorna al origen y la composición puede verse también como un “mea culpa” por su anterior olvido individualista. Es un acto de purificación, la expresión de una voluntad de expiación y asunción del martirio. Traza una *vía purgativa*, en una escala de perfección más que espiritual, de pertenencia a su origen. Ha cerrado un ciclo. La patria dolida llama a su puerta, la misma patria a la que su padre, soldado y poeta, dedicó su poema más memorable, que fue, por cierto, un himno de guerra. Se impone aquí abrir un paréntesis para reseñar la figura paterna en la vida de la Loynaz.

Enrique Loynaz del Castillo nació en Santo Domingo en 1871, durante el exilio político de sus padres; su padre, Enrique Loynaz Arteaga, fue un Capitán del Ejército Libertador en 1868, dueño y capitán de la goleta *Galvanic*, donde transportó armas para la guerra y este fue de hecho el primer navío de la flota independentista cubana. Siguiendo este ejemplo, el joven Enrique se alistó como soldado a los 15 años y en su brillante ejecutoria militar participó en 88 combates durante la contienda emancipadora de 1895. Terminó la guerra con el grado de General de Brigada del Ejército Libertador, y en 1906, reconociendo su heroica hoja de servicios al país, recibiría el máximo grado como Mayor General del Ejército de la República de Cuba. Fue un buen amigo de José Martí, Máximo Gómez y de Antonio Maceo (a quien sirvió como ayudante personal); tuvo también una cierta actividad literaria, pues era poeta como muchos jóvenes ilustrados de la época, y participó en 1893 en la fundación del semanario separatista *El guajiro*, y más tarde, en Costa Rica, dirigió la revista *Prensa libre*. Era el asistente del General Serafín Sánchez y estaba a su lado al ser este herido mortalmente, y rescata su cadáver siendo gravemente lesionado, cuando aquel cae en la Batalla del Paso de las Damas, suceso que relata conmovedoramente en sus *Memorias de la guerra*²². Fue uno de los miembros de la Asamblea Nacional Constituyente de la República en Armas en Jimaguayú, de donde brota la legislación provisional de la guerra libertadora; y al acampar con la tropa de Antonio Maceo en la Finca “La Matilde”, cerca del poblado de Najasa, en el Camagüey caballeresco y heroico de sus antepasados, encuentra en una ventana de la casa señorial que pertenecía al suegro del héroe Ignacio Agramonte, unos oprobiosos versos anónimos de aliento hispanófilo, pues el ejército español la había ocupado antes. El 15 de noviembre de 1895, como él mismo cuenta, sintió la inspiración para responder esos versos infamantes, pero a los que se negó fueran borrados, pues “las letras y las artes, bajo cualquier bandera, son

22. Muchos años más tarde, en 1989, Dulce María logró su sueño más querido: publicar estas *Memorias* de su padre, que ella misma transcribió y preparó. Después de recibir muchas promesas de distintos funcionarios cubanos, como ya he dicho en otras oportunidades, fue la gestión decisiva de Lucía Sardiñas la que hizo posible que Dulce viera convertido en realidad su deseo, y recibiera una gran felicidad: la hija del General había cumplido.

patrimonio universal, ajeno a los conflictos de los hombres”²³, y en la otra hoja de la ventana dibujó una bandera cubana, y bajo ella escribió de un tirón en un arranque de febril inspiración, esta composición que primero quiso titular “Himno a Antonio Maceo”, pero el propio homenajeado declinó y prefirió el nombre que le quedó:

Himno invasor

¡A las Villas, valientes cubanos,
a Occidente nos llama el deber,
de la Patria a arrojar los tiranos!
¡A la carga: a morir o vencer!
De Martí la memoria adorada
nuestras vidas ofrenda al honor,
y nos guía la fúlgida espada
de Maceo, el Caudillo Invasor.
Alzó Gómez su acero de gloria,
y trazada la ruta triunfal,
cada marcha será una victoria:
la victoria del Bien sobre el Mal.
¡Orientales heroicos, al frente;
Camagüey legendaria avanzad:
Villareños de honor, a Occidente,
por la Patria, por la Libertad!
De la guerra la antorcha sublime
en pavesas convierta el hogar;
porque Cuba se acaba, o redime,
incendiada de un mar a otro mar.
A la carga, escuadrones volemós,
que a degüello el clarín ordenó;
los machetes furiosos alcemos,
¡Muera el vil que a la Patria ultrajó!

23. Conferencia el 12 de febrero de 1943, en la Sociedad de Artes y Letras de La Habana, ubicada en la Casa de Maternidad y Beneficencia, donde ahora se levanta el Hospital “Hermandad Ameijeiras”.

Prudente y político en tiempos de paz, el autor reflexionó sobre la carga emocional de su himno y la atemperó, pues “alguna que otra estrofa, innecesaria, escrita en aquella ventana, fue por mí suprimida, o modificada durante la campaña, por no avivar innecesarios odios”²⁴.

Loynaz, guerrero libertario, no terminó sus servicios a la patria al culminar la independencia. Combatió los intentos reeleccionistas como buen republicano demócrata, comprometido y convencido, de sucesivos presidentes como Estrada Palma, García Menocal y Machado. Y hasta a Trujillo, dictador dominicano, se opuso con valentía.

Este *Himno Invasor* sería el que acompañaría la campaña definitiva de independencia de 1895 a 1898, y se convertiría de hecho y por derecho propio, en el **otro** *Himno Nacional de Cuba* durante muchos años. Al morir en Cuba el 10 de febrero de 1963, el venerable Mayor General, el héroe de cien batallas, el fiel servidor de la República, el intachable guerrero de la patria, fue enterrado sin honores militares y ni siquiera apareció la noticia de su muerte en la prensa ya dominada por el gobierno de Castro. Dulce María y sus hermanos llevaron en silencio el cadáver del padre a la Necrópolis de Colón, sin una bandera que cubriera sus restos, carencia especialmente oprobiosa para él que la defendió en los campos de batalla siempre con honor y valentía. Dulce me confió que ese fue el día más triste de su vida, no sólo por la muerte del padre, sino por el doloroso agravio de su entierro. Se marchaba, en ominoso e ingrato silencio, aquel que fue aclamado como “El Coloso de la Independencia” cubana, el último general mambí.

Muchos años después, el biógrafo de Dulce María, Aldo Martínez Malo, al prologar el libro *Fe de vida* (1993), aludiría velada y discretamente a esos años terribles en la vida de la poetisa, al señalar que “las décadas de los 60 y 70 fueron lamentables” para ella, por la pérdida de sus padres y el esposo, pero no menciona nada de las circunstancias del entierro del General.

En “La hija pródiga” se expresa la queja por la insatisfacción ante el sacrificio, cuando todo se ha entregado a la perentoria demanda de abandono. Nada queda por dar y aún continúa la exigencia.

24. Conferencia citada.

No obstante, además del conflicto individual representado, advierto la posibilidad de cierta intertextualidad del poema, pero con una pieza dramática de otro autor, conocido por Dulce María y amigo cercano de su familia: Enrique José Varona, el gran filósofo y educador cubano, siendo muy joven (21 años) publica en 1870 una obra de teatro de carácter alegórico, reprochando el reciente levantamiento independentista, de la cual abjuraría posteriormente, al grado de llegar a ser Vicepresidente de la República de Cuba, durante el mandato del General Mario García Menocal (1913-1917). El joven, horrorizado ante la lucha fratricida y la muerte desatada, repele la violencia y hace un llamado a la conciliación y la paz. Esta obrilla, de aliento integrista y propósito conciliador y exculpatorio, es también una confesión de culpas y un pedido de absolución, que la crítica tradicional ha preferido olvidar y apenas es mencionada. Pero en sus tímidos y vacilantes versos juveniles, el poeta-filósofo exculpa la insurrección como la rebeldía de la joven inexperta, frente a la madre severa pero comprensiva y que perdona todo: la difícil relación entre Cuba y España. No puedo afirmar, pero tampoco dudo, que Dulce María tuviera alguna referencia sobre esta pieza de Varona, quizá recibida de su mismo padre, el General Loynaz del Castillo, cercano a Varona y su coterráneo además. Luego entonces, al escribir su poema de 1958, es probable que fluyera a ella el vago recuerdo del título de aquella obra perdida en la memoria de sus lecturas de juventud.

Cuatrocientos años separan los poemas de la española y la cubana; sin embargo, a pesar de los cuatro siglos de distancia entre uno y otro, se cruza un vínculo entre ellos de fuerte soldadura. Aunque ambas mujeres se mueven en mundos muy diferentes, con un escenario radicalmente distinto uno del otro, se establece una secreta comunicación entre ambas.

Teresa expresa la devoción sublime, reclama el sacrificio, y ofrece la entrega absoluta; Dulce confiesa la suave entrega, el abandono, con algo de queja. Ambas le hablan al mismo Dios, pero con voces y sentimientos muy diferentes. Sin embargo, coinciden en ansiar un bien superior que se alcanza por el voluntario desprendimiento. Teresa es una mística integral; tiene raptos, levitaciones, arrebatos y transverberaciones asombrosas;

Dulce es religiosa, pero su mundo sensorial es más atrayente y seductor. Lo que aquella ve como natural y necesario, esta lo acepta como posible.

Este circunstancia compartida de un sentimiento que traspasa siglos y fronteras, llega en sus sorprendentes vueltas a anidar en un texto inesperado. Se ha comentado desde lejana fecha la similitud melódica del *Himno Nacional* cubano con aquella aria “*Non più andrai*” de la ópera “Las bodas de Fígaro” (1786) de Mozart²⁵, tonada que repite al final de otra de sus obras, “Don Giovanni”. La letra de esta pieza de “Perucho” Figueredo²⁶, según los testimonios, fue concebida apresuradamente por su autor mientras cabalgaba, apoyado en el arzón de su montura –como mismo dicen que Alonso de Ercilla escribió gran parte de su poema “*La Araucana*”- y constaba inicialmente de cuatro estrofas, de las cuales luego se suprimieron dos, pero de las dos que finalmente quedaron establecidas y forman parte actual del *Himno Nacional* de Cuba, se pueden apreciar en cuatro de sus versos un eco especialmente perceptible de aquel antiguo tópico proveniente desde Escrivá, y que pasa por Santa Teresa:

Al combate corred, bayameses,
que la patria os contempla orgullosa:
no temáis una muerte gloriosa
que morir por la patria en vivir.
En cadenas vivir, es vivir
en afrenta y oprobio sumidos:

25. El musicólogo Cristóbal Díaz Ayala (autor de *Música cubana: del areíto a la Nueva Trova*, 1981) señala como sus fuentes para mencionar este punto a Manuel Márquez Sterling (nieto del prócer) y Pedro Machado de Castro. A este asunto se refiere en detalle Roberto Ignacio Díaz en su estudio “El espíritu de Cuba y el espectro de la ópera” (*Revista Encuentro*, Madrid, N° 53-54, verano-otoño, 2004).

26. Pedro Felipe Figueredo y Cisneros, “Perucho” (18 de febrero, 1818 – 17 de agosto de 1871), es el autor de la letra y la música de la pieza que primero fue parte de un *Te Deum* interpretado en la Iglesia Mayor de San Salvador de Bayamo el 11 de junio de 1868, más tarde se conoció como “La Bayamesa”, y finalmente fue consagrado como “Himno Nacional de Cuba”, cantado por primera vez el 20 de octubre de 1868. Posteriormente tendría modificaciones de la letra, el arreglo musical y su orquestación, establecida definitiva y finalmente por el maestro Odilio Urfé en 1983.

del clarín escuchad el sonido,
a las armas valientes corred.

Además de la señalada *contrafacta* musical –de antigua so-
lera- se puede advertir una “vuelta a lo profano” del tema de la
muerte liberadora, pero en este caso específico de modo muy es-
pecial. Propiamente, más que una “vuelta a lo profano”, deberí-
amos señalar una *reconversión*: pues es una “vuelta de lo sagrado
religioso a lo sagrado civil”, una suerte de laicización solemne
de un tema sacro.

Basta realizar la operación de sustituir la Patria por Dios, las
cadenas civiles por las ataduras corporales y entender la “muerte
gloriosa” como aquella que permite el acceso a la inmortalidad,
para percatarnos de la semejanza. Esto no debilita sino por el con-
trario, refuerza la sacralidad del himno patriótico. Si Escrivá so-
licitaba la muerte que le permitía el tránsito hacia una vida supe-
rior, el sentimiento en Teresa es más agónico, más “unamuniano”
-si se me permite la extrapolación- de mayor angustia existencial,
pues el deseo de realización completa y perfecta está impedida
por una condición casi insalvable, entorpecida por la misma con-
dición humana. Ambos autores –Escrivá y Teresa- provienen o
son cercanos al sentir y pensar medieval, renacentista y barroco,
en la austeridad esencial del alma castellana, y su cristianismo
es original, sencillo y primigenio, sin afeites, adornos, excusas
ni disimulos. En la composición alemana de Schemelli-Bach, el
tópico adquiere ya su condición de himno, pero en la -intuitiva,
casual o no- *contrafacta* de Figueredo, formado en el canon del
que toman parte lo mismo Escrivá y Teresa que Mozart y Bach,
se produce la derivación hacia un sentimiento terrenal, como es
la noción de patria, y se trata ya de un autor ubicado en el roman-
ticismo nacionalista, emancipador y libertario.

Dios es sustituido por la Patria, la Religión del más allá por la
nueva Religión del acá y del ahora; una es la de la Obediencia, y
la otra la de la Libertad: una lleva a la Gloria de los mártires, la
otra conduce al Panteón de los héroes. Por Escrivá y Teresa han
pasado ya Rousseau y Robespierre cuando le llegan a Figueredo
y Loynaz. Pero en última instancia el precio del sacrificio es el
mismo, y luego de él se recibe un premio: vida eterna en el seno

de Dios para los primeros; vida eterna en el culto de la Patria en los otros. “La patria es ara, no pedestal” dirá otro gran místico, José Martí, lector devoto de los clásicos españoles, en especial de San Juan de la Cruz, Fray Luis de León, Santa Teresa de Ávila, Gracián, Saavedra Fajardo y los Argensola, de los grandes tratadistas morales del universo renacentista y barroco hispánico. Ese sustrato se transluce en el interés martiano por fijar y consagrar el texto de Perucho como parte de una epopeya civil; ciudadana, ya no religiosa, o al menos donde lo religioso se remite no a una entidad divina extraterrenal, sino al nuevo culto de la patria.

Así el tópic original transitó de un asunto lírico a otro épico, la antigua canción de amor divino deviene canto de batalla y luego, se consagra como un himno nacional. El tropo se ha actualizado en su devenir histórico y ha adquirido una nueva connotación, acorde con los tiempos, lo cual es prueba de su perdurabilidad y eficacia poética, pues expresa el sentimiento humano universal de la trascendencia, representando el tránsito de la mística religiosa a la mística libertaria. Son otros tiempos históricos y espirituales, pero el sentimiento es equivalente, si no igual. Este joven exaltado que llega a sus escasos 22 años a tierra mexicana, figura como el nuevo sacerdote de un culto extraño y tremendo, el de la patria. Así dice:

*“El culto es una necesidad para los pueblos. El amor no es más que la necesidad de la creencia: hay una fuerza secreta que anhela siempre algo que respetar y en qué creer (...) Extinguido por ventura el culto irracional, el culto de la razón comienza ahora. No se cree ya en las imágenes de la religión, y el pueblo cree ahora en las imágenes de la patria. De culto a culto, el de todos los deberes es más hermoso que el de todas las sombras.”*²⁷

Tánatos y Patria son elementos fatalmente indisolubles en el discurso político y sentimental cubano, con esa suerte de pul-

27. En el primer artículo que publica José Martí en su primera estancia en México, aparecido en la *Revista Universal* con el seudónimo de “Orestes”, el 7 de mayo de 1875, relata los festejos cívico-patrióticos por la celebración de la Batalla de Puebla contra el invasor francés, en el pueblo de Tlalpan, antiguamente conocido como San Agustín de las Cuevas, que además de un acto público en la plaza principal, incluyeron la inauguración del Panteón civil que primero llevó el nombre de “5 de Mayo” y hoy se conoce como “20 de Noviembre”.

sión suicida a la cual se refirió Guillermo Cabrera Infante y que expresa como nadie el propio José Martí, obsesionado con una permanente voluntad de aniquilación y trascendencia: “Morir es vivir, morir es sembrar”.

Así pues, teniendo en cuenta lo anteriormente expuesto, se puede apreciar que una idea caballeresca del temprano siglo XVI con Escrivá, convertida en tópico poético relevante a mediados del mismo XVI por Teresa de Ávila, quien la magnifica y fija con esmaltes misticistas, se traslada a la lengua alemana en el XVIII con sus resonancias pietistas y salta transoceánicamente hasta la Nueva Inglaterra de los pioneros peregrinos, en el XIX anida en dos himnos nacionales románticos, y desemboca en un poema de apariencia amorosa, pero con toda posibilidad simbólicamente patriótico de la Loynaz en 1958, entre los dolores de una violenta guerra civil.

Con todo este camino desde el siglo XVI hasta el XIX y una prolongación hasta mediados del XX, se demuestra una vez más que “en la cultura, lo que no es tradición, es plagio”.

La Academia Cubana de la Lengua y la Real Academia Española: un vínculo hispanocubano en varios tiempos¹

La Academia Cubana de la Lengua (ACuL) se fundó el 19 de mayo de 1926², a menos de un cuarto de siglo de haberse logrado la independencia del país, y estuvo integrada desde sus comienzos por un grupo de prestigiosos intelectuales de la época, provenientes de las más diversas tendencias y posiciones políticas, literarias, estéticas e ideológicas, con el propósito común de trabajar por la defensa del idioma español y su estudio. El primer Director de la ACuL fue el filósofo y político Don Enrique José Varona.

Durante mucho tiempo, la ACuL se mantuvo por el apoyo único y personal de sus miembros, y desarrolló una activa participación en los foros lingüísticos internacionales. Fue un notable académico cubano, Don Adolfo Tortoló, quien presentó en Madrid (1955) en el escenario del II Congreso de Academias de la Lengua, su ponencia “La legitimidad gramatical de la pronunciación hispanoamericana” y logró se aprobara una moción reconociendo la propiedad y pertinencia del seseo hispanoamericano.

Miembros prominentes de la ACuL fueron profesores y ensayistas como Don Raimundo Lazo Baryolo y juristas como Don Ernesto Dihigo y López Trigo, hijo del ilustre filólogo Don Juan Miguel Dihigo y Mestre, fundador de los estudios de fonética experimental en la isla. Don Ernesto fue un distinguido universitario, pues impartió clases de Derecho en la Universidad de La Habana durante muchos años y fue el representante cubano para la firma de la constitución de la Organización de Naciones Unidas en la ciudad estadounidense de San Francisco en 1945.

1. Publicado en: *Madrid habanece. Cuba y España en el punto de mira transatlántico*. Ángel Esteban, Editor. Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2011. pp. 251-268.

2. Su primer director fue Enrique José Varona. Le siguieron, hasta la actualidad, Mariano Aramburo y Machado, José María Chacón y Calvo, Antonio Iraizoz, Ernesto Dihigo López-Trigo, Dulce María Loynaz Muñoz, Salvador Bueno, Lisandro Otero y Roberto Fernández Retamar.

Perteneció, junto a Manuel F. Gran y Raimundo Lazo, al grupo de prestigiosos intelectuales que al triunfar la Revolución Cubana el dos de enero de 1959, fueron nombrados por el Presidente Provisional Manuel Urrutia Lleó como embajadores de la isla en Francia (Gran), la UNESCO (Lazo) y Washington (Dihigo). Resultó una fugaz “luna de miel” entre el nuevo poder cubano y los intelectuales del *ancien régime*, cuando el proceso revolucionario se definía aún como “más verde que las palmas” y con un ideario democrático y liberal.

La Academia Cubana guardaba con la Real Academia Española una relación fraternal, nunca de supeditación, aunque reconociendo la precedencia de la corporación fundada por Felipe V en 1715. De esta manera, colaboraron en medio de circunstancias desfavorables y hasta adversas, y la primera participó en Congresos de las Academias de la Lengua como los de México (1951) y Madrid (1955).

Estrechamente vinculadas con la Academia Cubana de la Lengua se encontraban otras asociaciones afines en sus propósitos, como la Sociedad de Conferencias de La Habana (6 de noviembre de 1906)³, la Academia de la Historia (20 de agosto de 1910)⁴ y la Academia Nacional de Artes y Letras (31 de octubre de 1910)⁵. Un rasgo sustantivo de estas instituciones era la pluralidad artística e ideológica de sus integrantes, desde liberales

3 “La Sociedad de Conferencias se debió a los empeños de un grupo de hombres de la primera generación republicana, pero sus propios fundadores mostraron especial interés en obtener la colaboración de los hombres de la anterior generación, entre los cuales se contaban las mentalidades más altas y reverenciadas con que contaba Cuba en aquel momento: Varona, Sanguily, González Lanuza, Montoro, José Varela Zequeira, Juan Gualberto Gómez, Eliseo Giberga, Alfredo Zayas y otros más. La Sociedad de Conferencias, iniciativa de la generación joven, fue por tal causa, la obra de dos generaciones, y aún pudo decirse, más adelante, que lo fue de tres, pues también la segunda generación republicana fue llamada a colaborar en este propósito.” Max Henríquez Ureña. *Panorama histórico de la literatura cubana*, La Habana, Edición Revolucionaria, 1967, T. II, p. 272.

4. Fundada durante el gobierno del Presidente José Miguel Gómez, por iniciativa del titular de Instrucción Pública, Mario García Kohly. Su primer Presidente fue Don Evelio Rodríguez Lendián.

5. Fundada también durante el gobierno de José Miguel Gómez, su primer Presidente fue Don Antonio Sánchez de Bustamante y Sirvén.

como Varona hasta nacionalistas de izquierda como Emilio Roig de Leuchsenring.

En agosto de 1951, por un decreto del Presidente Carlos Prío Socarrás⁶, se le reconoció carácter oficial como “de interés público” y otorgó apoyo económico y material para las tres academias, a las cuales se les concedió en comodato el inmueble del antiguo Palacio del Segundo Cabo o de los Tenientes Gobernadores de La Habana, en la Plaza de Armas de la Habana Vieja, con un modesto presupuesto para atender sus necesidades esenciales. Los académicos continuaron, como hasta entonces, sin percibir retribución alguna por sus labores, realizadas de forma paralela con sus actividades profesionales. En las tres instituciones se encontraban numerosos intelectuales opuestos a los sucesivos gobiernos cubanos, sin que se afectara por ello su pertenencia a las mismas.

En 1960, la Academia Cubana de la Lengua, al igual que sus otras dos corporaciones afines, fueron desposeídas de los espacios arriba citados, su patrimonio incautado y disperso en instituciones “revolucionarias” como la flamante Academia de Ciencias de Cuba, y suprimido el modesto presupuesto que le fuera acordado anteriormente para apoyar al menos de forma mínima y casi simbólica, sus necesidades. Las Academias de la Historia y de Artes y Letras desaparecieron en ese momento, pero la ACuL fue sostenida desde entonces por sus miembros y se afincó en la casa de Antonio Iraizoz, más tarde en la de Ernesto Dihigo, y finalmente en la de Dulce María Loynaz, hasta la muy reciente fecha del 11 de enero de 2010 en que por gestión de uno de sus miembros actuales, Eusebio Leal Spengler, se le abrió espacio en un piso del Colegio de San Jerónimo, en La Habana Vieja, en lo que fuera por muchos años el Ministerio de Educación de Cuba, y antes estuviera ubicada la Universidad de San Jerónimo de La Habana, en las calles de Obispo y San Ignacio.⁷

6. Y no de Fulgencio Batista Zaldívar, como dijeron alguna vez unos personeros para tratar de manchar la reputación de la ACuL con el calificativo de “madriguera batistiana”...

7. A mediados de los años 80, participé en una gestión, frustrada por ambiciones personales de algunos cuyos nombres callo, para conseguir un local donde se pudiera establecer la ACuL. Se vieron varios espacios pero el que más interés logró fue el de una antigua sinagoga ubicada en la Avenida de los Presidentes,

España y Cuba: una relación difícil de más de cinco décadas

Durante 56 años, desde la instauración de la República de Cuba el 20 de mayo de 1902, las relaciones entre España y la isla fueron normales y durante períodos prolongados francamente buenas. No ocurrió como en otros países hispanoamericanos recién independizados, donde el odio al hispano flotó en las espesas atmósferas nacionalistas durante varias décadas, provocando incluso la expulsión total de españoles, según sucedió en México en 1827. En Cuba, por el contrario, la antigua “madre patria” quedó convenientemente distanciada, pero no tanto que significara cortar los lazos históricos, culturales y sanguíneos que unían ambas naciones. Durante más de medio siglo de vida republicana democrática, Cuba siguió siendo uno de los destinos preferidos por los emigrantes españoles, quienes respondían a la imagen que identificaba la isla como una nueva Jauja. La peculiar relación que se estableció entre España y Cuba creo puede resumirse con esa melancólica afirmación hispana que forma parte del habla cotidiana, como consuelo cuando algo muy valioso se malogra: “Más se perdió en la Guerra de Cuba”. Baste recordar que Antonio Cánovas del Castillo había decidido sacrificar en la guerra contra los insurrectos cubanos “hasta el último hombre y la última peseta”, y que en la isla antillana habían combatido ejércitos españoles más numerosos que los que pelearon en todas las guerras por la independencia de Hispanoamérica, como afirmó nada menos que el primer presidente de la Primera República Española, Francisco Pi y Margall.

Sin embargo, esta sosegada y casi familiar relación entre ambos países se vio turbada a partir de enero de 1959, con el triunfo militar de la insurrección popular contra el dictador Fulgencio

en El Vedado, esquina con la calle 21. Se conversó con los encargados de dicha agrupación religiosa y estuvieron de acuerdo en ceder el lugar a cambio de que se les restaurara otra sinagoga ubicada en Centro Habana. En esas gestiones conté con el apoyo decidido y generoso de una funcionaria honesta del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, la Doctora Lucía Sardiñas, que hoy puede dar fe y testimonio de ello. Conservo en la memoria varias anécdotas verdaderamente surrealistas de algunos que entorpecieron y finalmente frustraron esta gestión, con los comentarios cáusticos que Dulce María Loynaz me confió, los cuales narro más adelante en este texto.

Batista, que terminó dirigiendo Fidel Castro Ruz. Hijo de un gallego venido a la isla para pelear contra los guerreros independentistas cubanos, y quien amasó una confortable fortuna, el flamante Primer Ministro Castro no tardó en dar pruebas de un carácter atrabiliario y peleonero, digno de sus mejores años en el “bonche estudiantil” de la universidad habanera, cuando las calificaciones se obtenían a punta de pistola de los aterrados catedráticos. El 5 de enero de 1960, vísperas de los Santos Reyes, Castro atacó directamente en la televisión cubana a la Embajada Española en La Habana, acusándola, sin pruebas, de realizar “conspiraciones fascistas y contrarrevolucionarias”. El entonces Embajador español, Juan Pablo de Lojendio, Marqués de Vellisca, convaleciente de una operación quirúrgica, no dudó en presentarse –con mejor ánimo que tino y prudencia- en el estudio donde todavía hablaba el Primer Ministro, y lo interrumpió para afirmar que mentía y exigir una retractación. De inmediato, el mandatario cubano decretó su expulsión del país en menos de 24 horas. Este incidente, sin precedentes, estuvo a punto de provocar que las relaciones entre España y Cuba se quebraran, lo cual no dudó Castro en hacer; sin embargo, fue la decisión del Jefe de Estado español, Francisco Franco Bahamonde, quien impidió esto, pues ordenó se manejara con suma calma y discreción el asunto y lo resumió en una frase a su Canciller Fernando Castiella: “Con Cuba, cualquier cosa, menos romper”. Esta línea, dispuesta por quien fue llamado Caudillo de España, ha sido seguida, con altas y bajas, por todos los gobiernos españoles desde la Transición y los gobiernos de la democracia, con un amplio espectro político, hasta la fecha de hoy.

Teniendo esto en cuenta, desde 1960 a 1975 –fallecimiento de Franco- los diplomáticos españoles tuvieron mucho cuidado y aplicaron su mejor empeño para que nada pudiera nublar siquiera las relaciones entre ambos países, aunque en Cuba el gobierno organizara campañas a favor de Julián Grimau en 1963 y en contra del fusilamiento de los cinco miembros del FRAP, en septiembre de 1975, así como servir de guarida a numerosos líderes etarras. Al mismo tiempo, numerosos exiliados republicanos españoles ocupaban posiciones importantes en el gobierno revolucionario, como Luis Amado Blanco (embajador de Cuba en Portugal y la

Santa Sede) y Manolo Ortega (maestro oficial de ceremonias del gobierno cubano). No obstante, en este juego de difíciles duplicidades, Castro nunca reconoció al gobierno republicano español en el exilio, como sí hizo, más rectamente, México, desde 1939. No deja de producir al menos asombro, si no absoluto estupor, que cuando muere Franco el 20 de noviembre de 1975, Fidel Castro decreta tres días de duelo oficial, honor que no recibió al fallecer Mao Zedong...

Con el advenimiento de la democracia en España por vía de “la solución biológica”, sin embargo, la situación entre ambos países lejos de facilitarse, se complicó: ¿cómo explicar que un país donde reinan plena e irrestrictamente las libertades y los derechos de las personas tenga relaciones con otro donde sucede todo lo contrario? Después del período de Adolfo Suárez, al ocupar el joven Felipe González la Presidencia del Gobierno, es cuando se reanudan, paradójicamente, los roces y encontronazos que no se habían producido desde el “affaire Lojendio”. Se vuelve a poner sobre el tapete de negociaciones la indemnización de los ciudadanos españoles a quienes se expropiaron sus bienes en la Cuba de Castro, y hasta en el plano anecdótico se producen escenas dignas de la ópera bufa, como las que narra el testigo presencial Alfredo Bryce Echenique en su libro de antimemorias *Permiso para vivir*.

A pesar de estos choques entre “los grandes”, los embajadores españoles en la isla procuraron hacer su trabajo lo mejor posible dentro de circunstancias adversas y en ocasiones particularmente difíciles. Las relaciones con la intelectualidad cubana se traducían en comidas memorables que aliviaban a los favorecidos de la dieta “revolucionaria” impuesta por la Cartilla de Racionamiento, conocida sólo como “La Libreta” (la muy temida e inevitable, bautizada oficialmente con el eufemismo de “Libreta de Abastecimientos”). El poeta y sacerdote Ángel Gaztelu me contó esta anécdota: un día, el embajador español invitó a comer a José Lezama Lima —famoso por su apetito— y a él en su residencia. Envío su auto oficial con chofer a buscar al padre en su Iglesia del Espíritu Santo en La Habana Vieja y a Lezama en su mítica casa de Trocadero 162, para llevarlos a la exclusiva zona de Miramar. Cuando llegaron ante la verja de la mansión, esta

franqueó el paso y entonces Lezama, abriendo teatralmente los brazos exclamó: “¡Regocijémonos, Padre, que hemos llegado a las Minas de Matahambre!”

Otro embajador español tomó parte involuntaria en un incidente algo chusco en relación con la Academia Cubana de la Lengua. Cuando inicié la gestión que ya referí para conseguir un local digno donde se pudiera establecer la Academia, motivos de salud me impidieron continuarla durante un mes, situación que aprovechó un poco escrupuloso académico entonces para personarse ante el diplomático hispano y pedirle que apoyara a la corporación con una lista de provisiones. Recuperado a medias de mi enfermedad, cuando fui a visitar a Dulce María ella me tomó las manos y llorando me dijo, con una rabia que apenas podía contener: “¿Sabes, ‘Benjamín’ –así me llamaba, por ser el más joven de los miembros- lo que ha hecho ‘Fulano’⁸? ¡Fue a ver al embajador español y le pidió que para la nueva sede de la Academia mantenga con recursos de la embajada un bar con productos españoles (jamones, chorizos, vinos de Rioja, salchichones...! ¡Vi la lista, de su mano)! El embajador, tan educado, me llamó para preguntar si eso es cierto... Y le dije que no estaba enterada y por favor que no le hiciera ningún caso”. Por otro lado, este “activo” académico también fue a la sinagoga que tratábamos de negociar, y amenazó a los aterrados judíos quienes la mantenían a duras penas, con mandarlos a encarcelar por “gusanos contrarrevolucionarios” y “sionistas de la CIA” si no entregaban sin más la casa. Me apliqué entonces, lo mejor que pude y supe, a tratar de reparar las desafortunadas acciones de este “paquidermo despavorido suelto en cristalería”, pero el saldo de todo este embrollo es que ya no se pudo hacer nada más en ese momento con el sentido de obtener un local para la Academia.

Ingresé en la Academia Cubana de la Lengua el 23 de abril de 1983, cuando aún no había cumplido los 30 años de edad, con un discurso dedicado al maestro Raimundo Lazo Baryolo, de quien tomé sillón (aún no eran identificados con letras) y collar (el cual conservo conmigo), que respondió Dulce María Loynaz como

8. Recuerdo muy bien el nombre, pero ya es persona que no está en este mundo. Esta gestión no la realizó solo este señor, pues fue secundado por un grupo de sus entonces amigos, cuyos nombres también recuerdo muy bien, pero callo.

Vicedirectora. Conservo el manuscrito original de ese texto, que me obsequió Dulce María, y lo publiqué años después en la revista *Plural* de México, entonces dirigida por el amigo Jaime Labastida. En ese momento, la ACuL estaba formada por:

Ernesto Dihigo (Director), Dulce María Loynaz (Vicedirectora), Delio J. Carreras Cuevas, Arturo Doreste, Adolfo Tortoló, Caridad Quintana de Bretón, Armando Álvarez Bravo, Enrique Labrador Ruiz y Néstor Bager Sánchez-Galarraga. Los que forman hoy la ACuL, con las excepciones del Doctor Delio Carreras Cuevas (de hecho, el decano de la ACuL: ingresó el 26 de junio de 1979), Historiador de la Universidad de La Habana, y de los poetas Armando Álvarez Bravo y Luis Ángel Casas, ingresaron después de la fecha arriba apuntada. En aquel momento, calificué mi ingreso como “una generosa distracción de los ilustres miembros de la corporación”.... Y lo sigo pensando hoy, a 27 años de distancia en el tiempo... Más tarde, se agregarían las elecciones de Félix M. Argüelles y José Antonio Portuondo Valdor.

Durante muchos años, desde su expulsión del Palacio del Segundo Cabo hasta el principio de los años 90 del siglo pasado, la ACuL se mantuvo como la única institución cultural independiente en Cuba. Quienes la formábamos, no éramos considerados “confiables” políticamente y se nos veía, en el mejor de los casos, con mucha reserva y cautela.⁹ En 1987 –después de varios (tres) intentos fallidos de conseguir el permiso de salida de la isla, nada fácil entonces- vine a México, para realizar un doctorado con una beca de El Colegio de México, el cual finalmente obtuve en la Universidad Nacional Autónoma de México (1996), donde hoy trabajo como Investigador del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, entidad que cobija a la Biblioteca y Hemeroteca Nacionales de México, dedicado por igual a los temas de la rica cultura novohispana que a la apasionante historia de la primera mitad del siglo XIX mexicano, sin abandonar, claro está, las constantes motivaciones e incitaciones cubanas. Por ello, realizo

9. Un ejemplo de esa “cautela” fue lo que me dijo en esa época el narrador Abel Prieto, entonces Presidente de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, y hoy Ministro de Cultura: “Nunca he sabido, Alejandro, si tú eres un espía nuestro dentro de ellos, o un espía de ellos dentro de nosotros”. Ni lo uno, ni lo otro, Abel...

junto con otros amigos que convoqué, una edición crítica de las obras completas de José María Heredia, de la que ya han aparecido varios libros relacionados con este autor como *El enigma de Jicotencal*, donde procuré acumular pruebas para proponer a Heredia como el autor de esta enigmática primera novela histórica moderna hispanoamericana y también pionera indigenista, propuesta que ha recibido calurosos apoyos de eruditos como José Emilio Pacheco y otros; la primera edición de *Jicotencal* ya reconocida como obra de Heredia y su respuesta hispana, *Xicoténcal, príncipe americano*, de Salvador García Baamonde, para lo cual rescaté el único ejemplar que conozco de esta curiosidad literaria; y la edición que hice de la revista *Miscelánea, periódico artístico y literario*, publicada por Heredia en Tlalpan y Toluca (sucesivas capitales del Estado de México) entre 1829 y 1832. Espero en breve tiempo publicar otras obras con este sentido de rescate herediano.

Trastienda de un Premio Cervantes:

En 1992, en medio de los dimes y diretes de la ¿Celebración? ¿Commemoración? ¿Reflexión? del V Centenario del ¿Descubrimiento? ¿Encuentro mutuo? ¿Encontronazo de Dos Mundos?, el Jurado del Premio “Miguel de Cervantes” decidió otorgárselo a la poetisa cubana Dulce María Loynaz, residente en la isla. De inmediato, el aparato burocrático-cultural oficial y oficioso cubano se puso en movimiento para atribuirse la candidatura de la hasta entonces arrinconada, olvidada y en ocasiones agredida escritora¹⁰. No fue cierto lo que afirmaron entonces, pues las autoridades culturales insulares nada tuvieron que ver con la nominación de la Loynaz, pues en esa oportunidad, el candidato presentado oficialmente por Cuba fue el gran poeta Eliseo Diego.

10. En la década del 70, la casa de Dulce María Loynaz fue allanada por la policía política que buscaba “depósitos de dólares y joyas”. Rompieron una antigua caja fuerte... que estaba vacía. En el terrible año de 1980, en medio de la campaña oficial contra los llamados “marielitos” y “escoria”, algunos furibundos vecinos de la zona realizaron un “mitin de repudio” contra la casa de Dulce María Loynaz, arrojando piedras y huevos. Es justo decir que Eusebio Leal Spengler, vecino de ella, se lanzó valerosamente para impedir semejante ultraje a la hija de un general mambí.

Para los futuros historiadores de la literatura cubana de todas las orillas, debe quedar bien clara la siguiente información: quien presentó en esa oportunidad ante el Jurado la candidatura de Dulce María Loynaz fue Don Inocencio Arias (a la sazón Secretario de Estado para la Cooperación Internacional y de Asuntos Iberoamericanos), por instancias de su amigo Don Eulalio Ferrer, publicista, teórico de la comunicación, escritor y mecenas hispano-mexicano. En 1991 propuse a los amigos Gonzalo Celorio Blasco, entonces Coordinador de Difusión Cultural de la UNAM y Hernán Lara Zavala, Director de Literatura, el proyecto, que aprobaron y apoyaron, de publicar una breve antología de la poesía de Dulce María Loynaz, en la Colección Material de Lectura de la UNAM, que apareció a mediados de ese año, con selección y nota introductoria mía. En febrero de 1992 fuimos a Cuba¹¹ para entregarle más ejemplares de esa edición a Dulce María, como narra Celorio en su novela *Tres lindas cubanas*, publicada por Tusquets. Pero cuando en 1991 tuve mis primeros ejemplares, además de enviarle varios a Dulce María, le llevé uno a mi amigo Don Eulalio, en sus oficinas del Grupo Ferrer. En un par de días leyó el librito, se emocionó mucho, me llamó admirado, y me dijo que tenía que conocer inmediatamente a Dulce María Loynaz, de quien no tenía ninguna noticia. Fue entonces, velozmente, a La Habana, acompañado por otro gran amigo mío, el economista José Cuarón, y ambos quedaron tan prendados con la poetisa como sobrecogidos con el medio de soledad y aislamiento en que vivía. Al regresar a México, Don Eulalio me llamó y dijo: “Voy a hablar con mi amigo Inocencio Arias, para proponer directamente la candidatura de Dulce María Loynaz al Premio Cervantes. ¡Hay que premiar a esa mujer!” terminó diciendo muy conmovido. Y así lo hizo. Y así fue. Lo demás que se ha dicho, escrito y publicado, no es cierto. Y no fue tampoco en 1992 la primera vez que Dulce María fue nominada al Premio: en las actas de la ACuL, si las conservan y no las han extraviado, constará que en 1984 fue propuesta por mí, sin mayor apoyo de los otros miembros, y todavía en 1986, por segunda ocasión y

11. Viaje extremadamente azaroso para mí, pues primero no me querían permitir entrar al país (siendo entonces ciudadano cubano) y después intentaron no dejarme salir. Fue una semana de irrepetibles emociones...

con la misma autoría, llevé a la embajada española mi propuesta como miembro de la Academia para que se la considerara. A la tercera fue la vencida. Y vino de México y España, no de Cuba, tristemente. Todavía recuerdo la mañana de ese día cuando dieron a conocer el premio Cervantes que mi gran y admirado amigo Eliseo Alberto de Diego, “Lichi”, me llamó para decirme: “Al fin te saliste con la tuya, Alejandro. Lo malo es que por dárselo a Dulce María se lo quitaron a mi papá...”

A partir de ese momento, percatándose las autoridades cubanas que “la vieja batistiana” aún estaba viva, se empezaron a publicar de nuevo sus obras, después de un largo paréntesis desde 1958 (Madrid, Aguilar) que no se editaba. Sólo *La novia de Lázaro*, amorosamente realizada en Madrid por Felipe Lázaro, y el humilde Material de Lectura que preparé para la UNAM, fueron las excepciones de esa regla de silencio impuesto. No puedo olvidar mencionar, por gratitud y justicia, nuevamente, a la admirada y aún en la distancia muy querida Lucía Sardiñas, quien calladamente, como es su estilo, empezó a mover los complejos y delicados hilos para que se restituyera a Dulce María el lugar que le correspondía: suya fue la propuesta para la concesión del Premio Nacional de Literatura, que hizo llegar a la UNEAC, entonces presidida temporalmente, debido a la incapacidad de Nicolás Guillén, por Lisandro Otero, quien la rechazó. La UNEAC, ese mismo año, inicialmente, propuso a Lisandro Otero... Consta en actas. De igual manera, Sardiñas influyó decisivamente para que Dulce María viera cumplido su antiguo y mil veces frustrado sueño de ser publicadas las *Memorias de la guerra*, escritas por su padre, el Mayor General Enrique Loynaz del Castillo, y preparadas devotamente por ella, uno de cuyos primeros ejemplares guardo con una cariñosa y generosa dedicatoria de Dulce María. Sé que esta publicación fue una alegría aún mayor para ella que su Premio Cervantes.

La Academia Cubana de la Lengua en el Exilio:

Actualmente, vivimos cuatro miembros de la ACuL exiliados: Armando Álvarez Bravo y Luis Ángel Casas, en Miami; Manuel Díaz Martínez, en Las Palmas de Islas Canarias, y yo, en la Ciudad de México. No aparecemos en la relación oficial

de la corporación habanera: hemos sido borrados de la historia... Víctor García de la Concha, Director de la RAE, en 1998 me dijo personalmente en Madrid que “para la Real Academia seguimos siendo Miembros de Número y Correspondientes Hispanoamericanos”, pero no figuramos tampoco en la relación oficial de los Anuarios de la RAE... Los oficialistas aducen que por residir en el extranjero y haber adoptado nacionalidades distintas de la cubana. Sin embargo, la razón es otra: somos disidentes, opositores, indeseables y proscritos (nunca mejor dicho, por cierto, “sacados de las listas”).

Si fuera por la razón que aducen, entonces el hace poco fallecido no sólo miembro sino hasta Director de la ACuL, Lisandro Otero, habría sido igualmente invalidado: residió varios años en México y recibió la ciudadanía mexicana, con renuncia previa de la cubana, en un acto solemne y público encabezado por el entonces Presidente Doctor Ernesto Zedillo Ponce de León.¹²

En los Estatutos originales de la ACuL (1926) se establecía clara y definitivamente que la condición de académico era vitalicia e irrenunciable; tengo entendido que así lo sigue siendo, sin condicionante alguna, en la Real Academia Española y en el resto de las academias hermanas hispanoamericanas. Sin embargo, en la actual ACuL, no sucede esto desde que fueron reformados esos Estatutos, a mediados de la década de los 90 del siglo pasado. Hubo varios precedentes de académicos cubanos que por los vaivenes de la política insular se exiliaban y seguían ocupando no sólo sus membresías numerarias en asociaciones como la ACuL, sino hasta sus cátedras universitarias con pleno goce de sueldo, como fueron los casos de Raimundo Lazo y Raúl Roa, durante “la anterior dictadura”, la de Batista.

Los antiguos Estatutos, así como su Reglamento, vigentes desde el primero de noviembre de 1927 (con leves modificaciones en 1970 y 1971), fueron sustituidos por los que actualmente rigen la corporación, elaborados a la medida de la nueva Academia Cubana de la Lengua y de sus compromisos y vasallaje.

En su Artículo 2 se declara que “la Academia Cubana de la Lengua –ACuL- tiene vida autónoma, personalidad jurídica y plena capacidad civil para todos los efectos legales. Y en su Artí-

12. Palacio Nacional, Salón de la Tesorería, 19 de enero de 1999.

culo 8 se establece que para ser miembro de número se debe “ser ciudadano cubano”. Aunque en su Artículo 23 se estipula que “no podrá ser recibido en un mismo día más de un Académico”, basta revisar la relación de miembros y sus fechas de ingreso para comprobar que esto no se ha cumplido en numerosos casos, lo cual invalida su propia legislación. Especialmente interesante es su Artículo 24: “El cargo de Académico de Número es vitalicio, pero puede ser revocado por acuerdo de la junta general en el caso de que el individuo que lo ostente delinca, cometa actos indignos o se ausente injustificadamente durante seis meses de las actividades académicas.” Y más adelante, en el Artículo 26 se precisa: “El Académico de Número que durante seis meses no asista a las sesiones de la ACuL sin estar en uso de licencia ni excusar su falta por escrito, se entenderá que renuncia al cargo, el cual será declarado vacante y se procederá a cubrirlo en la forma dispuesta en los estatutos. Los Académicos de Número que por causa justificada no puedan temporalmente asistir a las sesiones de la Academia, podrán solicitar se les considere en situación de licencia por el tiempo que fuere menester.”

Y el Artículo 27 es verdaderamente memorable por su redacción, indigna de una corporación como la Academia: “El Académico de Número que cambie su ciudadanía cubana por **otra extranjera**¹³, se entenderá que renuncia al cargo de Académico”. ¿Será posible cambiarla por “otra nacional”? Pasando por alto el dislate, olvidan los ilustres legisladores académicos que el actual Estado cubano no reconoce como válido el cambio de nacionalidad que realice cualquiera nacido en el territorio nacional, de tal suerte que cuando viajan a la isla deben hacerlo *con pasaporte cubano* y no con el de su nueva nacionalidad.

El Artículo 77 merece ser reproducido: “Como la índole de la ACuL y de sus objetivos es literaria, lingüística y técnica, no podrá plantearse ni discutirse en sus sesiones ni en los trabajos que en su seno se hagan o que en ella o por ella se realicen o publiquen, ninguna cuestión política ni religiosa”. Más allá del anglicismo deslizado (“cuestión”, *question*, por “tema” o “asunto”) lo que se transparenta es una declaración de apoliticidad, la

13. El énfasis es mío.

cual se contradice abiertamente con su desempeño en los últimos años y de modo muy especial en la reciente fecha de febrero del 2010, a propósito del V Congreso Internacional de la Lengua Española (CILE).

No se puede negar que están muy acostumbrados para hacerlo así, condicionando su presencia a que se acepten sin chistar sus demandas y reservándose el “derecho de admisión”, incluso en los eventos que no organizan y a los cuales son invitados, asumiendo la actitud de censores y fiscales para determinar quiénes cuentan, en su juicio inapelable, con las credenciales aceptables como trabajadores de la lengua, según ocurrió en el recientemente frustrado V CILE en Valparaíso, conmovido hasta sus cimientos primero por la difusión de una declaración de la ACuL, y más tarde por un terremoto. Y luego se quejan del aislamiento... Están autocondenados a mil años de soledad.

Sorprende, pues, a la luz de todo esto, que precisamente en reciente fecha las relaciones entre la Academia Cubana de la Lengua con la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua resultara tan profundamente comprometida por el exabrupto de la corporación insular ante la reunión que iba a celebrarse en Valparaíso, donde el cataclismo padecido por la nación sudamericana fue el colofón de la implosión que motivó la institución cubana al rehuir tomar parte en el encuentro, después de haber confirmado oficialmente su asistencia, por enterarse de que estarían presentes “personas indeseables” para los oficialistas cubanos, quienes entonces no hacen honor a su pretendida “apoliticidad”, pues claramente se refirieron a personajes como Carlos Alberto Montaner¹⁴ y Yoani Sánchez como motivadores de su ira, aunque es posible que hayan incluido también a Mario Vargas Llosa, Jorge Edwards, Jorge Castañeda y la muy larga y cada día creciente lista de sus desafectos y furores. Asombra entonces que una persona tan culta, sensata, sensible y tradicionalmente moderada como Ambrosio Fornet, por ejemplo, haya

14. He podido ver apenas hoy (30 de marzo de 2010), en la Internet, el texto de Carlos Alberto Montaner, y estoy convencido que no hubiera agradado nada a quien fuera como representante de la ACuL a Valparaíso, pues se refiere en pormenor y con la agudeza que caracteriza al autor, a los escritores exiliados cubanos.

descalificado con términos tan absolutos y terminantes el cóncave austral en sus declaraciones sumamente ríspidas al periódico digital oficial *La Jiribilla* (N° 462, 13-19 de marzo de 2010). Es algo muy lamentable y triste todo este asunto.

No puedo imaginar el estupor que habrá experimentado el Director de la RAE, el recientemente “toisonado” Víctor García de la Concha, al enterarse de todo el embrollo desatado por los colegas cubanos en relación con el V Congreso. Que él, hombre siempre tan amable y condescendiente -y hasta casi obsecuente, como hubieran deseado más sus invitados isleños- con las autoridades cubanas y en especial la Academia Cubana, haya recibido semejante trato que ponía en peligro la gran cita anfictiónica de la lengua española, creo le habrá servido para reflexionar y evaluar lo inútiles que resultan, en muchas ocasiones, las concesiones y los “paños tibios” con quienes no están dispuestos a transigir, ni ceder, ni ponderar argumentos con razones inteligentes. El movimiento telúrico opacó el movimiento ideológico de La Habana y no resultó en mayores consecuencias, pero dejó demostrado que la Academia Cubana actual no vacila en refrendar su absoluto compromiso político a pesar de su estatutaria “apoliticidad”.

Por su interés documental y para ilustrar mis afirmaciones, reproduzco con fidelidad las cartas cruzadas sobre este penoso asunto.

La carta de la ACuL no fue enviada a García de la Concha, como era dable esperar pues es el Presidente de la Asociación, sino directamente a todas las Academias pertenecientes a ella, y está redactada en términos no sólo perentorios, sino admonitorios; podría ser, si necesario fuera, un modelo de censura:

Carta de la Academia Cubana

El día 13 de junio de 2009 la Academia Cubana de la Lengua, al conocer los detalles de cómo se estaba organizando el V CILE, remitió una carta a D. Víctor García de la Concha en que expresaba su preocupación porque tal modo de concebir el encuentro significaba una distorsión de la índole, las misiones, la identidad misma de nuestras Academias, y subrayaba la importancia de que nos concentráramos en la dimensión cultural de la lengua.

Observábamos que muchas de las personas convocadas no contaban con los avales para certificar sus discursos sobre la lengua, y que la representación de esferas y sectores sociales era muy sesgada. Advertíamos que en estas condiciones el Congreso podría convertirse en un foro político y mediático más que científico, y abogábamos por ser cuidadosos sobre la idoneidad de los participantes.

En aquella ocasión no recibimos respuesta a nuestras inquietudes, lo que achacamos a problemas con las comunicaciones vía correo electrónico. Por esa razón, remitimos la carta nuevamente.

El 26 de enero de 2010 nuestro director recibió una respuesta de D. Víctor García de la Concha en que se apuntaba que estos congresos no están concebidos como congresos científicos, sino como foros <<para concitar la atención de los más variados sectores de la sociedad civil de todo el mundo hispanohablante sobre la lengua>>, relacionaba las incidencias de su fundación e historia y los dividendos que, a su juicio, habían dejado —siempre dentro de los marcos en que se habían concebido— para la salud de nuestro idioma. D. Víctor comentaba la presencia de delegados cubanos en reuniones preparatorias y solicitaba que nuestro vicedirector reconsiderara su decisión de declinar la solicitud de presidir una mesa. Afirmaba, por último, con toda justicia, los esfuerzos realizados, en su condición de presidente de la Asociación, para incrementar la presencia de las Academias en los congresos.

Tomando en cuenta estos argumentos, habíamos decidido enviar una delegación a pesar de nuestras discrepancias. En este momento, sin embargo, es nuestro deber expresar que la Academia Cubana de la Lengua no acudirá a un foro en que, como previmos, han sido invitadas personas que no cuentan con avales para reflexionar y discutir sobre el destino del español, y cuya presencia en el cónclave solo puede ser interpretada como una provocación política.

Con esta decisión, nuestra Academia se mantiene fiel a sus principios, a sus estatutos y a los dictados de la Asociación de Academias de la Lengua Española a la cual se honra en pertenecer. Esperamos fervientemente que se tomen medidas para que situaciones tan lamentables como esta, que minan nuestra unidad

y obstaculizan el trabajo de concertación que con tanto esfuerzo y éxito venimos realizando, no se repitan.

La Habana, 18 de febrero de 2010

Academia Cubana de la Lengua

A contrapelo del tono de la misiva anterior, el Director de la RAE agotó el vocabulario diplomático y las más depuradas técnicas suasorias, y envió este mensaje a los miembros de las distintas Academias de la Lengua, acompañando la carta que dirigió a la ACuL:

Queridos amigos:

Adjunto la carta que envié a la Academia Cubana de la Lengua en respuesta al comunicado en el que, tras sucesivos titubeos, deciden no asistir.

La raíz última parece estar en la presencia de algunas personas que, a su juicio, podrían ser activistas frente al régimen político cubano.

Desde luego, haremos todo lo que esté en nuestras manos para impedir actuaciones políticas contra nadie. Hasta ahora no las ha habido en ningún Congreso. Y tal como digo en la carta a la Academia Cubana, en la próxima reunión de Directores podemos abordar este asunto y adoptar, en su caso, medidas precautorias.

Dicho esto, ruego a todos los Directores que se sumen con urgencia a mi petición solicitando a la Academia Cubana que, por favor, y en aras de la unidad, vayan al Congreso. Estoy seguro de que un correo de todos y cada uno de los Directores es lo que puede tener más efecto.

El correo de la Academia Cubana es:

presidencia@casa.cult.cu

isra@cubarte.cult.cu

Muchas gracias. Hasta pronto. Un abrazo

Víctor García de la Concha

Director de la Real Academia Española

Presidente de la Asociación de Academias de la Lengua Española

Y la carta que adjuntó García de la Concha al mensaje es ésta:
Madrid, 23 de febrero de 2010
Academia Cubana de la Lengua

Muy estimado Sr. Director y queridos colegas:

Acabo de leer la comunicación que se remite a todas las Academias de la Asociación y no puedo ocultar mi tristeza y, más allá de ella, mi preocupación.

En mi carta del pasado mes de enero me esforzaba en explicar la naturaleza de estos Congresos, que no son propiamente congresos científicos sino foros de encuentro de hispanohablantes para reflexionar libremente sobre distintos aspectos de nuestra lengua, sobre todo, los relacionados con su función en la sociedad. Añadía también que las Academias nos incorporamos tarde a su organización y que nuestras propuestas deben coordinarse con la posición del Instituto Cervantes y atender sugerencias del Gobierno del país anfitrión. En consecuencia, el proceso de información resulta complejo: querríamos los mejores en cada línea, pero no siempre aceptan y los fallos, habituales en estas programaciones, no siempre pueden rellenarse con personas del mismo nivel.

A pesar de ello, creemos que el programa de este año es de buen nivel.

La Academia Cubana ha participado hasta ahora en todos los Congresos celebrados y sus representantes, como se reconoce en el comunicado, han estado presentes en las reuniones preparatorias sin manifestar reservas de fondo. Solo, a raíz de la anterior misiva pudimos conocer que el Subdirector no se encontraba a gusto con la presidencia de la mesa que se le había asignado. Bastó una indicación suya para solucionarlo de inmediato.

Respetamos, pues —cómo no— la decisión que ahora se nos comunica, pero estoy seguro de expresar el pensamiento y el deseo de todas las Academias de la Asociación, solicitando, como formalmente lo hago, que la Academia Cubana haga un esfuerzo adicional y asista al Congreso.

Por dos razones. Una, porque la unidad y la concertación se aseguran mucho más con la presencia y el diálogo. Y porque, en tal sentido, en la reunión de Directores que celebraremos el do-

mingo en Santiago de Chile podemos incluir en el Orden del día la discusión de los puntos conflictivos a que la Academia Cubana hace referencia y adoptar, en su caso, los acuerdos necesarios para evitar distorsiones de la línea congresual.

Puedo asegurarle que las Academias hacemos todo lo que sea preciso para que de ningún modo se produzcan acciones políticas que hasta ahora no se han dado en ninguno de los Congresos.

Apelo, pues, a la generosidad de la Academia Cubana, que tiene pruebas concretas de cómo la Asociación trata de evitar lo que la pueda afectar cada una de las Academias miembros, y, en consecuencia, evitemos una imagen de discrepancia que no responde a la realidad.

Con la gratitud segura de todas las Academias, le envío un cordial abrazo,

Víctor García de la Concha

Director de la Real Academia Española

Presidente de la Asociación de Academias de la Lengua Española

Una suerte de pudor me impide realizar comentarios de estas misivas. Sólo doy vuelta a esta triste y denigrante página.

De nada sirvió. El Quinto Congreso Internacional de la Lengua Española fue privado de la asistencia del delegado cubano quien, por otra parte, según el Programa, no presentaba ponencia alguna.

Ahora en Cuba la comidilla y única esperanza que conmueve a la sociedad es el beneficio que supone, en un país tan amable y placentero, abrigo de centenares de oleadas de migraciones desde aún antes del siglo XV (los araucos también “venían de fuera”), acogerse a la “Ley de la Memoria Histórica” que el gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero implantó en España sin prevenir todos sus efectos en Ultramar, como es el caso de la isla antillana, y convertirse en ciudadanos españoles, con la posibilidad así de viajar a ese mítico lugar conocido como “el extranjero”. Incluidos notorios cantautores de encendido verbo revolu-

cionario, alguno de ellos exdiputado a la Asamblea Nacional del Poder Popular, campeones olímpicos, científicos de gran reconocimiento, pueblo llano, son más de 200 mil las solicitudes que han inundado al Consulado español en La Habana. A tal extremo ha llegado esta estampida, que el sempiterno Partido Comunista cubano ha dictado una prohibición de solicitar dicho acomodo a los miembros del Comité Central y del Consejo de Estado. Y varios ilustres miembros de la Academia Cubana de la Lengua, con el sigilo necesario y recomendable, ya lo han gestionado. De esta forma, en virtud de una “revolución” que comenzó como proyecto nacionalista y democratizador, se logrará a la larga que sea realidad la pesadilla decimonónica de José Antonio Saco: una isla de afrocubanos de rotunda y unánime negritud, pues cuando toda confianza en el futuro se malogra, sólo queda la huída como recurso de legítima defensa en esa porción planetaria donde se ha invertido la terrible amenaza que Dante Alighieri colocó en la entrada de su “Infierno”: *Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate*.

Tlalpan, 31 de marzo de 2010

Comentarios y aclaraciones para un artículo sobre Dulce María Loynaz¹

Como en estos momentos preparo un libro sobre Dulce María Loynaz para publicar próximamente en la Editorial Betania por la generosa invitación del poeta y editor Felipe Lázaro, revisando lo escrito en los últimos tiempos encontré apenas ahora un artículo sobre ella, al que me gustaría referirme a pesar de haber transcurrido ya casi tres años de su difusión, pues lamento no haberlo conocido cuando apareció. Esto además se propicia con la proximidad en unos días de otro aniversario de su muerte, el 27 de abril de 1997. Como el siguiente año de 2017 se cumplirán dos décadas que la poetisa nos dejó, mi libro en curso también pretende ser un homenaje de recuerdo con ese sentido.

Leí con gran interés el artículo “El jardín perdido de Dulce María Loynaz” escrito por Pablo Pascual Méndez Piña, publicado en *Diario de Cuba* el 12 de mayo de 2013, y en primer lugar deseo expresar mi sincero y profundo reconocimiento a su autor por dedicar su atención a un personaje tan querido para mí como la poetisa, a quien tuve el privilegio de tratar cercanamente.

Además, sólo con el propósito de ofrecer ciertas informaciones destinadas a quienes en el futuro emprendan la tarea de escribir una historia de la literatura cubana, me permito –sin menoscabo del loable empeño del articulista– compartir algunos datos y aclaraciones.

En realidad, la casa de Calzada N° 1105 (o Línea y 14), no fue el escenario de la niñez de los Loynaz Muñoz. Ciertamente, la morada donde transcurrió gran parte de esa etapa fue la ubicada en la esquina de las calles Amistad y San Rafael, en los altos de una joyería (*La Maison Française*) que luego se estableció allí. A esa residencia está dedicado el poema “Últimos días de una casa”, según me dijo la propia Dulce María. Enfrente, en una decorosa pensión para huéspedes solteros, vivía recién llegado de España, Pablo Álvarez de Cañas, quien más tarde sería su ma-

1. Publicado en *Diario de Cuba*, con el título “Cuatro casas de Dulce María Loynaz”, 17 de Abril de 2016. www.diariodecuba.com

rido. El primer encuentro de ellos fue visual, desde los balcones respectivos, me informó ella. A la de Calzada (o Línea, indistintamente, pues tiene entradas por ambas calles) los hermanos se mudaron muy jóvenes, pero ya no eran unos niños.

Me entristece enterarme por el artículo de *DDC* que la antigua amiga Helga Neuffer (después Duval por su matrimonio con mi también amigo Mario Duval) ya falleció. Fui yo quien se la presentó a Dulce María y sin duda alivió oportunamente algunas de sus carencias. Helga, quien durante algún tiempo presidió el Club Alemán de Cuba, era una empleada de confianza de la firma Bayer en Cuba y vino muy joven a la isla, donde tuvo dos hijos de su primer matrimonio. Helga estuvo interesada en comprarle la casa “Santa Bárbara” a Dulce María, pero esto nunca se concretó, de lo cual yo fui testigo, y hasta la acompañé en varias ocasiones para ver la propiedad, pues Dulce María me facilitaba las llaves con ese propósito.

Un día, casualmente, Gabriel García Márquez pasó por allí, vio la casa aparentemente abandonada y le gustó para establecer en ella la Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano, por lo que fue a visitar a Dulce María y le propuso su compra, a la cual ella accedió de inmediato.

En realidad, y por respeto a la verdad, el Doctor José Miguel Miyar Barruecos fue el funcionario que ejecutivamente se encargó de la gestión de compra de la Finca o Quinta “Santa Bárbara” (Calle 212 esquina con 31) en el Reparto La Coronela del poblado La Lisa, la cual puedo afirmar se realizó con entera satisfacción de las partes involucradas. Debo agregar, porque me consta directamente, que Dulce María fue quien aceptó la venta de esa casa al Gobierno cubano, y en esa gestión intervinieron también José Felipe Carneado y Lucía Sardiñas facilitando la operación. Realmente no fue perseguida ni asediada para ello (ella no lo hubiera admitido ni permitido, con el carácter fuerte que tenía, aunque de aparente y engañosa fragilidad). Antes de fallecer su propietaria, Flor Loynaz, allí se filmó no sólo la película “Los sobrevivientes” (1978), dirigida por Tomás Gutiérrez Alea inspirada en el cuento “Estatuas sepultadas” de Antonio Benítez Rojo, sino muchos años antes, también existió el proyecto de que fuera el escenario para que Luis Buñuel realizara una película con María Félix como

protagonista, sobre la novela *Jardín*, según me contaron Flor y Dulce María. Con estos antecedentes, resultó apropiado que se estableciera allí la sede de la Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano, inaugurada el 4 de diciembre de 1986, acto al cual asistí con la representación expresa de Dulce María.

El menor de los hermanos varones Loynaz Muñoz, Carlos (nunca oí que se le llamara Carlos Manuel) fue un personaje de angustiosa sensibilidad y padeció profundas depresiones durante gran parte de su vida. Dulce María me confió que en un raptó de ira autodestructiva destruyó su biblioteca, donde se encontraba una de las dos versiones del manuscrito de “El público”, que Federico García Lorca le había obsequiado, así como le regaló a Flor el manuscrito de “Yerma”. Por fortuna, existía otra versión de la pieza que se conservó en Europa –depositada en un banco suizo- y gracias a ella se pudo reconstruir gran parte de esa obra. Lo último que supe del manuscrito de “Yerma” fue, porque me lo dijo Flor, que lo había vendido a la funcionaria cubana Martha Arjona y supongo se conserve en Cuba. A Dulce María se le llegó a acusar –por parte de un crítico español poco avisado y temerario- que había destruido el manuscrito de “El Público” por sus desavenencias con Lorca, lo cual se aclaró después.

En realidad, Flor fue una mujer algo excéntrica, pero muy centrada y coherente. Fui testigo que varias veces era ella quien aconsejaba a Dulce María (en ocasiones demasiado severa e impetuosa) sobre algunas cuestiones delicadas e importantes. Vegetariana, fumadora empedernida de grandes habanos, gran catadora de ron –no alcohólica- y amante franciscana de todos los animales (no sólo perros y gatos, sino hasta insectos y alimañas, pues se negó siempre a fumigar la casa de La Coronela), era menuda y enérgica pero absolutamente equilibrada. Cuando murió, no sola sino espléndidamente atendida en el Hospital “Hermanos Ameijeiras”, desgastada hasta la más extrema delgadez, nos correspondió cargar su féretro –ligerísimo- para recibir la misa de “cuerpo presente” en la Capilla de la Necrópolis de Colón, a Eusebio Leal, Juan Emilio Frigulls (casi simbólicamente), Delio Carreras Cuevas y a mí.

Viendo algunos comentarios al artículo, y concediendo “al César lo que es del César”, debo señalar que cuando los atroces

atropellos que ocurrieron durante el mes de mayo de 1980 en Cuba mientras se desarrollaba dramáticamente el llamado “éxodo del Mariel”, Eusebio Leal tuvo una actitud digna y valiente para proteger a Dulce María. Eusebio era entonces su vecino por la calle E (hacia donde daba la parte trasera de su mansión, con la amplia cocina donde le gustaba charlar con los más íntimos de su círculo de amistades), en un departamento facilitado provisionalmente por unos amigos descendientes del Ingeniero Francisco de Alvear –constructor del Acueducto de La Habana- para que residiera allí con su esposa del momento, creo que ya la tercera entonces, la abogada Yamileh Manzor. Leal impidió valerosamente (no sin riesgo personal) que una multitud exaltada (no recuerdo bien si de algunos vecinos resentidos, o de las ignorantes muchachas becasadas de una residencia perteneciente a la Escuela de Enfermería que se ubicaba enfrente), agrediera con huevos y piedras -en uno de los tantísimos y vergonzosos “actos de repudio” de aquello que tanto recordó paradójicamente el documental soviético de Mikhail Romm “El fascismo cotidiano” (1965)- la casa de “la vieja batistiana” y sus ocupantes. Y hay que decirlo porque es justo, cierto y me consta personalmente.

El Mayor General Enrique Loynaz del Castillo, último jefe de la independencia cubana en morir (La Habana, 10 de febrero de 1963, y quien fue enterrado sin recibir los honores militares que le correspondían por su grado y servicios a la patria, casó dos veces: la primera, con María Mercedes Muñoz Sañudo, con quien procreó cuatro hijos, en este orden: Dulce María (casada primero con su primo y en segunda nupcias con Pablo Álvarez de Cañas); Enrique (casado con Francisca “Paquita” Lamas), Carlos y Flor. Ninguno de ellos dejó hijos. En su segundo matrimonio, con Carmen Loynaz, tuvo a Enrique (casado con Onelia de la Vega), Máximo (esposado con Martha Beatriz Fernández y Washington) y Carmen (matrimoniada con Miguel Cano Hernández), y sus nietos fueron Enrique e Ignacio Loynaz de la Vega; Máximo, Alejandro y Ana María Loynaz y Fernández.

Es no sólo lamentable, sino insultante que la casona señorial de los Loynaz haya sido abandonada a su triste suerte y sea hoy una ruina. Hace ya 32 años que publiqué en *El Caimán Barbudo* (La Habana, No. 199, 1984, p. 32) un artículo titulado

con sorna “*De que se cae... se cae*”, donde advertía el peligro de derrumbe de esa mansión, y también del histórico *Hotel Trocha* y de una hermosa mansión colindante ya en ruinas que perteneció a Regina Truffin, y donde vivían todavía dos de sus bellas nietas (Paloma y Mónica Mosquera Vázquez Bello). Recuerdo que el querido amigo Bernardo Marqués Ravelo, entonces Secretario de Redacción del *Caimán*, al ver el título que le puse a mi artículo me miró sonriente y preguntó con picardía cómplice: “¿A qué te refieres con eso *de que se cae, se cae...*?” Con sonrisa y tono equivalentes le respondí: “A eso mismo que estás pensando”.

Hace casi tres años (en mayo de 2013), estando en Sevilla -donde fui invitado por los amigos María Caballero Wangüemert y José Manuel Camacho para ofrecer una conferencia en la Universidad sobre mis recuerdos personales de Dulce María Loynaz- me enteré que la Junta de Andalucía invirtió una enorme cantidad de dinero para restaurar la casa de 19 y E (donde se instaló el “Centro Cultural Dulce María Loynaz”), pues al parecer “se la vendieron” en Cuba como el sitio de los encuentros con Federico García Lorca: lamentablemente engañaron a los distinguidos funcionarios andaluces (y de paso a los contribuyentes españoles); la casa donde estuvo Federico fue la de Calzada, así como también la visitaron Vicente Blasco Ibáñez, Zenobia Camprubí, Juan Ramón Jiménez y tantos otros. La mansión de E y 19 sí recibió a Gabriela Mistral, pero no a Lorca.

Me duele profundamente que la legendaria mansión de los Loynaz ya sea ahora una ruina irrecuperable. A ella dediqué un artículo en la revista *Bohemia* (La Habana, Año 77, N° 23, 7 de junio de 1985), titulado “*La casa donde enterraron la luna*”. Este texto y el anterior que cité del *Caimán*, según me dicen algunos amigos que han estudiado el punto, fueron los primeros donde se mencionó a Dulce María Loynaz en Cuba después de 1959 (aunque, “curiosamente”, no aparecen relacionados en ninguna de las bibliografías sobre ella elaboradas en la isla que he podido revisar...) Después vinieron otros –según ellos- para hacerla “triunfar de la vejez y del olvido”. Pero esa es una historia que contaré con más detalle en el que libro que ahora preparo para la Editorial Betania.

Deseo que mi sencilla pero puntual contribución sea útil para aclarar algunos de los puntos relacionados, y la ofrezco cordialmente a Pablo Pascual Méndez Piña, al que no conozco personalmente, como una muestra de aprecio y reconocimiento por su valiente trabajo de corresponsal en Cuba, bajo circunstancias tan adversas para la libertad de pensamiento y creación, que también padeció Dulce María Loynaz, a quien por lo que he podido comprobar ambos admiramos sinceramente. Siempre digo como Aristóteles que, duélale a quien le duela y pésele a quien le pese, soy “amigo de Platón, pero más amigo de la verdad”.

Este libro se terminó
el día 25 de julio de 2016.



En el portal de la casa de DML, Alejandro González Acosta, DML, Néstor Ba-
guer y José A. Portuondo.

editorial **BETANIA**

Apartado de Correos 50.767 Madrid 28080 España
E-Mail: editorialbetania@gmail.com / ebetania@terra.com
Blog: <http://ebetania.wordpress.com>

RESUMEN DEL CATÁLOGO (1987-2016)

Colección ENSAYO:

Los días cubanos de Hernán Cortés y su lucha por un ideal, de Ángel Aparicio Laurencio.

Desde esta orilla: poesía cubana del exilio, de Elías Miguel Muñoz.

Alta Marea. Intromisión crítica en ocho voces latinoamericanas: Belli, Fuentes, Lagos, Mistral, Neruda, Orrillo, Rojas, Villaurrutia, de Alicia Galaz-Vivar Welden.

Novela española e hispanoamericana contemporánea. Temas y técnicas narrativas: *Delibes, Goytisolo Benet, Carpentier, García Márquez, y Fuentes*, de María Antonia Beltrán-Vocal.

Poesías de J. F. Manzano, esclavo en la isla de Cuba y El Ranchador de Pedro José Morillas, de Adriana Lewis Galanes.

El discurso dialógico de La era imaginaria de René Vázquez Díaz, de Elena M. Martínez.

Cuba, país olvidado, de Sergio Heredia Corrales.

Francisco Grandmontagne, un noventayochista olvidado, de Argentina a España, de Amalia Lasarte Dishman.

Cuba: el abrazo imposible. Cartas a Alde, de Mari Paz Martínez Nieto.

Erotomanías y otros derivados, de Pedro Molina.

Cuba: la conspiración del silencio, de John A. Pérez Sampedro.

Asedios al texto literario (Arenas, Borges, Carpentier, Diego, Góngora, Herrera y Reissig, Lezama Lima, Martí, Onetti, Quevedo, Rulfo, San Juan de la Cruz, Sarduy, Vallejo), de María Elena Blanco.

El único José Martí, principal opositor a Fidel Castro, de Ismael Samba.

El alcoholismo: cómo afecta a su entorno, de Engar Juli.

Gastón Baquero: la invención de lo cotidiano, de Felipe Lázaro.

Después del rayo y del fuego. Acerca de José Martí, de Eduardo Lolo.

La estirpe de Telémaco. Estudios sobre la literatura y el viaje, de Petra-Iraides Cruz Leal y José Ismael Gutiérrez.

La configuración literaria de la revolución cubana. De la mitificación a la desmitificación, de Emilia Yulzarí.

Para Cuba que sufre: mi granito de arena, de Joely R. Villalba.

Carlos Quinto, tanto imperio y Felipe II: "No he oído cantar a los ruiseñores", de Clara Díaz Pascual.

Indagación en la literatura y cultura hispanoamericana, de Onilda A. Jiménez.

Ecléctico Eclesiastés con Proverbios I. Prosas estilizadas al estilo de mi madre, de Alberto Díaz Díaz.

Poesía insular de signo infinito. Una lectura de poetas cubanas de la diáspora, de Aimée G. Bolaños.

La espléndida ciudad y La necesidad de escribir, de Julio Pino Miyar.

Las estaciones de Reinaldo Bragado: El existencialismo cubano y el paradigma de los escritores en la Isla, de David Walter Aguado.

La cárcel letrada: narrativa cubana carcelaria, de Rafael E. Saumell.

La modernización fallida: República Dominicana (1996-2012), de Carlos Báez Evertsz.

¿Fue José Martí racista? Perspectiva sobre los negros en Cuba y Estados Unidos. (Una crítica a la Academia norteamericana), de Miguel Cabrera Peña.

Un puente contracorriente. Ediciones El Puente: Un esfuerzo literario dentro y fuera de Cuba, de Marlies Pahlenberg.

Estudios literarios (Enrique Serpa, Carlos Felipe, José R. Brene, Antonio Machado, Francisco de Arango y Parreño, René López, César Vallejo, J. D. Salinger, Lino Novás Calvo) de Roberto Ferrer.

Los indignados españoles: Del 15M a PODEMOS, de León de la Hoz.

Antes de "Cuba Libre". El surgimiento del primer presidente, Tomás Estrada Palma, de Margarita García.

La Dama de América: Textos y documentos sobre Dulce María Loynaz, de Alejandro González Acosta.

Gastón Baquero: El hombre que ansiaba las estrellas, de Carlos Barbáchano.

Desigualdad y clases sociales, de Carlos Julio Báez Evertsz.



Alejandro González Acosta (El Vedado, La Habana, 1953), es un escritor cubano exiliado en México desde 1987, profesor e investigador en la Universidad Nacional Autónoma de México, historiador y periodista. En este libro

reúne lo que desde 1984 ha escrito sobre Dulce María Loynaz, con quien sostuvo una amistad muy cercana en la época cuando ella era considerada una “burguesa contrarrevolucionaria”. Igualmente, incluye varios textos de ella (cartas, discursos) que son un verdadero aporte a la bibliografía de la poetisa galardonada con el Premio Miguel de Cervantes en 1992. *La Dama de América* es un libro indispensable para conocer verdaderamente la historia de Dulce María Loynaz en su isla, adulterada y falseada por la “crítica oficialista” cubana.



9 788480 173803

editorial **BETANIA**
Colección ENSAYO